Alfonso Calderón

Memorial de la Estación Mapocho

RiL editores

DE CHILE

nal

Alfonso Calderón (San Fernando, 1930), Premio Nacional de Literatura, es poeta, ensayista, profesor y crítico. Ha publicado más de cincuenta obras literarias, entre las que se cuentan *Memorial de Valparaíso* y *Memorial de Santiago*, en este mismo sello.
Ha compilado y difundido las crónicas y ensayos de Augusto D'Halmar, Joaquín Edwards Bello, Ricardo Latcham, Martín Cerda y Hernán Díaz Arrieta.
Es Miembro de Número de la Academia Chilena de la Lengua y miembro correspondiente de la Real Academia Española.

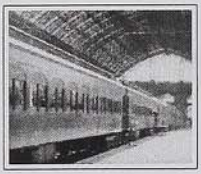
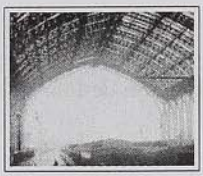
11 (818-4 66)
907288

Memorial de la Estación Mapocho

RIL® editores,
por la
bibliodiversidad

Alfonso Calderón

Memorial de la Estación Mapocho

RiL editores

983.2 Calderón Squadritto, Alfonso
C Memorial de la Estación Mapocho / Alfonso Calderón Squadritto. -- Santiago : RIL editores, 2005.

226 p. ; 21 cm.
ISBN: 956-284-454-4

1 ESTACIÓN MAPOCHO (SANTIAGO, CHILE)-HISTORIA.
2 SANTIAGO (CHILE)-VIDA SOCIAL Y COSTUMBRES

(Este libro se escribió con
la colaboración de Lila Calderón y Lila Díaz)

© *Copyright* 2005, *by* Alfonso Calderón Squadritto

Inscripción 150.606
Departamento de Derechos Intelectuales de Chile

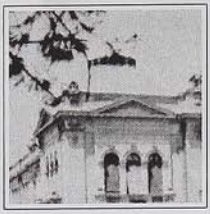
ISBN 956-284-454-4

RIL® editores
Alférez Real 1464
750-0960, Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56-2) 2238100 - Fax 2254269
ril@rileditores.com | www.rileditores.com

Composición e impresión: RIL® editores
Diseño de portada: Cristián Silva L.

Impreso en Chile - *Printed in Chile*

Derechos reservados



Prefacio

::: Frontis de la Estación Mapocho en los años de 1930. (Foto: Museo Histórico Nacional.)

La Estación Mapocho siempre me pareció un robusto par de brazos abiertos a la espera, primero de humeantes locomotoras, luego de artistas y creadores.

Su estructura en forma de U está configurada por dos edificios como extremidades laterales que descansan, uno al borde del río y el otro escapando de la ruidosa calle Balmaceda. Figuras esculpidas en yeso y una marquesina decoran la cabeza del edificio, dignificada por dos flameantes banderas chilenas.

Lo que tienen en común las dos tareas que ha cumplido este centenario centro de acogida es, precisamente, ese entrañable calor que nace de un abrazo de despedida o bienvenida, o de la satisfacción de apreciar en directo al artista de nuestros sueños.

Solo la historia dirá si el edificio será más recordado como estación de ferrocarriles —con 73 años de uso— o como centro cultural que ya tiene quince años y muchos más en perspectiva.

Lo que está claro es que se trata de una de las pocas edificaciones emblemáticas de Santiago que han cumplido sus primeros cien años albergando gente. ¿Existe acaso otro monumento nacional que reciba más de ochocientas mil personas cada año en sus diversas actividades? ¿Existe otro

edificio que en sus cien años haya recibido a una cifra de chilenos que supera con largueza a la población de Chile de los inicios del siglo XXI?

Por lo tanto, este *Memorial de la Estación Mapocho*, que celebra la felicidad de su existencia, es un homenaje a la gente, a los viajeros y sus acompañantes en despedidas y recepciones; a los participantes de tantas actividades culturales y a los artistas que los conmovieron.

Todos ellos, como lectores, podrán revivir en sus páginas momentos tan relevantes como los que vivieron Jorge Negrete, Arturo Alessandri, George W. Bush, Stephen Hawking,Herbie Hancock, Juan Carlos y Sofía, Reyes de España, David Copperfield, Enrique Iglesias, Ricardo Lagos, Víctor Hugo Lamatta, Gabriela Mistral, Emiliano Figueroa Larraín, Los Jaivas, José Donoso, Ana González, Jaime Ravinet, el Dalai Lama, Andrés Pérez, la Premio Nobel Nadine Gordimer, Zubin Mehta, Patricio Aylwin, Joan Manuel Serrat, el rockero Tom Araya, Rafael Luis Gumucio, Oliviero Toscani, Eduardo Frei Ruiz Tagle, Gilberto Gil, la tenista Anita Lizana, Pedro Aguirre Cerda, Ramón Barros Luco, Muhammad Yunus, Carlos Ibáñez del Campo, José Mojica, Luca de Tena o el Cardenal José María Caro...

En mi caso, recuerdo a mi abuelo Enrique, con los brazos tan abiertos como la estación, esperando mi descenso del expreso de Valparaíso.

Esa imagen ha permanecido.

Visitando el Museo de la Diáspora en Tel Aviv, sentí de pronto la voz de un viejecito que en un castellano incierto me recibía cordial en la puerta de acceso. Provenía de Turquía y había conservado por generaciones la lengua de sus ancestros que, un desgraciado 1492, habían sido expulsados de España. Y regresa todos los días cuando al llegar a mi trabajo en el Centro Cultural Estación Mapocho, saludo a

los guías adultos mayores, que encarnan para los visitantes a ese abuelo y al viejecito sefardí.

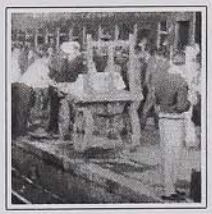
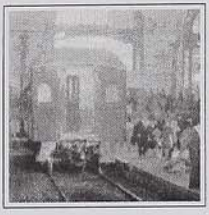
Quizás es una reiteración ser recibido por abuelas y abuelos cuando muchos chilenos no requieren bienvenidas en una estación que sienten —y es— propia. Pero hay jóvenes que no la conocieron y extranjeros que la reconocen como uno de los hitos de la arquitectura santiaguina. Ellos escuchan historias y dejan historias. Por medio de ellas vamos elaborando irremediablemente una memoria que no termina.

Una historia de personajes, de fotografías, de recuerdos y aspiraciones.

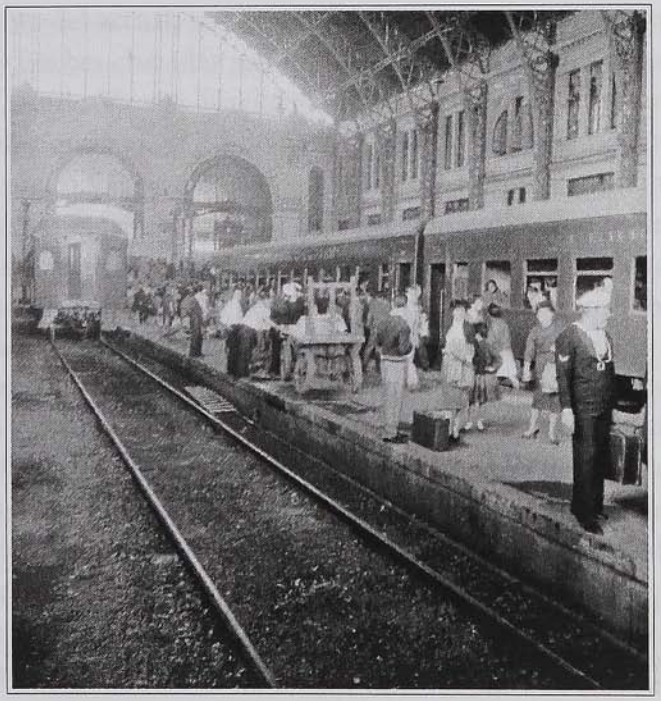
Quizás usted, querido lector, al despertar sus recuerdos, haga como mi otro abuelo, Arturo, el que me enseñó a descifrar los libros, y anote en los márgenes o en una página en blanco su propia memoria de la Estación Mapocho.

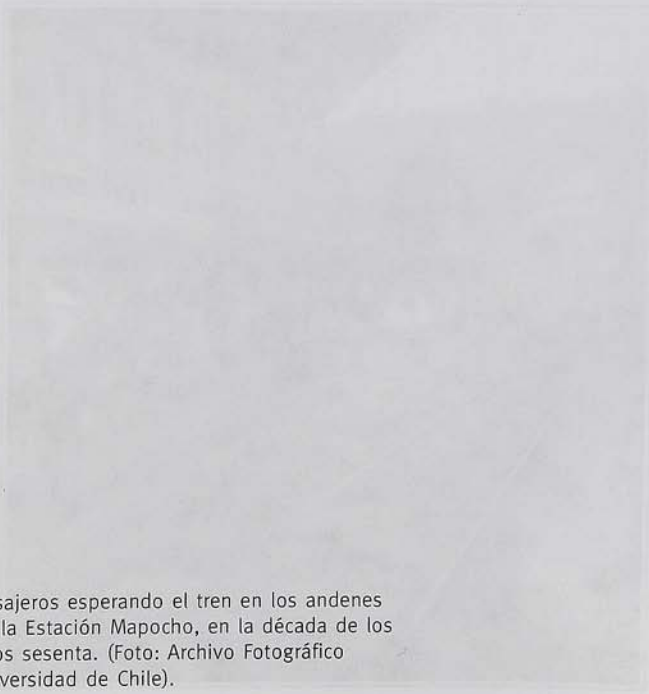
La misión de este libro estará entonces cumplida.

Arturo Navarro Ceardi

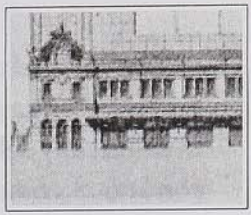



Estación Mapocho
Terminal de Ferrocarril





::: Pasajeros esperando el tren en los andenes de la Estación Mapocho, en la década de los años sesenta. (Foto: Archivo Fotográfico Universidad de Chile).



Hace unos años, leyendo acerca de los trabajos de Hércules del gran Benjamín Vicuña Mackenna, durante el período en que asumió el cargo de intendente de Santiago, encontré una cita que correspondía a su amor por los ferrocarriles, de Lily Litvak: «Había una vez un tiempo de trenes, muy distinto del actual, un tiempo de aventura, de grandes expresos y noches cruzadas por los silbidos de las locomotoras».

Cuando Vicuña Mackenna se hace cargo de la intendencia de Santiago, el 20 de abril de 1872, la ciudad contaba con una población de entre 120.000 y 130.000 habitantes. Santiago mostraba aún su aspecto colonial donde primaba una construcción de casas bajas de adobe, gran cantidad de iglesias y calles llenas de polvo por las cuales transitaba el ganado. Los vecinos compartían la vía pública con los animales en la más completa indiferencia. Cuando tomó posesión del cargo, Vicuña Mackenna leyó su programa administrativo en donde planteaba que se ocuparía del problema de los pavimentos, de la urbanización y creación de nuevos barrios, así como de las rentas, del cuerpo de policía, de la beneficencia, de plazas y monumentos. Entonces —para algunos personajes—, este plan proponía una verdadera transformación de Santiago, ya que se habían preocupado tanto

de la seguridad como del hermoseamiento de la ciudad, para hacerla grata a la vida cotidiana. Una de estas obras fue la canalización del Mapocho, planteada con el fin de terminar con la mala costumbre de usar el lecho del río como basural; también se propuso la construcción del Camino de Cintura que limitaría el radio urbano de Santiago, abreviando las distancias hacia los distintos barrios. Entre las reformas que se prometía abordar estaba la transformación de los barrios del sur, los cuales eran un foco constante de epidemias y disturbios. Gran importancia tenía, también, el proyecto en el que el Mercado Central se vería por fin terminado. El interés de Vicuña Mackenna por el esparcimiento lo llevó además a pensar en la fundación de espacios para la diversión popular.

La preocupación por transformar el cerro Santa Lucía, conocido como «el castillo de Hidalgo», que entonces era un depósito de escombros y escondite de salteadores, lo impulsó a la creación de un hermoso paseo, el cual hasta el día de hoy forma parte de la belleza de la ciudad. En ese entonces muchos pensaron que era un delirio, que exageraba en lujo y que no hacía falta para un Santiago que tenía otras necesidades inmediatas. Pero Vicuña Mackenna quería vestir al cerro con las características de una fortaleza medieval, con torres, jardines, explanadas, fosos y fuentes. También se preocupó de instalar juegos y entretenciones para niños, alumbrado a gas, banquetas, jarrones, rejas y un encantador restaurante.

Años antes, gracias a don Tomás Álvarez de Acevedo, quien fuera presidente interino del reino, se ordenó instalar, por primera vez en Santiago, números en las puertas de las casas, haciendo así más fácil la identificación de sus moradores y estableciendo una dirección particular a sus habitantes. Estos, aunque se consideraban citadinos, aún se asus-

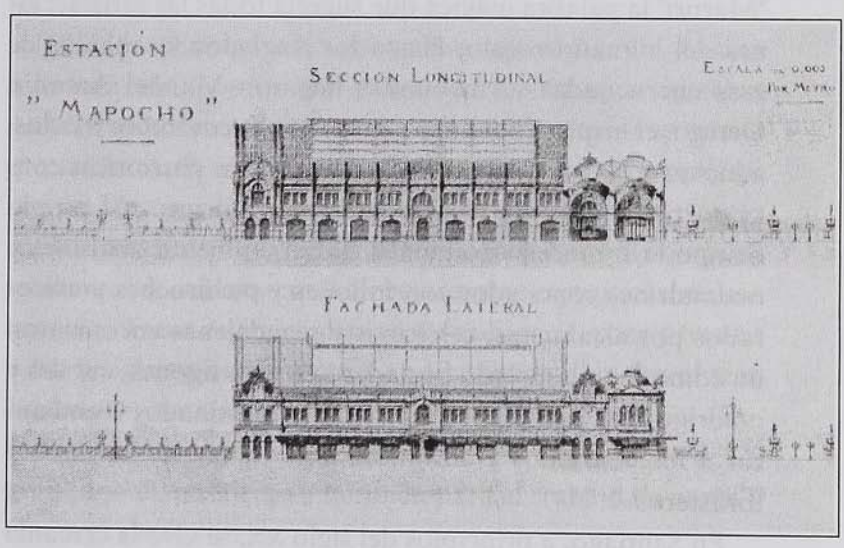
taban y no creían en las ventajas de la electricidad, ya que encontraban que era siniestra y sigilosa, y podía deslizarse por el interior de las casas, desnudando todo lo que tocaba. Era capaz de viajar a través de murallas, techos, y calles, y también capaz de dar muerte a quienes no supiesen manipularla. Pero la vida social empezaba a bullir y los chilenos no solo ponían de moda nuevos mitos urbanos, sino también nuevos dichos. Era común escuchar a un par de caballeros reclamar porque alguien los había hecho «pasar por el aro», o se encontraban preocupados y comentaban lo terrible que era «no tener un Cristo». Del mismo modo, las señoritas enviaban a «freír buñuelos» a los galanes que las incomodaban y los empleados públicos se insultaban diciendo «nada con suches», al referirse a ellos como a un mero servidor. Las grandes y pequeñas celebraciones eran siempre un buen pretexto para «remojar el gallo o empinar el codo», y continuar los festejos en medio de la embriaguez.

El 6 de agosto de 1862 se promulgó la ley de ferrocarriles, que rigió hasta 1925. En ese entonces, los ferrocarriles eran equiparados a los caminos y así gozaban de las servidumbres legales sobre los fundos colindantes. Esta ley no solo reguló las relaciones de la empresa con el público, sino también los itinerarios, la velocidad, la carga, la tarifa y los reclamos de los pasajeros frente a cambios de horarios, pasajeros malolientes, animales domésticos que solían escapar de sus canastas y esas gallinas amarradas de las patas que no paraban de cacarear o causaban gran impresión en adultos y niños al verlas tiesas y con los ojos abiertos. Otro pasajero tan famoso como las gallinas fue el «chancho con chaleco». La tradición cuenta que una noche tres individuos subieron al tren en el ramal hacia Renaico. Aprovechándose de la oscuridad, los dos hombres vistieron con un chaleco al tercero, que era un chancho. Enviar un animal como carga

era más caro que un pasaje en tercera clase, por lo que estos dos pícaros decidieron engañar al cobrador. Este, al pasar por sus asientos, cayó en la trampa, gracias a la oscuridad; pero no pudo dejar de comentarle al maquinista la tremenda impresión que le había causado un pasajero que era tan feo como un verdadero chancho.

Carlos Lavín, en su libro *La Chimba*, da luces acerca del entorno de la Estación Mapocho: «No alcanzó propiamente a la actual Avenida de la Independencia la barriada colonial de La Chimba, pero generó en el costado poniente de esta una inmensa huerta que fue subdividida bruscamente desde 1787. Este costado era más bien campestre, al contrario del de La Recoleta, que era arrabalesco; lo cual no quería decir que aquel no degenerara, por media centuria, en una concentración de tugurios y chiribitiles de afrentosa reputación. Se llamaba Campamento el pantano que quedaba al oriente de la rampa norte del Puente de Cal y Canto y Arenal la sección poniente. Una disgregación rápida de las tierras del Corregidor generó esos hórridos suburbios donde se guarecían el hampa y la hez santiaguinas. Hacia 1872 y por gestiones del Alcalde Vicuña Mackenna, se sanearon muchos 'conventillos' del barrio y se quemaron y destruyeron las rancherías de la ribera del Mapocho». A propósito del origen del nombre Mapocho, Diego de Rosales escribió: «Plantó Valdivia su campo en el valle de Mapocho, que propiamente se llama Mapuche, que quiere decir Valle de Gente, por la mucha que en él había, y de ahí tomó el Río ese nombre; mas los españoles y el tiempo ha corrompido el vocablo y en lugar de Mapuche le llaman Mapocho». El sector se caracterizaba por servir de refugio a bandidos y prófugos de la justicia como Pascual Liberona, llamado «El Brujo» por sus recurrentes evasiones. Las devastadoras inundaciones del

río, en 1783 y 1850, produjeron barrancos en los caminos, pero a pesar de ello algunos propietarios de quintas cercanas a La Cañadilla se preocuparon de darle dignidad al lugar y lo consiguieron, pues durante los grandes sismos, Lavín cuenta: «En el 'temblor grande' de 1822 y antes en el eclipse total de sol de 1804, muchas familias que habitaban en el casco de la ciudad se alojaron en las quintas de allende el Mapocho. Estas correrías aumentaron considerablemente desde la inauguración del Hipódromo, edificado por el arquitecto y prestidigitador francés F. Peires de Lajournade, el 15 de septiembre de 1873 a la entrada de La Cañadilla». En ese hermoso sitio fueron recibidas las más famosas compañías de variedades y los primeros circos que exponían ante el público sus fieras amaestradas. Este tipo de eventos favoreció una nueva mirada sobre el sector y su población, pero aquello terminó pronto con la instalación, de fábricas y ta-



::: Planos de la Estación Mapocho de sección longitudinal y fachada lateral, elaborados en el año 1905. (Foto: Museo Histórico Nacional de Chile.)

lleres. Fue así como estos espectáculos masivos buscaron un nuevo lugar y comenzaron a exhibirse en el corazón del Arenal. Entre las calles Marín y Lastra se encontraba la Fonda del Arenal, donde mostraba sus talentos Peta Basaure, una de las más famosas cantoras del arte popular chileno. Era —dice Lavin—, «además de una belleza, una hembra brava y garrida, invencible en la resbalosa y en la zamacueca y que hizo escuela en los tablados santiaguinos. Actriz, regente y propietaria de esta chingana asoció a sus espectáculos ingenios de otro orden. Los 'puetas' Manuel Clavero, atildado cantor de las glorias militares de 1879, y Nicasio García, rey del 'contrapunte' y la improvisación, convocaban en el corral de Maruri la flor y nata de la 'afición'. (...) En tiempos de la guerra del Pacífico este distrito galante adquirió todo su esplendor. Como si se dijera —respetando la época y las proporciones— un Brodway, un Montmartre, un St. Pauli, tal circuito pasó a ser el Tivoli del Nuevo Estreno y era 'Maruri' la palabra mágica que sugería todas las satisfacciones del humano regalo. Hasta los tinglados y tablados de esas encrucijadas y rinconadas llegaron Manuel Antonio Orrego, el inspirado músico, y otros políticos improvisados, a incitar a las muchedumbres, y sus arengas patrióticas contaron por mucho en el éxito del reclutamiento. Al propio tiempo la farándula dominaba ahí el ambiente: malsines y malandrines concitados con follones y pichiruches y asesorados por alcahuetas, celestinas y magdalenas encontraron un cómodo y despejado burladero en esos figones, cubiles y madrigueras, para ejercer sus tráficos destinados a embaucar a los distraídos y atolondrados o timar los curiosos y forasteros».

En Santiago, a principios del siglo XX, se vive la cercanía del Centenario de la Independencia de la República, y una de las ideas era justamente encontrar el modo de utilizar

esas tierras que se habían ganado al río Mapocho en su sector sur. Con este interés, aparte de la creación de innumerables mejoras a la ciudad, nació el Parque Forestal y comenzaron los trabajos del nuevo terminal ferroviario para Santiago. Este se ubicaría al frente del Mercado Central, para reemplazar a la Estación Mercado, que a través de un ramal originado en la Estación Yungay abastecía con insumos al Mercado Central, y protegía mediante de un pequeño cobertizo a los pasajeros. El nuevo recinto sería la Estación Mapocho.

La exposición Internacional de Santiago, en septiembre de 1875, fue la primera en dar importancia al fierro y al acero. Grandes maquinarias, instalaciones y herramientas elaboradas con esos metales pudieron verse. Las mayores novedades, cuenta la crónica, fueron los motores a vapor, molinos de viento, turbinas y diversas maquinarias para la minería, agricultura e industria; también algunos modelos de máquinas de coser y hasta un pequeño ferrocarril para las haciendas.

Chile produjo grandes ganancias en el siglo XIX, gracias a la minería, por lo que nuevas necesidades surgieron, mayoritariamente en el campo del transporte de materias primas hacia la industria, producto de lo cual ingresó un inesperado desafío: las estaciones de ferrocarriles. Como espacio arquitectónico, ellas debían cumplir ciertas normas, tendientes a solucionar las necesidades específicas de sus usuarios. Estos espacios debían ser cubiertos, para permitir a los pasajeros acceder a un andén donde abordar el tren fácilmente, en cualquier época del año y sin peligros. Debían ser lugares amplios, convenientes para el tránsito de un gran flujo de pasajeros y también para el trabajo de carga y descarga de equipajes.

La Estación Central, ubicada al poniente de Santiago, logró cambiar el aspecto de toda el área, aumentando así la

aparición de hoteles, posadas y diversos tipos de negocios, uniendo a la ciudad con el puerto de Valparaíso y con el sur del país. Los trabajos del nuevo edificio para la Estación Central comenzaron en el año 1884 durante el gobierno de don Manuel Bulnes. La construcción no generó ningún cambio al edificio original, solo se le agregaron dos boleterías, un par de oficinas y una torre central con un reloj. La madera fue el material utilizado en todo el mundo para la construcción de las primeras estaciones, aunque pronto fue reemplazada por hierro y vidrio, elementos considerados más propicios para este tipo de proyectos. En 1897 la empresa francesa «Schneider Co Creusot» mandó por barco las estructuras del techo del edificio y la torre, para crear una enorme estructura metálica, la que cubriría totalmente el área de los andenes.

La atmósfera que entonces se vivía en las cercanías de la estación puede recuperarse magníficamente en «La ciudad bajo los trenes», un texto escrito por Francisco Coloane: «El barrio de la Estación Central no solo es ese de los maleteros, carteros, pungas y asaltantes que en las noches se ocultan entre las sombrías calles de Borja y Cinco de Abril. Es un puerto. ¿Y por qué no? Todos los puertos del mundo tienen sus encrucijadas y estrechos tortuosos donde la navaja y el puñal navegan verticalmente en las pozas de alcohol; pero, además, tienen esos rumores de resaca, esa oscilación fronteriza entre la tierra y la aventura del mar, entre lo estable y lo inestable, a cuya vera las olas arrojan todo lo que la broma del mar carcomió. Y la estación central es un puerto; un puerto rumoroso de bocinazos, chirridos de rieles y voces de llamado. Sus bares tienen nombres de lejanos puertos: 'Bar Magallanes', 'Bar del Norte', 'Marsella'. Sus bodegones están embadurnados con las mismas pinturas de todos los puertos y de todas las marinas, azarcón, rojo, verde

y brea negra; en sus panzas hinchadas, que semejan las de los viejos pontones, entran trenes enteros cargados con las olorosas maderas de nuestras selvas del sur o el grano de nuestras sementeras. Los trenes mismos penetran en la ciudad navegando por sobre los suburbios; bajo sus ruedas las casas miserables del pueblo, de paredes grises y techos oxidados, pasan como los bancos de 'huiros' que anuncian la proximidad de la playa. Esta playa es la estación, y allí va el tren a varar su trompa de foca negra y se levanta la ciudad como los acantilados de la costa».

En el año 1900, la construcción de la nueva Estación de Ferrocarriles Alameda estaba terminada (el 29 de junio de 1983 fue declarada monumento nacional, en la categoría Monumento Histórico). A comienzos del mismo año, se habilitó un amplio local ubicado en la calle Estado como sala de teatro. Era el Salón Apolo, que contaba con 20 palcos y 250 plateas para deleitar con sus obras a los maravillados espectadores. La gente vivía a la espera de novedades y la oferta de espectáculos curiosos traspasaba las fronteras. Así fue como Santiago conoció la noticia del empresario que llevó a un grupo de araucanos para exhibirlos en el circo de la Exposición Internacional de París. Cuando el grupo llegó desde Chile a Mendoza para abordar un barco desde Buenos Aires a Europa, el periódico *El País* dio cuenta de la noticia explicando que: «La tribu se compone de 25 personas entre hombres, mujeres y niños. Los contratistas esperan que el negocio será de lo más productivo y los indios sienten una extraña fruición cuando su lenguaraz pronuncia el nombre de la gran capital francesa. Sus ojos chispean de orgullo, de codicia, de satisfacción cuando el lenguaraz habla de Europa, de Francia, de la Exposición». También comentó sorprendido el periodista: «Los araucanos que van a ser expuestos, pobremente vestidos, no se parecen en mane-

ra alguna a los araucanos cantados por Ercilla. Con estos, el único poema épico que podría escribirse es el poema épico de la miseria y del abandono». El precio de la entrada a la feria es de un franco y se ofrece la oportunidad de presenciar un «simulacro de combate con sus armas auténticas».

La primera impresión de Santiago, en las inmediaciones de la Estación Central, era la de un lugar de perversión en el que toda ruindad tenía su asiento, y algo semejante no podía permitirse el Chile del Centenario. Había que poner todos los esfuerzos en mejorar Santiago, embellecer su entorno, hacer seguras sus calles, edificar puentes y edificios además de mejorar los sistemas de alumbrado y alcantarillado. El Parque Forestal, encargado al arquitecto Enrique Dubois por el intendente Cousiño, debía estar terminado para los festejos del Centenario. Durante el año 1901 trabajaron cien hombres que ganaban como salario $1.20 al día. Pronto se inició el arreglo de las calles donde la piedra de huevillo sería reemplazada por adoquines o asfalto, pero lo más importante sería la creación de las obras arquitectónicas: el Museo de Bellas Artes, la Biblioteca Nacional, el Palacio de los Tribunales, el Parque Forestal, el Club de la Unión, la nueva fachada del Correo Central, el Instituto de ingenieros y la Estación Mapocho. Considerando que la capital preparaba las celebraciones del Centenario, Santiago necesitaba un nuevo y soberbio terminal ferroviario. Para ello, el Ministerio de Industria y Obras Públicas, convocó a un concurso de arquitectos para la construcción del nuevo edificio para el Museo y Escuela de Bellas Artes. El proyecto presentado por Emilio Jecquier obtuvo el reconocimiento de los jurados al ser considerado una obra maestra de elegancia, sencillez y comodidad. El señor Jecquier, quien había vuelto a Chile en el año 1902, marcado por las influencias del célebre arquitecto francés Gustave Eiffel, y antiguo alumno de la Escuela

de Bellas Artes de París, trajo el refinamiento de la tradición clásica a través del gusto moderno, que en esos años hacía de París la ciudad clave del arte. El Museo ocuparía dos pisos, tendría un salón de grandes dimensiones, y su techo de vidrio permitiría la realización de exposiciones que contarían con la condición atmosférica llamada *plein air*. La edificación sería de construcción sólida y contra incendio. El presupuesto, aprobado por la Dirección de Obras Públicas, fue de $495.310, y la construcción se estipuló en cuatro a cinco años. El peso de la armadura del Museo es de 115.000 kilos y los vidrios en la cúpula pesan 2.400 kilos. En el hall central, sobre el balcón del segundo piso, existe un altorrelieve que representa a dos ángeles sosteniendo un escudo. Estos se ubican en la semibóveda sobre las cabezas de dos Cariátides, que fueron realizadas por Antonio Coll y Pi. Jecquier tomó como modelo el diseño interno y la fachada principal del *Petit Palais* de París, evidenciando su estilo neoclásico y agregando detalles del estilo Art Noveau y estructuras metálicas, en boga en la arquitectura del siglo XIX.

La élite chilena se sentía la sociedad europea de América, imitaba sus modas, costumbres, ideales y estilos. Cuadros, estatuas, muebles, vestuario, libros y avances científicos de la alta burguesía europea eran exhibidos con orgullo por sus seguidores de la aristocracia criolla. En 1905, Santiago tenía 330.000 habitantes y la ciudad limitaba con las Avenidas Vicuña Mackenna, Matta, Exposición y Matucana. El resto eran solo caseríos y quintas aisladas. Providencia y Ñuñoa contaban con algunos chalets y largas calles edificadas entre grandes extensiones agrestes. Era curioso el comprobar cómo coexistían sin problemas la luz eléctrica, el gas y el farol a parafina.

El arquitecto Emilio Jecquier había nacido en Chile en 1866, y en 1870 se trasladó a vivir a Francia junto con su

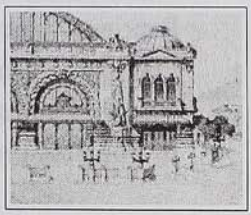
::: Planos de la Estación Mapocho de la fachada principal. (Foto: Álbum fotográfico Carlos Lanza.)

familia. Su padre, el ingeniero francés Enrique Jecquier, había sido contratado para inspeccionar las obras de puentes de ferrocarriles en los talleres Creusot y del pabellón chileno en la Exposición Universal de París. Jecquier estudió en la Escuela Especial de Arquitectura de Emilio Trelat, donde se tituló de arquitecto. Con mucho entusiasmo continuó complementando sus estudios en la Escuela de Bellas Artes de París, donde trabajó varios años en el taller de Paul Blondel, y se hizo conocido además en la Exposición Universal de París y en el estudio del famoso arquitecto Bobín. En el año 1905, Jecquier comenzó los trabajos de construcción del Palacio de Bellas Artes, que fue inaugurado el 21 de septiembre de 1910. Julio Subercaseaux dice, en su libro *Reminiscencias*, acerca de la arquitectura: «Por aquellos años, puede decirse que en Chile no había arquitectos; la mayoría de las construcciones corrían a cargo de los ingenieros, quie-

nes buscaban la ciencia de la solidez y no la belleza del arte, por cuyo motivo se construía en forma tan sólida como horrorosa».

El 18 de mayo de 1903, Francisco Rivas Vicuña, ministro de Obras Públicas e Industria, ordenó el trazado de los planos y el presupuesto para la edificación de la nueva Estación del Mercado, y la opinión de los comerciantes y vecinos del sector fue muy importante a la hora de confirmar la ubicación del edificio, la cual queda establecida el 2 de diciembre de 1904: «Se encontrará en la ribera sur del río Mapocho entre las calles Bandera y Morandé». El proyecto para la construcción de la Estación Mapocho exponía: «Su frente principal mira hacia el oriente, contará con una plaza de 2.000 metros donde solo tendrán acceso los carruajes y vehículos del público que entra o sale por la Estación. El edificio cubrirá una superficie de 5.400 metros cuadrados. Una gran sala de 60 metros de frente permite a los pasajeros la entrada directa a las distintas salas de espera. El interior se compone de una sola nave de 40 metros de ancho por 70 metros de largo con cuatro andenes longitudinales y tres dobles vías. El presupuesto del trabajo es de 392 mil 514 pesos 38 centavos. Se calcula que la obra podría terminarse en dos años».

La construcción de la Estación Mapocho comenzó en el año 1905 con las excavaciones, cimientos y albañilería. Los vitrales y las puertas de acceso son de origen francés y la estructura metálica asísmica fue construida por la firma belga Schneider y Compañía, que también erigió la cúpula de la Estación Alameda. El diseño arquitectónico de la Estación Mapocho fue de mayor complejidad que el de la Estación Central y se proyectó como una estación de término. Como solía decirse en el metro de París, «to-



dos los pasajeros descienden». Es el kilómetro cero, la punta de rieles. La Estación destinó gran parte de su superficie a la creación de un hall de acceso y áreas de espera más cómodas; oficinas generales y de telégrafo; cafetería, servicios higiénicos y puestos de venta de diarios y revistas, además de un servicio de guardarropía y equipajes. Al entrar a la Estación uno podía observar un hall central de doble altura cerrado por arcos que terminan en un inmenso cielo conformado por seis cúpulas. La fachada es una gran bóveda metálica cerrada por una vidriera construida de arcos que se proyectan hacia el techo. Está ornamentada por elementos clásicos y el friso posee motivos heráldicos, vegetales, guirnaldas y filigranas. Para la edificación fue utilizada la albañilería de ladrillo fiscal con cimientos de piedra y cal. El hormigón armado se empleó para la construcción de vigas y lozas del segundo nivel y el hierro en uniones de piezas de madera, anclajes, decorados, y lo más importante, como elemento estructural de las bóvedas. Los arcos, cúpulas, marquesinas y puertas de acceso fueron construidas por la Casa Daydee et Pillé, de París. La Compañía de Mayer Giraudo obtuvo el contrato de los vidrios armados y para los faroles de la plazoleta se contrató a Nicoreanu y Harnecker. La mampara, boletería y relojes fueron encargados a Morandé y Zamora, y los vidrios dobles y catedrales a Dell'Orto y Adolfo Sachlack. El asfalto fue realizado por la empresa The South American Asphalt Co. El peso total es de 874 toneladas, el largo del hall es de 128 metros y el ancho es de 40 metros. La altura hasta la quilla es de 26 metros. La ejecución de las obras de ferretería estuvo a cargo de la firma G., M. & A. Petitjean. La cubierta de acero fue realizada en Bélgica por la Compañía Central de Construcciones de Haine Saint Pierre. Frente al hall se creó una plaza de 2000 metros, donde carros y vehículos podrían entrar o salir de la Estación. Su estilo es

neoclásico francés, y no desarmoniza con la albañilería de ladrillo que posee el edificio de servicio ferroviario.

Las primeras ideas de construcciones de estructuras metálicas datan de 1617 y corresponden al trazado de un puente; la primera obra fue también un puente en Gran Bretaña, en el año 1779. El desarrollo de las comunicaciones ferroviarias fue el mejor impulsor del uso masivo del hierro como material estructural y así, a finales de 1880, los principios básicos de la construcción metálica moderna se encontraban formulados: las estructuras ya no eran simples cajas ni recordaban a los prototipos de madera, ahora eran estructuras dinámicas. En Chile, en 1863, ya se había inaugurado el puente metálico de Los Maquis en el tramo ferroviario Santiago-Valparaíso y, en 1872, se inauguró el Mercado Central dirigido por el arquitecto Fermín Vivaceta. Ese mismo año es nombrado Benjamín Vicuña Mackenna como intendente de Santiago. En 1890 se terminan los puentes metálicos de Purísima, Mackenna y 21 de Mayo sobre el río Mapocho, construidos por Lever, Murphy y Compañía, de Valparaíso. En 1891 se inaugura el viaducto del Malleco y, en 1892, se entregan los puentes metálicos de Pío Nono, La Paz, Recoleta, Manuel Rodríguez y Cañadilla.

Para el proyecto y la construcción de un edificio o puente de estructura metálica había que encargar directamente el proyecto, ejecución y montaje a una empresa extranjera, como en el caso del edificio de la Aduana y la Iglesia de San Marcos en Arica, encargados a Eiffel y Compañía; o se encargaba el diseño y la ejecución a una firma extranjera, pero los planos eran hechos por un arquitecto en Chile, como ocurrió en el caso del Mercado Central, o se proyectaba y construía completamente en Chile, encomendándose los perfiles al extranjero, como sucedió con el edificio comercial Gath & Chaves y el edificio de la Bolsa de Comercio, estos

últimos, recubiertos por otros materiales. Uno de los más importantes creadores relacionados con el fierro y sus posibilidades fue el ingeniero Gustave Eiffel. Eiffel nació en la ciudad de Dijon, Francia, en una familia de artesanos parisinos. Estudió en el Collège Saint Barbe de París y en el año 1855 se graduó en la École Centrale des Arts et Manufactures. Más tarde se unió a una compañía de máquinas de vapor y herramientas. En 1858, esta compañía recibió un contrato para construir un puente férreo en la ciudad de Burdeos y Eiffel fue designado como supervisor de la construcción. En 1866, Eiffel fundó su propia compañía con la que obtuvo gran éxito, principalmente por sus estructuras de metal, que desafiaron las concepciones estéticas de la época. En 1884 su fábrica era reconocida en todo el mundo. La famosa Estatua de la Libertad, ubicada en la entrada de Nueva York, salió de su fábrica en el año 1886. La Torre Eiffel, su mayor obra, fue inaugurada el 31 de marzo de 1889. La Torre mide 324 metros de alto, tiene 18 mil piezas metálicas, 7.300 toneladas de hierro, 1.665 escalones, ascensores transparentes, una estación meteorológica, una de radio y una de transmisión para la televisión. Cuenta también con un par de habitaciones donde vivió por un tiempo. Eiffel murió en 1923, y la Torre Eiffel es un símbolo de construcción monumental en hierro forjado.

«Transformaremos a Santiago en el París de América», fueron las palabras de cierre del discurso de Vicuña Mackenna, cuando aceptó el cargo de intendente de Santiago. Había que cambiar la forma de vida urbana y transformar la estructura de la sociedad. Una de las preocupaciones principales de la comisión del Centenario, presidida por Agustín Edwards McClure, fue lo urbano: paseos públicos, parques y nuevos edificios que debían contribuir a convertir a la ciudad en un lugar de encuentro y esparcimiento.

Mientras el pueblo se divertía en fiestas, fondas y ramadas, la aristocracia criolla realizaba reuniones sociales en las cuales era frecuente escuchar a literatos, pintores y músicos hablar de sus nuevas realizaciones o acerca del acontecer de la sociedad. Doña Martina Barros de Orrego, en su libro *Recuerdos de mi vida*, cuenta algunos detalles sobre las tertulias que ofrecía en su casa —hacia finales del siglo XIX y la primera década del XX— y a la cual asistían importantes figuras del arte, la literatura y la política. Guillermo Blest Gana era uno de sus asiduos visitantes, que a veces, venciendo su timidez, aceptaba leer junto al piano un poema inédito con el cual deleitaba a la concurrencia. Jenaro Prieto llegaba también por las noches, luego de entregar en *El Diario Ilustrado* alguno de sus artículos en donde se apreciaba el especial humor que poseía. «Es un joven de temperamento muy original, que mira todo desde un punto de vista propio y que escribe también de un modo muy peculiar». Asistían también jóvenes talentos como Ricardo Latcham, Manuel Vega y Eugenio Orrego Vicuña, sobrino de doña Martina, quienes formaban «la extrema izquierda literaria». A veces aparecía también doña Inés Echeverría de Larraín, «mujer de inteligencia brillante, de una gracia muy especial y con un temperamento complicado difícil de penetrar, lo que la ha hecho ser, muchas veces, mal comprendida por la generalidad de las gentes». Ella llegaba siempre seguida por jóvenes admiradores que comenzaban a incursionar en el campo de las letras y sabían apreciar su talento. «Escribe constantemente con pasión a veces y siempre con talento; tierna y efusiva en sus horas de dolor es cáustica y graciosa en sus días serenos, y original siempre. Si su amor propio se siente lastimado se la ve erguirse y levantar el látigo de la ironía o sacudir el chicote del ridículo; cuando algo la atrae aplaude con entusiasmo o se conmueve maliciosamente, así como es

implacable para fustigar lo que le desagrada o siquiera le molesta, usando entonces el afilado estilete de su ingenio». A esas reuniones llegaron también Diego Dublé Urrutia, Javier Vial Solar y su cuñado Luis Orrego Luco, «espiritual hombre de letras que se ha dedicado especialmente a cultivar la novela genuinamente chilena». Mientras las tertulias se preocupaban de las bellas artes y de cultivar el espíritu, en el mes de octubre de 1900 el pueblo temía por su salud, ya que se decía que las aguas provenientes de Vitacura estaban contaminadas con miasmas y sedimentos pantanosos.

En 1905 hubo en Valparaíso seis mil muertos por la epidemia de viruela y, el 16 de agosto de 1906, un violento terremoto dejó prácticamente en ruinas la ciudad. Más de 3.700 personas murieron y 20 mil quedaron heridas por la destrucción y el vandalismo. Las nuevas edificaciones planificadas para el Centenario —Museo de Bellas Artes y Estación Mapocho— debieron retrasarse por la necesidad de desviar fondos estatales para la reconstrucción del puerto. Valparaíso fue declarada «plaza ocupada militarmente estando al mando el capitán de fragata Luis Gómez Carreño, quien impuso el orden a fuerza de inmediato fusilamiento de saqueadores y azotes públicos para los especuladores, especialmente para los que vendían el agua». Don Carlos Van Buren atendió a los heridos, les dio dinero, alimento y abrigo. Protegió también a muchos de los niños que quedaron huérfanos a raíz de la tragedia.

Cuando la ciudad ya se había recuperado del terremoto, quiso aprovechar la reconstrucción para modernizarla y para ello se siguieron los planes de remodelación de Alejandro Bertrand. Las calles fueron ensanchadas, se mejoró el sistema de alumbrado a gas y el de los tranvías eléctricos. Un nuevo Valparaíso había surgido y se encontraba en todo su apogeo.

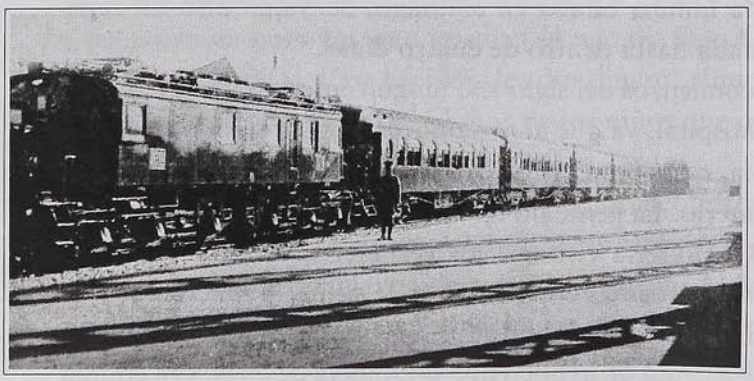
En Santiago, el terremoto también produjo terror en la población. Julio Subercaseaux, en su libro *Reminiscencias*, recuerda: «Alrededor de las ocho de la noche empezó a llover en forma torrencial. Minutos después sobrevino el primer remezón tan fuerte que al correr a nuestra casa en busca de los niños, apenas pudimos subir las escaleras. En ese momento llegó Sara Campino de Morandé a pedir asilo con sus chiquillos, instalándonos todos en la casa del portero. Entretanto, yo subí al escritorio a buscar unos papeles y estando allí se me presentó un espectáculo realmente macabro. En medio de aquel diluvio, los rayos serpenteaban por todos los ámbitos, aparte que desde los cables eléctricos de los tranvías saltaban llamas, entre el estrépito de los truenos, los vidrios que se rompían y los trozos de estuco que caían de los edificios. De pronto vi abrirse las ventanas del Teatro Municipal, saliendo una despavorida legión de demonios con estridentes gritos y tratando de ponerse a salvo. Eran las comparsas infernales de la ópera 'Mefistófeles', programada aquella noche. Los remezones, con cierta frecuencia aunque en menor intensidad, se prolongaron por toda la noche. Nuestra casa sufrió serios deterioros. Felizmente casi toda la familia estaba en Santiago, de Valparaíso no supimos nada hasta dentro de cuatro días».

A comienzos del siglo XX, ningún enfermo quería ir a dar a un hospital, ya que al no conocer la noción moderna de la asepsia, estos eran vistos como la irremediable antesala del cementerio. La gente no tenía confianza en la medicina moderna y prefería visitar a los yerbateros y curanderos. Las enfermedades más comunes eran la sífilis, la tuberculosis, la viruela, el sarampión y el tifus, que se multiplicaban rápidamente a causa de lo poco que se conocía de ellas. Era común encontrar en los hospitales dos pacientes de distintas dolencias compartiendo la misma cama, ya que no se sabía si sus

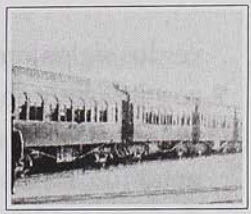
enfermedades eran o no contagiosas. A causa de esto apenas uno de cada cinco pacientes lograba salir vivo.

En todo el mundo se dio el fenómeno de tomar la aparición del tren como una amenaza, una nueva enfermedad, que podía alterar los hábitos de vida con consecuencias fatales. «Los espectadores se ponen rígidos cuando pasa el tren» escribió Franz Kafka, quien sentía pánico por los trenes, en la primera página de su *Diario*. Sigmund Freud, por su parte, cuando abordaba un tren, pronto se desesperaba y abría todas las ventanas. En 1850, el pensador danés Soren Kierkegaard había dicho que la manía del ferrocarril se presentó junto con los alzamientos políticos de 1848. Escribió: «La manía de los ferrocarriles es un experimento a la Babel. Tiene que ver también con el final de un período cultural, es la aceleración final». Muchos pensaban que el ferrocarril podía llegar a ser el equivalente goyesco de Saturno devorando a sus hijos. Tal vez comenzaría la era de Tánatos.

Uno de los proyectos más complicados que tuvo que afrontar la Municipalidad de Santiago fue la canalización del río Mapocho. Para tales efectos se convocó a un concurso de



::: Primeras locomotoras eléctricas, años 1923-1924. (Álbum Fotográfico Carlos Lanza.) Durante el siglo XIX, se veía al tren como una verdadera amenaza.



proyectos en octubre de 1875, y en la sección del 6 de abril de 1877 se otorgó el primer premio al proyecto del ingeniero Lorenzo Chaprón. Valentín Martínez, ingeniero de puentes y calzadas, dibujó los planos. Las obras se iniciaron en 1888 y finalizaron en 1892, año en que instalaron los puentes metálicos de Purísima, Calicanto y Recoleta. Las crecidas del río Mapocho continuamente provocaban estragos haciendo ceder el terreno y dejando sectores aislados y caminos cortados. Con ello se impedía el flujo normal de los habitantes de Santiago. El escritor J. Abel Rosales dice: «El Mapocho estaba de continuo de mal humor y muchas veces invadeable, de modo que en los días de crudo temporal, cuando las aguas bajaban de la Cordillera batallando por salir de su cauce y jugando como plumas con los tajamares y el pobrísimo puente de madera que solía haber, el que lograba llegar a la chimba diciendo: 'vengo de la ciudad', caballero en fornido potro cubierto de agua y de espuma, y él mismo mojado hasta la cintura, contaba una hazaña que era celebrada cual correspondía a la clase del sujeto y a las relaciones que mantenía en la casa adonde llegaba. Por el lado norte, Santiago estaba aislado casi medio año, y fue necesario un hombre de energía hasta entonces desconocida y de una actividad poco común, para que se entablaran seriamente tratados de amistad, peaje y comercio entre ambas márgenes del indomable río. Fue este personaje el afamado Corregidor de Santiago, vecino y Rey de la Cañadilla, don Luis Manuel de Zañartu». La necesidad de un puente que solucionara el problema del corte que el río Mapocho provocaba en la ciudad de Santiago imponía como tarea urgente la búsqueda de una alternativa. Cuenta el escritor Sady Zañartu, acerca de la construcción del puente: «Tuvo Santiago un Puente de Calicanto que no volverán a

ver los siglos venideros. El poblachón, aplastado por sus aleros interminables, destacaba sobre su riacho once ojos ciclópeos que avizoraban el valle del Mapocho, como centinelas de la hispana civilización». Don Luis Manuel de Zañartu, quien era entonces la Justicia Mayor y Teniente Lugar de Capitán General, tenía un carácter fuerte y decidido que lo llevó a reunir más de doscientos trabajadores diarios, entre vagabundos y reos sacados de la cárcel. A modo de castigo los hizo pagar allí sus delitos y, encadenados de dos en dos, debieron trabajar en las secciones de albañilería, cantería y herrería. Cuenta el escritor que fueron días muy tristes para los indios y trabajadores que debieron soportar penosas tareas junto al chasquear de los látigos. «Pero la obra apareció suntuosa, soberbia de alzarse sin auxilio de las arcas reales –dice Zañartu—, elevando sobre la ciudad el dovelaje que sustentaba la vía que iba a unir las dos márgenes del Mapocho, y a traer de la Chimba, el Salto del Agua, Quilicura y la Dehesa, los olores rústicos de sus hortalizas y viñas, y el cantar de sus picanas campesinas en el arreo de sus yuntas. El costo de la obra no pasó de doscientos mil pesos debido a su celo de Corregidor, que miraba la ciudad como suya». El Corregidor Zañartu había construido allí una casa con un pequeño balcón a modo de mirador para contemplar con sus catalejos el trabajo de los picadores, herreros y albañiles. Su presencia inspiraba terror a los obreros que «en su mayoría formaban una siniestra cadena de condenados a trabajos forzados». El Corregidor era sumamente irritable y emitía desde el balcón gritos, amenazas y órdenes de castigo. Dicen que bastaba con verlo asomarse desde ese barandal para terminar con riñas y sublevaciones de los presos, quienes sabían que él era capaz de bajar hasta la obra y terminar el problema con el látigo y unos cuantos disparos de trabuco. Sady Zañartu cuenta: «El pueblo, para

dar fe de la solidez del puente, refería que a la argamasa con que se unió la piedra y el ladrillo, se echaron nada menos que las claras de quinientos mil huevos. Una vida nueva comenzó en torno de la rampa del Puente de Zañartu; por la anchurosa vía, abierta al comercio colonial, vino primero el acopio cotidiano de las chacarillas de los contornos con su tropel de bueyes, caballos, mulas y borricos. Después fueron los viajeros que arribaban a Valparaíso y de la 'otra banda', en sus cuartagos y acémilas, cargados de almofreces y petacas; el tráfico de negreros; el comercio de la caña del Perú y la hierba del Paraguay, todo el emporio provincial, que los cambistas mercaban en buenas monedas de plata macuquina. (...) El puente hizo de la calle un tránsito abierto a las esperanzas y los desconsuelos. Sirvió de vía de amarguras cuando el vecindario solo atinó a huir, camino de Mendoza, después del desastre de Rancagua; y fue el puente de gloria cuando las huestes de Chacabuco bajaron por la rampa sur hacia la Plaza de Armas, dejando en las bóvedas de su arquería el eco de triunfo de los clarines y cajas. (...) Esta calle no demoró en presenciar la tragedia inevitable a que la llevarían los errores de los hombres que en su veleidad se mostraban cansados de prosperar a la sombra cansada del Puente de Calicanto». La causa del derrumbe del puente fue la canalización del Mapocho, obra dirigida por el ingeniero don Valentín Martínez, que en junio y julio del año 1888 hizo socavar su base de piedras, debilitando los arcos del extremo norte del puente para que la primera crecida del río lo botara. Se cuenta que la acción estaba preparándose como una demolición disimulada ante la protesta del pueblo que se resistía a su destrucción. Pronto vino un temporal que produjo una avalancha y, finalmente, en agosto un nuevo temporal convirtió el Mapocho en un embravecido mar que arrasó «en medio del asombro y del terror de la pobla-

ción entera, con su mole de granito, como si se tratase de maderos y no de masas compactas de piedras y ladrillos».

Santiago crecía a un ritmo vertiginoso en todos los aspectos, aunque con sus ojos siempre en dirección a Europa, parecía querer borrar todo su pasado. Las viejas calles, por las cuales había transitado la historia, ahora parecían lugares viejos e incómodos que el pueblo había degradado. A comienzos del siglo XX, Santiago había adquirido un aspecto mucho más europeo tanto en lo humano como en lo urbanístico. Las mujeres más audaces comenzaban a usar vestidos y sombreros de afamados modistos parisinos. Iban bellamente vestidas a pasear por las tardes a la Alameda, motivadas por aquel gusto de ver y ser vistas, llamar la atención de los caballeros y de las damas. Pero no solo las mujeres hacían gala de su gran belleza y vanidad; el caballero aristócrata de principios de siglo demostraba su interés por la estética, edificando su casa como un verdadero palacete. La ciudad de Santiago pasó a ser el escenario de mayor trascendencia a principios de siglo, lo que motivó el creciente abandono del campo y de la estructura agraria, de Chile del siglo XIX. La migración del campo a la capital produjo importantes consecuencias para el desarrollo futuro del país. La élite capitalina padeció la mayor transformación al cambiar su cultura, normas y estilo de vida, tomando como referente inmediato lo europeo, y específicamente todo lo que viniera de Francia. Este fenómeno dominó el acontecer santiaguino de la aristocracia, despertando el interés de terminar con la tradicional mentalidad provinciana. La ostentación se volvió habitual, así como la necesidad de importar muebles, modas y todo cuanto fuese posible. Los viajes, el ocio y la vida social pasaron a ser el eje central de la vida capitalina. En el año 1908, don Luis Orrego Luco publica su libro *Casa Grande*, con el interés de mostrar al desnudo la

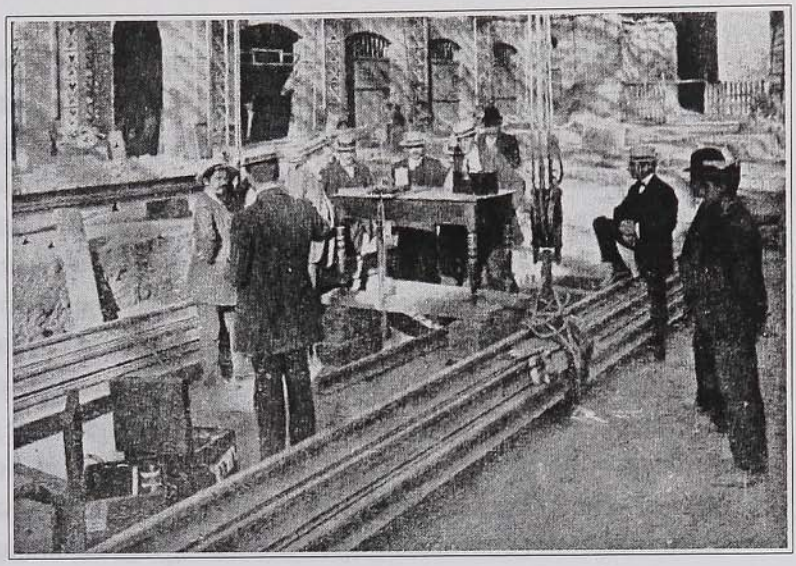
vida santiaguina: «No es más que un largo grito de agonía contra esa fiebre desatentada de riqueza, contra el despilfarro inconsciente, contra el ocio de los herederos de las viejas fortunas, contra la holganza y los placeres a que se habían entregado los descendientes de las familias patricias».

La revista *Zig-Zag* del 14 de julio de 1909 publicó la siguiente nota: «El 3 del corriente mes se llevó a cabo en la nueva Estación de Mapocho (Mercado) una significativa fiesta, con motivo de inaugurarse las obras de armadura metálica de esta estación del ferrocarril de circunvalación de esta capital, que será la estación de más importancia por estar situada en el centro mismo de la ciudad».

La cercanía del Centenario de la República generaba en el ambiente nacional grandes expectativas. Unas daban cuenta de la sensación de entrada a la madurez cívica del chileno, otras reforzaban la idea de libertad y desarrollo. Existía una imperiosa necesidad de expresar la alegría festivamente. Cuenta Eduardo Balmaceda Valdés, en su libro *Un mundo que se fue*, acerca del primer Centenario de la Independencia: «Realizábase con este motivo un programa de festejos jamás igualado en suntuosidad y duración; había que celebrar dignamente el siglo de oro de nuestra vida nacional, cien años de independencia, de efectivo progreso y de una historia llena de las más bellas enseñanzas, difícilmente igualada por otros pueblos en tan corto tiempo. Para todo esto debíamos mostrarnos con nuestras mejores galas ante los embajadores que de todas partes del mundo llegarían a cumplimentarnos. Jefes de Estado, príncipes de la Iglesia, grandes titulados, héroes y otras personalidades tomarían parte en el elemento oficial de la celebración». Las residencias más elegantes de la capital recibieron a los embajadores; los mejores carruajes particulares fueron puestos a su disposición. Luego continúa evocando el momento: «La ornamentación

de la ciudad la recuerdo como una hechicería; arcos triunfales decoraban en profusión todo el centro de la Alameda, algunos de verdadero mérito artístico y de costosa construcción; todas nuestras glorias estaban cantadas magníficamente en la decoración de este paseo. Las calles bordeadas de gallardetes con banderolas internacionales animaban el ambiente festivo, y la iluminación dispuesta en cada cuadra en arquerías con millares de lamparillas mantenían por la noche la ciudad *a giorno*». Pero otra mirada sobre el mismo fenómeno ha manifestado Carlos Morla Lynch en el libro *En el año del centenario*, donde escribió en enero de 1910: «Sólo oigo hablar de calamidades, de sinsabores nacionales, de inercias gubernativas. El suche es un tipo especial, melancólico y callado, melenudo y pálido especie de sirviente a quien le dicen 'señor' y que anda con los dedos manchados de tinta». Y para certificar el problema expone: «He sido designado para reemplazar interinamente al jefe del protocolo que, después de aprovechar de la licencia que la ley otorga habrá de renunciar definitivamente». El día 5 de enero anota: «Siempre la crisis. No se habla más que de política. ¿Y el Centenario? Nada se ha hecho aún. No existe el menor esbozo de programa. ¡Confío en la estrella de Chile!».

Al respecto, Miguel Laborde, en un artículo publicado en *El Mercurio*, destaca que una de las lecciones que dejó la celebración del Centenario tiene que ver con la capacidad de mirar y sentir esta fecha como un desafío integral, que toca a la cultura, el espíritu, la identidad de Chile y su sumisión a las pautas europeas. En definitiva, el Chile del Centenario se preguntó cuál es el Chile que tenemos y todas sus obras apuntaron a avanzar en el Chile que queremos. Surgen, así, tres obras



::: En octubre de 1908, el presidente de la República, Pedro Montt Montt, y el ministro de Industria y Obras Públicas, Eduardo Délano, acompañados de los ingenieros que estaban a cargo de la construcción, hicieron una visita de inspección en la que acordaron la expropiación de varios terrenos y otros proyectos importantes. (Foto: Álbum Fotográfico Carlos Lanza.)

clave: el Museo de Bellas Artes, la Biblioteca Nacional y la Estación Mapocho.

Santiago es una ciudad extendida. Es primavera y en las noches la Alameda de las Delicias está iluminada. En las principales manzanas del centro, junto con el gran comercio, un par de prósperos bancos ocupan relucientes mansiones de bronce y mármol. En calles como San Antonio hay un comercio abigarrado: boticas, relojerías, negocios de calzado, sastrerías y tiendas con un letrero que anuncia «se realiza todo, a muy bajo precio». En la propia Alameda, en una residencia majestuosa, vive con su familia el todavía joven e inédito poeta Vicente Huidobro (que, tendido en un diván, sueña con la *Comtesse de Noailles*). El país, complacido de sus logros, se felicita. No merece menos una capital con más de 400.000 habitantes, un país con una población total que

bordea los 4.000.000 en sus veintitrés provincias, desde Tacna y Arica hasta el territorio de Magallanes; no merece menos una sociedad que en la voz del discurso oficial (los Baedecker y volúmenes celebratorios en papel satinado) se percibe a sí misma como culta, ilustrada y europea; una nación que con la celebración del Centenario está pasando de la edad juvenil a la edad adulta. Un viajero norteamericano de esos años, W. D. Boyce, señala que las modas de París llegan a Santiago con la misma rapidez que a Nueva York, los «parques y la Alameda —dice— hacen que la capital de Chile sea por las tardes tan hermosa y atractiva como Rotten Row en Londres o Central Park en Nueva York». En el llamado «vecindario decente», conformado por el centro y algunas manzanas aledañas, hay antiguas casas solariegas de estirpe española, con patios floridos, balcones enrejados y tejas, pero también algunas construcciones a lo *belle époque*: mansiones de estilos europeos u orientales, y hasta palacios de corte neoclásico o morisco. Los beneficios del salitre a las arcas fiscales han aportado lo suyo a la urbe y a la modernización oligárquica: allí está el alumbrado público y los teléfonos, el alcantarillado, u obras como el Palacio de Bellas Artes de Jecquier, el Parque Forestal de Dubois, la nueva fachada del Correo Central, el Palacio de los Tribunales de Doyere, la Estación Mapocho —adonde llega el recién inaugurado ferrocarril trasandino—, la red de tranvías eléctricos y el inicio de la Biblioteca Nacional. En la Alameda abajo, cerca de la Estación de trenes diseñada por Eiffel, en un barrio de prostíbulos y gañanes, un charlatán discursea en una esquina ofreciendo a los transeúntes brebajes para todo género de enfermedades. Del centro de la ciudad parten algunas de las calles que dan a la periferia, muchas todavía con acequias de aguas servidas a tajo abierto, calles polvorientas (o con restos de barro) que van a morir a los confines de la

ciudad, o desaparecen en miserables suburbios, donde —según un cronista de la época— los ranchos de paja son negros y los basurales se levantan como promontorios en los que husmean perros escuálidos, lugares que colindan con potreros a campo abierto, como Chuchunco o «los Pajaritos». Entre esos suburbios de los «confines» y el «vecindario decente» del perímetro central, se despliegan los más de mil conventillos con habitaciones insalubres o «cités», como se les llamaba entonces, con voz afrancesada. Esta es Santiago, esta es la ciudad que después de largos meses de incertidumbres de toda índole, se dedica —con bombos y platillos y algún *huifa ay ay ay*— a la celebración del primer Centenario de la Independencia, en septiembre de 1910.

La llamada «Cuestión Social» comienza a preocupar a la opinión pública y el tema se discute en los diarios. La Unión», de Santiago, por intermedio de don Rafael Edwards, expone que las condiciones de vida obreras se reflejan en sus habitaciones que son: «Un baldón para nuestro país. En los miserables conventillos en que vive el pueblo no se puede esperar que se conserve la inocencia de los niños ni la honestidad de las costumbres». Luego expresa: «La mortalidad infantil y la extensión de la muerte para nuestro porvenir nacional tienen su origen en los conventillos, en su falta de luz y aire, en su humedad y en su absoluta carencia de todas las condiciones que debe poseer una habitación humana».

Poco antes de la celebración del Centenario, la salud del presidente Pedro Montt era precaria. La escritora Iris (Inés Echeverría) lo fue a despedir a la Estación Mapocho. Dejó escrita su impresión: «Al mirarlo de frente, me asustaron su palidez y su tristeza. Lo abracé con esa ternura efusiva de lo que ignoramos pero presentimos. Me sonrió con bondad y me oprimió la mano. Pero esa mañana entré a mi casa llorando. Don Pedro no volvería».

La oligarquía gobernante celebró el Centenario sin considerar la complicada situación en que se encontraban la clase media y el proletariado. El presidente Pedro Montt falleció en Alemania, ante lo cual el vicepresidente de la República, don Elías Fernández Albano, debió asumir las tareas y festejos del Centenario. Lamentablemente, era un hombre que tenía serios problemas de salud y a fines de agosto se enfermó de gravedad. El 6 de septiembre falleció y la situación fue resuelta esta vez con la figura de don Emiliano Figueroa Larraín, quien era un antiguo miembro del Gabinete. Él ocuparía el cargo de presidente interino hasta que se convocara nuevamente a elecciones.

Las actividades comenzaron a programarse temprano. Se invitó a las delegaciones de países hermanos, se inauguraron monumentos conmemorativos, algunos de los cuales fueron donados por colonias extranjeras en Chile. Como parte de los festejos fue publicado un conjunto de documentos que daban a luz los sucesos relativos al 18 de septiembre de 1810. Las fiestas dieron especial interés en destacar los desfiles militares. Se realizaron concursos literarios y artísticos, exposiciones de arte, industria y agricultura. En la tarde del día 15 hubo una tómbola nacional en las diez comunas y una función de biógrafo al aire libre. En la semana, hubo también concursos de lucha, canto, juegos deportivos, fútbol, fuegos artificiales y la parada militar del 19 en el Parque Cousiño, donde además podían verse, vestidos con una mezcla de elegancia inglesa y de ropa casual, a las familias que disfrutaban del esparcimiento. El desfile fue grandioso; los cadetes, vestidos con los trajes usados durante la gesta emancipadora, fueron vistos con alegría en su largo recorrido por las calles de la capital.

La historiadora Soledad Reyes del Villar escribe acerca del día 17 de septiembre de 1910: «A las 20.30 comenzó a

funcionar en Santiago la Feria del Centenario, atracción que hoy se conoce como un parque de entretenciones, ubicado en la Alameda. La Feria incluía entre sus diversiones laberintos, olas giratorias, juegos de tiro al blanco, paseos en pequeños caballitos, un barco que daba vuelta en un circuito que representaba al mundo y una hechicera que predecía el futuro». También se publicitó a través de la prensa la actuación de «la mujer araña» y el estreno de un tobogán.

En la Catedral de Santiago se llevó a cabo el tradicional Te Deum del 18 de septiembre, y fue tal cantidad de gente que se reunió allí, que la Plaza de Armas se utilizó para acoger a la multitud. La mayoría de las plazas y paseos de Santiago de iluminaron con bombillas eléctricas blancas, azules y rojas, y la Municipalidad de Santiago decidió alumbrar también las plazas y avenidas que no estaban incluidas en el programa oficial, como las plazas Brasil, Manuel Rodríguez, Almagro, Yungay, San Isidro y Ecuador; y las calles y avenidas Vicuña Mackenna, Portales, Independencia, Matucana, Recoleta, Matta y Bascuñán Guerrero.

Luego llegó la escuela Militar a tomar posiciones. Elegante y esbelta. Todo movimiento era preciso, los cascos relucían, todo estaba nuevo y los cadetes parecían juguetes finos, importados. El viento de septiembre infló la túnica guerrera de la república y ponderó lo más belicoso de su espíritu. Pero también ese día, algunas voces interrumpieron los festejos. Luis Emilio Recabarren habló en nombre del pueblo: «Nosotros, que desde hace tiempo ya estamos convencidos de que nada tenemos que ver con esta fecha que se llama el aniversario de la Independencia nacional, creemos necesario indicar al pueblo el verdadero significado de esta fecha, que en nuestro concepto solo tienen razón de conmemorarla los burgueses, porque ellos, sublevados en 1810 contra la corona de España, conquistaron esta patria

para gozarla ellos y para aprovecharse de todas las ventajas que la independencia les proporcionaba, pero el pueblo, la clase trabajadora, que siempre ha vivido en la miseria, nada, pero absolutamente nada, gana ni ha ganado con la independencia de este suelo de la dominación española». Luego habló un profesor del Liceo de Talca, don Alejandro Venegas, quien propuso liquidar la forma híbrida de gobierno, decidiéndose por el poder del presidente o del parlamento, proceder a la reforma electoral que dé paso al sufragio universal y al voto femenino, el fomento del adecuado desarrollo industrial del país, el fin de la estructura latifundista de la tierra y del anticuado sistema de cultivo agrícola, el fomento de la pesca, para dar al chileno alimento cotidiano; la reorganización de la enseñanza en sus distintos niveles, dando atención preferente a la enseñanza agrícola, industrial y minera. Pidió también la separación de la Iglesia y el Estado, construcciones obreras, con habitaciones, juegos infantiles, agua potable, y una legislación que proteja a los trabajadores.

El día 20 amanece hermoso y el cielo se impregna del aroma de la primavera. Todo el mundo va al club Hípico de Santiago. Otra vez están don Emiliano Figueroa y el presidente argentino Figueroa Alcorta. Los caballeros se retrasan, sonrosados por lo largo de las fiestas, las botellas de champagne y los bailes. Las damas de la aristocracia pasean sus joyas y sus ropas importadas de París. Son cinco días de banquetes y recepciones.

La ciudad crecía y la riqueza no solo se reflejaba en las vestimentas de damas y caballeros de la alta sociedad. Los niños elegantes de corta edad se vestían en la tienda de Madame Garnier, quien importaba sombreros y finísimos zapatitos de charol con elástico de seda y botones de nácar. Por ese entonces se usaban los trajes de terciopelo con grandes cuellos de encaje y pecheras de seda. En la época de

colegio, la vestimenta era de la Casa Francesa donde se compraba el traje típico de marinero que lucían los niños a modo de traje «dominguero», el que incluía un pito que colgaba de un cordón blanco de hilo trenzado. Había casas especializadas para todo tipo de mercaderías. La Casa Pra era la tienda de mejor calidad; las exigencias femeninas quedaban satisfechas al encontrar allí todo cuanto procedía del refinado gusto parisiense. En la entrada del local había una inmensa gallina de loza que, luego de la compra, al apretar un botón ponía un huevo de metal que tenía chocolates en su interior destinados a agradar a los clientes. La Corsetería Pouget, que estaba en la calle Ahumada, era la gran atracción —y un motivo de secreta complicidad— para los colegiales que se acercaban hasta las vitrinas con el fin de curiosear los extraños atuendos femeninos que allí se vendían. Los corsets de color rosa o blancos con cien barbas de ballena, broches y amarras de cordones trenzados se ofrecían implacables para dar forma a las bellas cinturas de avispa, que entonces tenían que cumplir con la medida ideal de cuarenta y ocho centímetros. Las sastrerías de Pinaud y Bouzigue confeccionaban finos trajes a medida con el fin de satisfacer los deseos de la clientela masculina, para los cuales existían también prestigiosas sombrererías como la de M. Dumas, que traía productos franceses e ingleses, y la de Cohé. Ambas representaban la elegancia en el vestir. Los finos zapatos, para completar la tenida, se vendían en la zapatería de Pepay. Las más preciadas porcelanas se podían encontrar en la Casa Maldini, que contaba con los cristales de Baccarat y de Valt Saint Lambert, en delicadas piezas creadas para ser destacadas en las mesas de arrimo de las casas señoriales.

Había también algunos lugares de encuentro preferidos en la época, según cuenta Julio Subercaseaux: «Además de los teatros frecuentábamos los restaurantes de moda, entre

los que estaban Paillard, que lanzó las 'escalopas de foi grass calientes' y las 'ostras apanadas con salsa Colbert' y el Café de París, autor de las 'pommes Georgette con camarones'. También íbamos al Café Anglais, donde conseguimos un segundo cocinero de apellido Gauthier, que mandé a Chile por encargo del Club de la Unión, y que no supieron apreciar debidamente. Recuerdo que su sueldo era de cuatrocientos pesos».

La capital se encuentra entre el apego moralista por disfrutar de lo antiguo y respetar la tradición, y el gusto plástico y artístico por asumir lo moderno. Se rememoran los paisajes rurales pero se vive en el frenesí de la ciudad. El «Incandescente», un personaje característico del centro santiaguino por los días del Centenario, era don Salustio Sánchez Oteíza, viejo balmacedista del cual hizo estatuillas de la suerte el escultor Canut de Bon. Era un hombre fúnebre. «Parecía de esos modelos de aserrín que tienen en los museos de la vestimenta para indicar cómo se vestían los caballeros en tiempo de Maricastaña», comentaba Edwards Bello. Sus pantalones acordeonados y los puños redondos con colleras de fierro le proporcionaban un apoyo estético muy particular. Debía su apodo «El Incandescente» al «aspecto de luminaria» de su rostro. Se decía que él poseía el secreto con el cual se podía extraer platino del aire. Era costumbre verlo en la esquina del Correo, junto a Gath & Chaves, dando cuerpo al pasado mítico que se le atribuía. Cuando murió, en 1917, murió también con él una parte de la historia santiaguina. En la revista *Zig-Zag* del 20 de junio de 1914, se muestran imágenes del gran temporal que asoló a Santiago y entre las fotografías aparece el «Incandescente» junto a los curiosos que observan la corriente del Río Mapocho.

Aunque el edificio de la Estación Mapocho estuvo listo

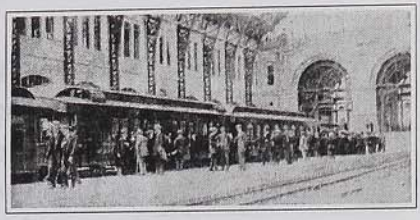
para la celebración del Centenario, algunos problemas con la puesta en marcha de los otros servicios ferroviarios retrasaron hasta el año 1912 la entrega de la obra —en forma parcial—, para hacer la entrega oficial en 1914. Seis años de esfuerzo mostraron sus frutos el 10 de mayo de 1912, cuando se inauguró la Estación Mapocho. A partir de ese momento, todos los trenes provenientes de Valparaíso fueron programados para arribar al nuevo terminal. La novedad agregaba la posibilidad de viajar desde allí hasta la nortina ciudad de Iquique, pudiendo hacer conexión en La Calera con el Ferrocarril Longitudinal Norte, y en Llay-Llay, para llegar posteriormente a Los Andes y combinar a Mendoza y Buenos Aires, a través del Ferrocarril Trasandino.

A pesar de que John Ruskin afirmaba que «una estación de ferrocarril no será nunca arquitectura», diversas estaciones en el mundo demostraron lo contrario y la Estación Mapocho es una de ellas, al constituirse en una obra arquitectónica de gran valor estético.

En el año 1914, el signo más notorio de los efectos del conflicto europeo lo sintió el comercio, cuando dejó de recibir los insumos desde el otro lado del mundo. Desaparecieron de los estantes de los negocios todos los productos de lujo y delicadezas como las trufas, el caviar, los vinos y la champaña francesa. Gracias a estas restricciones Chile logró posicionarse como un mercado importante en la producción de vinos a partir, por ejemplo, de los Cousiño que produjeron los vinos Macul, los Merry Del Val, la Viña Carmen, los Pereira con Santa Carolina y otros, que traspasaron sus apellidos a las marcas de los vinos; tal es el caso de los Ochagavía y Concha y Toro. Los cambios en el modo de vida de los chilenos no fueron demasiado grandes. Aunque, por otros motivos, comenzó una disminución de los platos de comida, tanto en el almuerzo como en la cena.

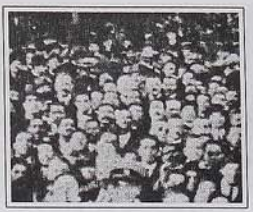
En el mes de octubre de 1918, la *Revista Universitaria* en su número 23, publicó lo sucedido en la cena de gala en honor al profesor Jecquier con motivo de su renuncia al cargo de Profesor de Composición y Arquitectura de la Universidad Católica de Chile. Emilio Jecquier se desempeñó con brillo y abnegación durante quince años, y en el banquete ofrecido en el Hotel Savoy concurrieron a manifestar su apoyo y admiración diversos personajes públicos, profesores y alumnos. Parte del discurso que ofreció Jecquier a la concurrencia exponía lo que él consideraba que un arquitecto debía tener en cuenta al hacerse cargo de un proyecto: «Uno no puede ser arquitecto si no es artista y honrado. Por esta palabra, honrado, no debe entenderse solo la honradez ma-

::: La red ferroviaria comenzó a ser usada masivamente. Aquí, pasajeros tomando el tren. (Foto: Álbum Fotográfico Carlos Lanza.)



terial, que consiste en respetar sus compromisos, en vivir como si cada acto de su vida tuviera testigos, sino también la honradez artística, que no entraré a definir en estos cortos momentos, pero de cuya significación ustedes saben su importancia. Por eso, entre otras cosas, el arquitecto digno de este nombre, cualquiera que sea la importancia del trabajo que le sea confiado, no deberá hacer un balance entre el honorario que percibirá y el trabajo que le costará: lo deberá todo a su talento, todo a sus esfuerzos, deberá contentar al cliente, es cierto, pero deberá contentarse a sí mismo y si es un verdadero artista eso es lo más difícil».

A mediados de 1920, el ministro del interior del presidente Juan Luis Sanfuentes (Ladislao Errázuriz) dice que Perú y Bolivia se están armando para recuperar Tacna y Arica. Es lo que corresponde a una estratagema de falsedad, llamada «la guerra de don Ladislao» o, según me dijo Pedro Gandulfo de viva voz, «la guerra del pan con queso». Tenía por finalidad impedir el triunfo de don Arturo Alessandri Palma como presidente de Chile, a quien sus enemigos acusaban de estar vendido al oro del Perú. Se trataba de beneficiar al aspirante presidencial Barros Borgoño. Fue así como se ordenó la movilización de 50.000 hombres con destino al norte. Hernán Millas escribió: «La multitud salía a desfilar a las calles con banderas, pidiendo enrolarse». Y en los días siguientes, las madres, con el acompañamiento de bandas de música, despedían en la Estación Mapocho a sus hijos, que iban a embarcarse a Valparaíso, rumbo al norte. La Federación de Estudiantes de Chile, pacifista, sostenía que esta falsa guerra era una deleznable maniobra oligárquica para quitarle el triunfo a Alessandri. En esos días, los jóvenes entraron a la



sede de la FECH (Ahumada 73), agredieron a varios de los dirigentes y trataron de incendiar el edificio.

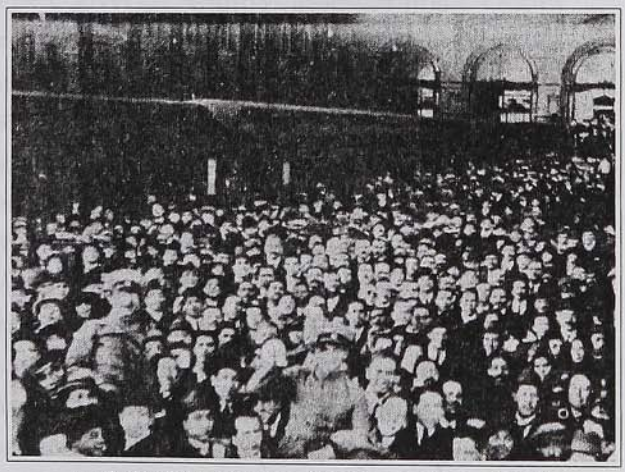
El uso masivo de la red ferroviaria marcó la necesidad de electrificar completamente la línea entre el puerto y la capital, agilizando con ello los servicios y otorgando mayor seguridad a los pasajeros, quienes, desde sus cuatro andenes, estaban siempre prestos a abordar los siete servicios diarios programados hacia el purto de Valparaíso. El escritor Augusto D'Halmar, escribió en su libro *Recuerdos olvidados*, lo que significaba realizar un viaje en esa epoca: «El mero viaje en tren era entonces una distracción, por cuando duraba dos veces lo que hoy dura, con parada y fonda en diversas estaciones. En Llay-Llay se almorzaba o se comía, según la hora; pero en cada una de las curvas del camino le salían al paso al viajero las más tentadoras primicias de cada tierra. Y tan pronto era el agua de Batuco, la leche vendida en cuencos de greda de las Chilcas, los quesos de cabra y los dulces de La Ligua, en las Vegas, las frutas de Quillota y sus flores, entonces en ramos cómicos y barrocos abigarrados de color. Y así, una estación por una, iba llegándose a la de Barón, en un tren atestado de gente y con una gente atiborrada de provisiones, 'causeo', y comistrajos. Un tufo a 'chicha' en verano, era arrastrado por las brisas campesinas; un relente a 'pequén' y 'caldúa', como asimismo a 'anisado'. Basta decir que el último convoy nocturno era conocido por «el de los curados».

El tren continuaba siendo motivo de creación en cantos y poemas populares, como se observa en: «Versos de ponderación a lo divino por el ferrocarril y la trilla del cielo», del poeta popular Manuel Barrera:

> Bello madero bendito,
> iluminado entre flores,

en la rueda de cantores
te cantaré otro versito;
yo también tengo trencito
dijo el poeta Manuel:
han visto correr el tren
con tanta velocidá,
con banderas colorás
que llega a resplandecer.

Un ferrocarril formado
en el cielo se ha de ver,
dicen que ha de ser
por Jesucristo ingeniado;
los santos son empleados,
San Joaquín y San Gabriel,
San Marcos y San Ismael,
mueven el bello tesoro;
por una línea de oro
han visto correr el tren.



::: Despedida de los reservistas, en el mes de julio de 1920. (Foto: Álbum Fotográfico Carlos Lanza.)

Y fue formada la línea
toda de mucha riqueza,
las claves son de pureza
durmientes de *catalina*;
con el agua cristalina
la línea fue *bautizá*,
y la Virgen *inmaculá*
se lo anunció a su Hijo Amado,
que han visto el tren adornado
con tanta velocidá.

A la una de la mañana
salió el tren de la estación,
donde se embarcó el Señor
con la Virgen Soberana;
también iba Santa Ana
con Jesús en *majestá*;
y allí se encontraron ya
con los santos más amados,
yo vi el tren adornado
con banderas *colorás*.

Está, fabricando un puente
del Purgatorio a la Gloria
le pusieron tres custodias
pa' que bajen los inocentes,
todos muy resplandecientes
que van a Jerusalén;
la Virgen iba también
con su coro celestial;
con una corona real,
que llega a resplandecer.

Bello madero sangriento,
varillita de cederrón,
el tren viene llegando
a la última estación;
allí el Supremo hacedor
con el espíritu Santo,
felicitan a los santos
conductores y maquinistas;
el tren de la mejor vista
a la Gloria está dentrando.

Hacia 1920, según relato de viva voz del escritor Francisco Santana, el líder obrero Luis Emilio Recabarren, con el fin de evitar las facciones de la policía en su contra, solía reunirse con los obreros en las estaciones ferroviarias del sur (Lautaro, Temuco, Carahue, Nueva Imperial). Trepaba a la parte alta de la trompa de las locomotoras mientras se formaba una guardia compuesta por lo que entonces se denominaba, sin espíritu despectivo, «carrilanos». Recabarren comenzaba a hablar en voz baja, lo cual permitía que los oyentes dejaran de conversar, e iba proponiendo soluciones para los problemas de los obreros y censuras al sistema capitalista. Las esperanzas puestas en una aurora social en la que los trabajadores serían compensados por su acción revolucionaria seguía el modelo de la revolución rusa.

El tendido total de líneas férreas llegaba en 1921 a 9.127 kilómetros, correspondiendo 5.828 de ellos a Ferrocarriles del Estado y 3.299 a ferrocarriles particulares. La proporción era de 129 kilómetros por 10.000 kilómetros de superficie. El capital de Ferrocarriles del Estado era de 403.729,942 pesos oro, y a su servicio habían funcionando 786 locomotoras, 613 coches de pasajeros y 9.341 carros de carga. Sus entradas subieron de 47 millones de pesos y sus gastos de 86 millones.

El personal ocupado fue 4.624 empleados y 18.050 obreros. Los ferrocarriles particulares tuvieron 36 millones de entradas y 31 millones de gastos. Mantuvieron en servicio 401 locomotoras, 311 coches de pasajeros y 9.549 carros de carga y ocuparon en total 1.628 empleados y 6. 467 obreros.

En 1921 la red telegráfica del Estado tenía 373 oficinas, y 982 las oficinas de correos. Ese año se movilizaron más de 97 millones de cartas y encomiendas. Los Teléfonos de Chile tenían más de 83.600 kilómetros de líneas, con 444 oficinas y 22.000 aparatos instalados.

Las mujeres comienzan a demostrar su necesidad de emancipación y ya no se sienten cómodas en los salones del hogar bordando finas mantelerías para sus ajuares o practicando en el piano a la espera de un marido. Los hombres añoran aquellos tiempos en que el matrimonio duraba toda la vida. Joaquín Edwards Bello escribe al respecto: «Muchas damas que ahora son viejas y excelentes abuelas, se casaron para librarse de sus tiranos. Soportaron valientemente la vida sin amor y ocultaron su drama; lo sepultaron en el fondo de sus corazones por el amor de los hijos. Tales casos ocurren ahora con menos frecuencia. Las que se casan sin amor se descasan pronto».

El 15 de junio de 1921 se realizó una encuesta organizada por la revista inglesa *The Woman's Thought*, que fue publicada en Chile el mismo año. La pregunta planteada era: «¿Qué cualidades querría usted que poseyera la mujer que va a ser su esposa?». El resultado fue del total agrado de la mayoría de la población chilena, al estar totalmente de acuerdo con las diez cualidades más importantes que un hombre creía que una mujer debía tener: religiosa, afectuosa, buen carácter, trabajadora, casera, sincera, económica, saber música, risueña y bonita.

Algunas mujeres comenzaban a buscar trabajo y lo hicieron sin negarse a la posibilidad de entrar en los acostumbra-

dos territorios masculinos. Tal fue el caso de las conductoras, donde no todo era halagos para ellas, que en ocasiones incluso provocaban las iras de algún despechado que las hacía blanco de sus burlas en un verso popular. Un buen ejemplo de ello son estos «Versos dedicados a cinco conductoras talquinas», en una compilación de Micaela Navarrete:

Cinco bellas conductoras
De la Empresa talquina,
Por lo sucias i cochinas
Cual de ellas es más corredora.

La ocho es la Ana Luisa,
Muchacha bien elegante,
De los cocheros amante
Por lo diabla y lo chusquiza.
Su cara llena de risa
La verán a todas horas
Como avecillas canoras
Cantando y salagardeando,
Hacia sus carros charlando
Cinco bellas conductoras.

La quince es la Regalinda
Hermana de la primera;
También sigue la carrera
De la otra que le brinda
Porque a ella se le rinda
El Judas, pues, se le inclina
I parece que se empina
Esta mula redomona;
Es peor que vaca bramona
De la Empresa talquina.

La Zoila es número cinco,
De un carácter atractivo,
Mas parece vomitivo
La zamba al pegar un brinco.
No crean que me les hinco
A esta comparsa de chinas;
Son una plaga de ruinas,
Créanmelo que es verdad,
Infestan a la ciudad
Por lo sucias i cochinas.

La once es la Rosalía;
Lo que no pueden creer,
Es por su mal proceder
Estampa de la herejía;
Esta suja día a día
Habla imitando a una lora.
Con mi pluma revisora
Les voi a poner la plancha,
I al sacarlas a la cancha
Cual de ellas es más corredora.

Al fin, la Juana María,
La seis, chei del inspector,
Conoce bien el lector
Por su lujo y fantasía.
Si acaso él las convía
No deben de ir al trote;
Cuando se les alborote
Y les hable del asunto,
Júntense en un mismo punto
Y les dan un buen capote.

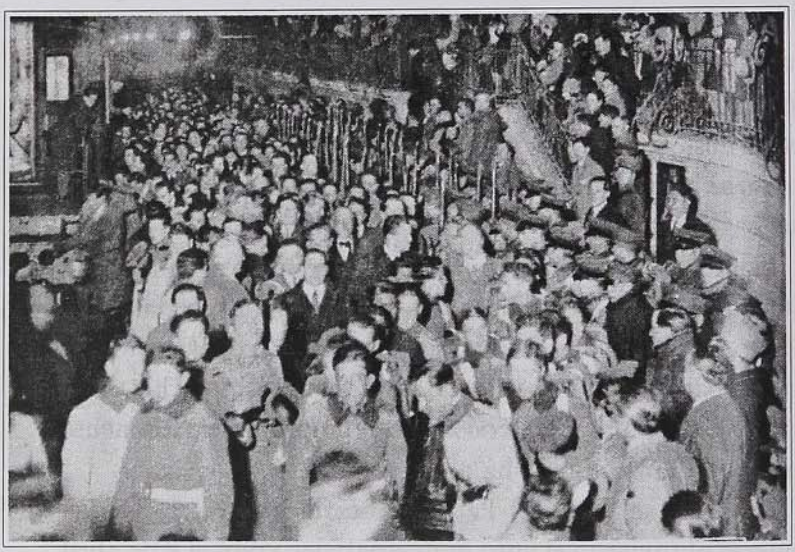
En 1925 el gobierno chileno contrató a la misión Kemmerer. Encabezada por Edwin W. Kemmerer (1875-1945), llegó a Valparaíso y de ahí se dirigió a Santiago. Joaquín Fermandois ha escrito que en la Estación Mapocho en Santiago se lo recibió con una banda y un saludo militar y su estadía «fue rodeada de un genuino respeto —en especial por sus hábitos de largas horas de trabajo—». Llevó a cabo la creación del Banco Central, una reforma tributaria; se estableció el impuesto a la renta, impulsó la creación de la Superintendencia de Bancos y la Contraloría General de la República. En la revista *Zig-Zag* del 11 de julio de 1925, se dice que gracias a este mago de la ciencia económica moderna va a salir la moneda nacional vigorosa, brillante, «rejuvenecida como un sol de una mañana de primavera». Nunca más el billete volverá a ser «una flor anémica que se deshaga apenas se la toque». Vicente Huidobro saluda a su manera a Kemmerer. Escribió que él «arreglará nuestras finanzas, fijará nuestra moneda. Todo está muy bien, pero yo me pregunto: ¿y después? ¿Cuál será el mister Kemmerer más estupendo aún, que arregle nuestra raza? ¿Cuál será el hombre de acción, rápido y decidido que haga el milagro de valorizar nuestra raza?».

Llamó la atención a muchos representantes de la clase alta que Kemmerer rechazara las invitaciones sociales diciendo que ha venido a trabajar y no en plan de vacaciones; que trabaja desde las ocho de la mañana a las ocho de la noche, y que su función consiste en cumplir adecuadamente con la confianza que se ha tenido en él.

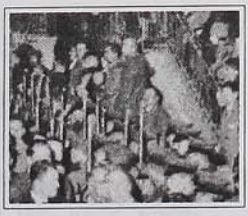
En 1933 se fundó el Partido Socialista y, en 1934, las mujeres obtuvieron el voto municipal, pero será el 7 de abril de 1935 cuando el voto femenino llega por fin a las urnas. Los diarios daban cuenta del gran espíritu cívico, en el cual cumplieron un honorable papel las mujeres como presidentas de mesas, vocales y electoras. Los cambios que experi-

mentaba la sociedad se reflejan también en la literatura. Así lo demuestra este fragmento del poema «Siglo XX», que forma parte de un tríptico escrito por Víctor Domingo Silva, donde traza rostros de época característicos de la ciudad de Santiago:

> Revolución. La piedra, ladrillo; el barro, masa
> De cemento; encatrado de hierro, la madera.
> Derribos. Cada calle parece una trinchera
> y un colmenar de abejas gigantes cada casa.
> Chirreantes tranvías que se entrecruzan. Pasa
> un automóvil, y otro, y ciento, y mil. La acera
> y la calzada, todo retumba y reverbera.
> La luz aturde. El tránsito afiebra. El ruido abrasa.



::: El tren que llevaba a los cadetes de la Escuela Militar a Buenos Aires, Argentina, choca con otro en la estación de Alpatacal, al este de la ciudad de Mendoza, produciendo la muerte de varios cadetes y otras personas, además de numerosos heridos, en julio de 1927. Esta imagen corresponde a la llegada de los restos mortales y los heridos del accidente, con la presencia del presidente Carlos Ibáñez del Campo. (Foto: Álbum Fotográfico Carlos Lanza.)



En 1929, el presidente Carlos Ibáñez del Campo pidió restaurar el edificio de La Moneda al iniciar su primer período presidencial. El encargado del proyecto fue el arquitecto Josué Smith, quien pudo darle al Palacio una fachada hacia la Alameda Bernardo O'Higgins, la principal arteria de la ciudad. Smith respetó la línea estilística y repitió las fachadas originales conservando el proyecto original de Toesca. En 1932, el presidente Arturo Alessandri inició el proyecto del llamado «Barrio Cívico», que tenía al Palacio de La Moneda como elemento principal. La fachada sur a la Alameda se proyectó hacia la avenida Bulnes, y la fachada principal hacia la plaza de calle Moneda, la que luego se conoció como Plaza de la Constitución.

En la década del treinta la crisis económica internacional, producto de la Segunda Guerra Mundial, tuvo importantes repercusiones en Chile. Los créditos externos disminuyeron al igual que las exportaciones, y el número de desempleados alcanzó altos índices. El valor del salitre cayó en un 95% y los mineros cesantes empezaron a emigrar a la capital, y las viejas casas de familia fueron derrumbadas para dar paso a modernos edificios de departamentos. Aún así, la ciudad extendía sus brazos, y la vida cultural y social hacía gala de su presencia. Julio Subercaseaux, en su libro *Reminiscencias*, evoca: «Las casas en general eran suntuosas, y las comidas y vinos exquisitos; la conversación, amena, pero la servidumbre deplorable por su indumentaria y sus rostros bigotudos. Las calles se veían muy angostas y la ciudad me pareció fea y achatada. Los carruajes particulares eran de buena fábrica y tenían hermosos caballos Longchamps, pero los cocheros un verdadero desastre. Los coches de alquiler desastrosos; las carreras, poco frecuentadas. Algunos buenos teatros. El Club de la Unión y el restaurante Gage; exce-

lentes. La gente de alta sociedad era muy bien educada, culta e instruida. Sin embargo, me divertía otras veces con las conversaciones de algunos personajes. En casa de doña Teresa Cazzote, oí a don Antonio Valdés decirle a su vecina doña Sara del Campo de Montt, al servirle una presa de pavo: 'Permítame darle este trozo de pechuga porque debe estar aburrida con la carne negra', o bien a don Ventura Blanco quejarse lastimeramente con otra dama: 'Yo no debiera llamarme Ventura Blanco sino Desdicha Negra'».

El 11 de septiembre de 1937, la tenista chilena Anita Lizana ganó el campeonato de tenis de Estados Unidos y se convirtió en una de las primeras campeonas del deporte, consolidándose con ese torneo como la *top one* del ranking mundial. A su regreso a Chile, una multitud admiradores la recibió en la Estación Mapocho con flores, gritos y algara-

::: La tenista Anita Lizana, llamada «La Ratita», a su llegada, después de haber obtenido los campeonatos argentinos en el año 1935. (Foto: Álbum Fotográfico Carlos Lanza.)

bías. Ese mismo año, durante las elecciones parlamentarias de 1937, el Movimiento Nacional Socialista que agrupaba a los nazis chilenos, obtuvo tres parlamentarios. El grupo, que se ufanaba de su fuerte estructura castrense tenía como modelos a Adolfo Hitler y a Benito Mussolini. El clima político se veía afectado por las preocupaciones de los sucesos europeos y sus probables consecuencias en el resto del mundo, lo que repercutía en exilios y migraciones involuntarias, fenómeno que alteró las vidas de muchas familias. En España, gracias a una gestión del poeta Pablo Neruda, se creó una gran organización para resolver el problema político de dos mil personas, que debieron hacerse a la mar para huir en un viejo barco de carga. En el «Winnipeg» las literas se repartieron por sorteo. En cada dormitorio cabían cincuenta personas donde solo había un excusado provisorio. La cocina del barco funcionaba día y noche. Se organizaron juegos y clases para distraer a los cerca de 350 niños que venían en él. La Segunda Guerra Mundial estaba a punto de comenzar y de ello se informaba en un par de periódicos editados dentro del mismo barco. El 30 de agosto de 1939, el «Winnipeg» fondeó en el puerto de Arica. Coros españoles, formados por los refugiados en el barco, entonaban canciones, felices de haber llegado a territorio chileno. Veinticuatro refugiados españoles desembarcaron y se quedaron, la mayoría eran pescadores que se integraron a las faenas pesqueras, otros a labores mineras y a la construcción del ferrocarril de Arica a La Paz. Por la noche, el «Winnipeg» continuó su viaje, y el 2 de septiembre de 1939 ancló en Valparaíso. Las autoridades chilenas programaron el desembarco para las primeras horas del domingo 3 de septiembre. Los refugiados no durmieron esa noche. Admiraron el cielo y los cerros de Valparaíso, cuyas luces se

mezclaban con las estrellas del cielo. Esa noche, en el «Winnipeg» se repartió champaña a los refugiados para festejar el término del viaje. Al amanecer el «Winnipeg» ingresó al puerto. Ese mismo día se supo la noticia del estallido de la Segunda Guerra Mundial.

En Valparaíso, según cuentan las crónicas: «La bienvenida a los refugiados del 'Winnipeg' fue apoteósica. Una gran multitud colmaba muelles, edificios aduaneros y maquinarias del Puerto. Bandas de música tocaban cuecas chilenas. Luego se aproximó al barco un tren especial, con doce vagones para trasladar a Santiago a 1.600 refugiados que iban a ser distribuidos entre la capital chilena y las ciudades del sur. Gran multitud de porteños había llegado a presenciar el desembarco, la Banda Municipal interpretó los himnos patrios de Chile y España. El alcalde de Valparaíso y los regidores se hicieron presentes. Esperaban en Valparaíso los familiares de setenta refugiados republicanos cuyo reencuentro emocionó a los asistentes». Después de almorzar, se embarcaron en el tren especial a Santiago 1.600 inmigrantes, quedando alrededor de 600 en Valparaíso. El tren partió a las 15.00 horas desde el puerto. La distancia entre Valparaíso y Santiago era de 150 kilómetros; sin embargo el recorrido fue demorado por las manifestaciones de aprecio de los chilenos en todos los pueblos por los cuales pasaban. El tren llegó a la Estación Mapocho a las 20.30 horas, donde fueron recibidos por una multitud. Entre los refugiados venía Leopoldo Castedo, hijo de Sebastián Castedo, ministro de Economía de Alfonso XIII. Posteriormente, en Chile, fue un célebre historiador. En España había trabajado con Federico García Lorca en «La Barraca». También era amigo de Rafael Alberti, gracias al cual tomó contacto con Neruda en París, para luego ser embarcado con su familia en el Winnipeg rumbo a Chile.

En sus *Contramemorias de un transterrado*, Leopoldo Castedo describe la llegada del tren con los refugiados a Santiago de Chile: «Si la recepción en Valparaíso fue emocionante, la de Santiago llegó a límites inimaginables. La Estación Mapocho, de airosa arquitectura metálica, estaba re-

::: A raíz de la Segunda Guerra Mundial, el 20 de enero de 1943, Chile rompe relaciones con los países del Eje: Italia, Alemania y Japón. Los primeros en irse, el 7 de julio, fueron los diplomáticos italianos, que serán canjeados en Lisboa por los diplomáticos chilenos que residían en Italia. El 29 de septiembre de 1943, parte el ex embajador de Alemania, barón Von Schoen, con 138 nazis. Fueron a despedirlo los generales en retiro Javier Palacios Hurtado, tesorero de la Asociación de Amigos de Alemania (AAA) y Carlos Vergara Montero, los diputados José M. Pinedo, conservador, y Raúl Marín Balmaceda, liberal, el ex parlamentario liberal Antonio Varas Montt, el abogado Osvaldo Koch y Hernán Cousiño Tocornal, entre otros. Estuvo también un grupo de jóvenes de la Unión Nacionalista, que dirigía Guillermo Izquierdo Araya. Estos gritaban: «¡Viva don Juan Luis Sanfuentes!», que fue presidente de la República durante la guerra de 1914, cuando Chile se mantuvo neutral. También: «¡Viva Alemania, viva Hitler!». El resto de los alemanes nazis viajó en noviembre del año 1943. (Foto: Álbum Fotográfico Carlos Lanza.)

pleta de entusiastas, hombres, mujeres, viejos y jóvenes. Estos se habían trepado a las farolas y a las estructuras sobresalientes del edificio. Los gritos, los abrazos, no tenían límite ni descanso. A los españoles del exilio, sustantivo que empleo transitoriamente, porque no cuadra utilizarlo en Chile, se nos había transmutado de proscritos abyectos en héroes de una guerra que Chile había seguido apasionantemente, como si hubiera sido suya».

La guerra entre el nazismo y las democracias es la noticia principal de 1943. En el año anterior, con fines de ahorro, se había institucionalizado en Chile la «jornada única» y la «colación». Hay escasez de bencina, de té, de azúcar, de aceite, de café y se invita a Chile a consumir menos, desterrando los «atracones pantagruélicos» que alguien trae a cuento o a cuenta. «Nuestras exportaciones decrecen, por carencia de fletes y por desaparición de los principales mercados extranjeros que eran grandes consumidores de nuestra producción minera y agropecuaria», como escribía la revista *Hoy* del 20 de mayo de 1942. Los precios están por las nubes. Ricardo Latcham se refiere a la decadencia de Lúculo: «Las plateadas y los porotos, las pantrucas y los valdivianos, las sopas de machas y los caldillos son hoy platos aristocráticos. Una docena de choros cuesta 45 pesos en el Mercado. El kilo de filetes tiene contornos astronómicos. Los arrollados de Talagante, los chorizos de Chillán, las malayas al estandarte se han encaramado a una cucaña que pocos alcanzan». Lamenta, además, la pérdida de los subproductos de la cocina criolla: «El luche se ha perdido de vista; el cochayuyo se transforma de pelo y hoy tiene visos de señorío; y los pejerreyes se cotizan a la altura del *paté de foie* y del atún importado». Ha llegado, a fines de 1942, la «dieta pildórica» y la «hórrida colación».

El 19 de enero de 1943, tras una votación en el Senado, la que duró una hora y trece minutos, Chile rompió relacio-

nes con los países del Eje (Berlín, Roma, Tokio). Al día siguiente, el presidente Juan Antonio Ríos Morales leyó las 104 palabras del decreto de ruptura. Comenzó a hacerlo a las 19:04 y terminó a las 19:30. Se decía que era algo tarde, pues ya la guerra duraba más de tres años. A las 16:40 de ese día, se notificó a los embajadores de los países del Eje. Al barón Wilhelm von Schoen (Pedro de Valdivia 320); a Kiyoshi Yamagata y a Pier Filippo Rossi del Lion Nero (Moneda 529). Comenzaría a regir la «Lista negra» de instituciones y bienes de los países del Eje. Y había relegados. Esto inspiró a José Bohr una película con los miembros de la serie radial escrita por Gustavo Campaña, «La Familia Chilena» (Ana González, la «Desideria»; Jorge Sallorenzo, Rolando Caicedo, entre otros). Se trató de «El relegado de Pichintún», y José Bohr cantó, además de encarnar a un alemán, «Mi querido Agustín».

Recuerdo cuando el presidente Juan Antonio Ríos (1942-1946) leyó por cadena nacional de radiodifusoras la declaración de guerra al Eje: «Consecuente con mi línea internacional, expresada al país en múltiples declaraciones, conjugo en estos instantes mi invariable decisión de colaborar con la causa de las democracias y la defensa continental, y mi permanente voluntad de mantener la soberanía y libre determinación de nuestro pueblo». Pocos días después de la votación en el Parlamento, los embajadores de Alemania, Italia y Japón debieron retirarse del país. La Estación Mapocho y sus alrededores se llenaron de personas que iban a despedirlos.

El poeta Fernando Pessoa se refiere a la relación entre la muerte y el viaje en tren:

> Nunca creí que esto que llaman muerte
> Tuviera algún tipo de sentido...
> Cada uno de nosotros aquí aparecido
> Donde gobierna la ley certera y la falsa suerte.

Tan solo un interludio entre el paso
De un vagón y el otro, un empalme
Llamado el mundo, o la vida o el momento,
Pero sea como fuere el viaje continúa.

Pasé aunque un expreso lo siguiera
Por delante del que voy;
En el término de todo allá estoy
En esa ida que al final es un regreso.

Recuerdo que, al igual que en otros lugares de Chile, sobre todo en Valparaíso, se pegaban carteles en donde se mostraba el rostro de «Pipo», publicidad de cigarrillos, antes de que estos fuesen considerados tablas de ataúd del tamaño de aquellos con los que clavaron a Cristo en la Cruz. Y, con la vera efigie de Pipo, se ofrecían unos versos de alabanza a los cigarrillos «Populares», escritos por el poeta Alejandro Galáz, el autor de «Trompo de siete colores». En aquellos Pipo alababa algún hecho: la llegada a Chile, por ejemplo, de una figura como Clark Gable o como Tyrone Power; mencionaba un eclipse o daba figuración a una fantasía de la música, en canciones como «La Cucaracha» (inocentemente asegurábamos que el problema residía en que al mentado bicho le faltaban «las dos patitas de atrás», razón de su minusvalidez; si hubiésemos oído la versión original retendríamos la noción de que verdaderamente su problema residía en que «no tenía marihuana que fumar»), «Puerto Nuevo» o «Madreselva». Era la alborada de la publicidad antes de que Chile entero se convirtiera en una enorme y múltiple «paleta». Con los años, el paisaje publicitario se transformó en «el» paisaje, lejos de esa inocencia antigua en donde se veían el volcán Osorno, el lago Llanquihue o el salto del Laja junto a una imagen del «Flecha del Sur» de

1943, gloria de los rieles de Chile. «Santiago —escribe Feliú— creció entre dos basurales. Por el lado norte, se extendía, después de la iglesia de Santo Domingo, el basural del Mapocho; por el lado sur, el de la Alameda». Como se decía en 1943, cuando alguien reclamaba por los olores, en las proximidades de la Estación Mapocho decía: «¡muera callado!» o «¡sáquele punta!», asuntos de por sí chileneros. Andrés Sabella «bajaba» a la Estación Mapocho y allí, hacia 1944, «hacía hora» para el atardecer en el que, con sus amigos, llevaban a cabo la peregrinación de tiempo completo al Hércules, al Dragón Rojo, al Jote, a la Antoñana, al Club Alemán, en espera del vino baudelaireano, del *hot-jazz* de los pequenes. Era la edad de oro del barrio que cruzaba San Pablo y tenía como alero la calle Bandera. En el Dragón Rojo, tocaba el clarinete un ariqueño, Sergio Fernández, autor del fox-trot «Norma» («El día que te conocí/ no pude vivir sin ti;/ no sabes lo que es amor,/ Norma mía...»). El tema fue muy popular y en Estados Unidos, con otro nombre, lo grabaron Bing Crosby y las Andrews Sister, las «Hermanas Andrews Sisters», como las llamaban en Chile. Por ahí, en un bar de San Pablo, el Zeppelín, cantaba Jorge Abril, quien popularizó el tema: «En Mejillones yo tuve un amor».

El poeta Pablo Neruda fue elegido senador en 1945, y luego de una intensa vida política, literaria y diplomática fue galardonado con el Premio Nobel de Literatura el 21 de octubre de 1971. El dramaturgo chileno Armando Mook escribió acerca de 1900, «Tal era mi Santiago», en el diario *La Nación* de Buenos Aires, en la década del cuarenta: «Ese era Santiago allá por el 900, así era 'mi Santiago' pero de pronto se dejó caer como un mago, sacudiendo su varilla de virtud terminada en dos XX, el siglo XX: electricidad, radio, cine, asfalto, teléfono, alcantarillados, tranvías eléctricos, automóviles, rascacielos, cemento armado... y se acabaron las

acequias rumorosas, cayeron las vetustas y frondosas encinas y pimientos, se acabaron los pacos asoleados, los ramitos de claveles y albahacas, los coches postinos, las victorias, los carros de caballo, los pavimentos de piedra de huevillo; se acabaron el manto y la alfombra bordada, los 'Nacimientos', la aloja de culén, la mistela y los sorbetes; se acabaron las ramadas. Santiago se ha desnudado de su traje colonial, y ha arrojado sus prendas lejos de sí con desprecio a las hermanas pobres, las provincias; allá han ido a parar todos mis recuerdos. ¡Mi Santiago ya no existe! Hoy es una capital moderna de 1.300.000 habitantes que surge joven, potente, toda nueva, brillante y luminosa, con ritmo de música sincopada. Mi Santiago no es mi Santiago. Por eso, al cumplir sus cuatrocientos años, yo rindo homenaje a mi viejo Santiago, al que me vio nacer, con honda ternura y con la melancolía del hombre que sabe que aquello ya solo vive en su recuerdo».

Una mirada nostálgica sobre la ciudad que fue, y sobre la infancia perdida de una sociedad que se siente apremiada por las novedades, instala en el ambiente la sensación de que todo está ocurriendo demasiado rápido, que el mundo se escapa de su órbita. En *La libertad del espíritu*, Paul Valéry escribe: «Se trata de rehacer lo que la naturaleza había hecho o corregirla y entonces terminar por rehacer, de algún modo, al hombre mismo. Rehacer en la medida de sus medios que ya son muy grandes, rehacer la vivienda, equipar la porción de planeta que habita; recorrerla en todos los sentidos, ir hacia lo alto, hacia lo bajo; explotar, extraer todo lo que contiene de utilizable para nuestros designios. (...) Pero, materiales o espirituales, nuestros tesoros no son imperecederos. Las civilizaciones son tan mortales como cualquier ser viviente, que no es tan difícil pensar que la nuestra pueda desaparecer con sus procedimientos, sus obras de arte,

su filosofía, sus monumentos, como han desaparecido tantas civilizaciones desde los orígenes —como desaparece un navío que naufraga—».

Mientras en el año 1946 aparece el bikini en las playas y una gran polémica se desata con ello, poniendo sobre el tapete múltiples nociones acerca de la decencia, la moral, la maternidad y el pudor, la revista *Ecran* del 2 de julio da amplia cobertura a la visita de Jorge Negrete (1911-1953) a Chile. Cuenta que a las 14:30, más de tres mil personas se habían agrupado en la Estación Mapocho. El tren del actor llegó a las 15. La policía instaló cordeles y despejó un espacio que daba hacia una salida lateral de la estación, por donde Negrete tendría que salir. En esos momentos un grupo de personas arreglaba el auto con banderines mexicanos y chilenos. Sobre el coche descubierto colgaban unos micrófonos. Un murmullo fue creciendo. Los ojos se volvieron hacia la línea y la máquina entró triunfante en la estación. A la salida, tres mil personas no dejaban avanzar el auto. «A los que por mí hayan sufrido algún accidente, les pido mil disculpas», declaró Negrete con la voz entrecortada, desde los micrófonos instalados sobre el auto. «¡¡Viva Chile!!», le respondió un coro. Una multitud de mujeres y hombres lo siguió corriendo tras el auto, desde la Estación Mapocho hasta el Hotel Carrera, en cuyas puertas le esperaban por lo menos unas mil personas más. A poco de llegar, se enteró de que el presidente Juan Antonio Ríos estaba enfermo y fue a visitarlo a Paidahue. Negrete, el Valentino de América, podía susurrar temas de amor: «Carta de amor, que su mano blanca escribió». O asuntos como el de: «Guadalajara en un llano,/ México en una laguna». O: «Ya se secó el arbolito/ donde dormía el pavo real». Lo de Jalisco era el estribillo de las «Niñas de mano» y constituía parte del desprecio que emanaba de quienes no gustaba del cine mexicano o argen-

tino, por encontrarlo siútico o vulgar. Negrete encarnó, para los chilenos de la década del cuarenta, el prototipo del conquistador que podía ser rudo o tierno, según «lo ameritara» la situación. La admiración por Negrete llegó hasta su muerte, a los 43 años, en 1953. Le cantaron en el sepelio «México lindo y querido». Lloraba, en nombre de todas las amantes hipotéticas, el colectivo mujeril de entonces, María Félix, llamada «la doña». El Teatro Santiago, que daba películas en castellano, pues aún quedaban analfabetos que no podían leer la traducción de las cintas de los «gringos» ofrecía la ilusión, que era el antídoto para los desengaños de todos los días, de la posible felicidad que daría encontrar la clave de los sueños.

En el año 1946, la Dirección de Informaciones y Cultura del Gobierno premió a los trabajadores de la cinematografía chilena. Fueron elegidos como mejor director Eugenio de Liguoro y mejor galán a Enrique Riveros. El premio a la mejor actriz recayó en la bella María Maluenda; como la dama joven más destacada se eligió a María Teresa Squella; como mejor actor fue nominado Lucho Córdova, y al conocido Jorge (Coke) Délano se le otorgó el premio de honor por su trabajo como director en las películas «Hollywood es así» y «El hombre que se llevaron». En el libro *Cien años clave del cine*, Ascanio Cavallo y Antonio Martínez, se refieren a la primera película de la historia: «Todavía hay algo misteriosamente seductor en 'La llegada de un tren'. Cien años después, cuando miles de trenes han avanzado desde los fondos de las pantallas hacia las butacas sombrías, esta locomotora humeante que ingresa en la arbolada estación de La Coitat retiene el encanto finisecular de su parsimonia, de los anchos vestidos de sus señoritas y de los atildados gabanes de sus señores, del sol que cae oblicuamente y de los vagones que pasan por el lado izquierdo de la pantalla. (...)

Si la pintura de Claude Monet y la de William Turner se habían poblado de fogonazos de trenes en un esfuerzo desesperado por retener el movimiento, pronto vendría Albert Einstein a poner en duda la noción de espacio con ejemplos igualmente ferroviarios». El cortometraje «La llegada de un tren» fue uno de los diez trabajos exhibidos el 28 de diciembre de 1895, en el Salón indio del Gran Café. «Con su sótano oscuro, sus sillas, su pantalla brillante, su filmadora-proyectora reversible y sus espectadores hipnotizados por el movimiento, los Lumiére preparaban el arte del nuevo siglo». Luego del primer gran hito, filmográfico donde apareció el tema del tren al iniciarse la historia misma del cine, apareció Edwin S. Porter con su 'Asalto y robo al tren', estrenada en 1903, con la cual logró establecer, más allá de la historia narrada, la visión de la lucha contra el tiempo, en un montaje cuyas piezas, empalmadas como carros de tren, muestran un destino que siempre está en suspenso. Así ocurre con el tren del *western* y su carrera desbocada hacia la aventura y el peligro, con las continuas trampas del enemigo, puentes cortados, descarrilamientos, ataques sorpresas manadas de animales que se cruzan como flechas disparadas al azar, para, afortunadamente, dejar siempre ileso al protagonista, que dará origen a la leyenda, sin importar cuánto de verdad haya en el asunto. Pronto, otra obra cinematográfica trazó una nueva marca en el tema: «El caballo de hierro», de John Ford, que, estrenada en 1924, instaló figuras históricas como Abraham Lincoln y el famoso Buffalo Bill, que según cuenta la leyenda tenía en su cuerpo 137 heridas de bala, de flechas, de lanzas y también de hachas. Se decía que no había, en el Oeste americano, una sola pradera que no estuviese empapada por su sangre, aunque dicho sea de paso, su esposa contaba que el héroe había sido herido una sola vez, durante una escaramuza con los sioux

cuando una bala, disparada por uno de sus propios compañeros había rozado su cabeza. Pero el mito permitirá encubrir el genocidio del pueblo indio, la apropiación del territorio y el daño ecológico sufrido por esas vastas extensiones. Más tarde, Buster Keaton sorprende con «El maquinista de la Generala», en 1927, película que ambienta su historia durante la Guerra Civil de Estados Unidos. «El Expresso de Shanghai», de Joseph Von Sternberg, causó un gran impacto en 1932. La aventura de la búsqueda de los caminos y pasos adecuados para llevar a buen término la construcción de las líneas del ferrocarril está tratada en «Unión Pacífico», del director Cecil B. De Mille, estrenada en el año 1939. Luego vino «Los hermanos Marx en el Oeste», en el año 1940. En 1945, René Clément expone en «La batalla del Riel», su admiración por la valentía de los trabajadores ferroviarios, al dar cuerpo a la Resistencia contra la ocupación nazi. Otras manifestaciones populares, como el corrido y la ranchera, penetraron intensamente en la cultura latinoamericana, pero en Chile, el fenómeno adquirió dimensiones insospechadas. Su expresión simple y de temas comunes al sentir campesino permitió que compartiera un espacio entre la cueca y la tonada. La industria discográfica y la radio apoyaron la gran difusión de esta música, que pronto era cantada hasta en los rincones más apartados del país. La imagen del charro y los mariachis adquirió presencia en el imaginario nacional a través de la cinematografía mexicana de fines de los años treinta, donde se difundió la voz de los charros cantores Tito Guizar y José Mojica. Ya en la década del cuarenta, el gran ídolo era Jorge Negrete, y por eso no es de extrañar que en su llegada a Chile causara tantos estragos. Él y su música recorrieron los cines populares de barrio, a los que asistía masivamente la población, porque se identificaba socialmente con sus protagonistas. Teatros como el Santiago, ubicado al

lado de la calle Phillips, difundían estas historias donde los charros cantan con pasión y gritan «a lo mero macho» para toda América. Así lo hacen también en provincias, los teatros Odeón (allí se exhibió el primer documental chileno en 1902, titulado «Un ejercicio general de bombas», donde se podía observar las arriesgadas acciones de los voluntarios en el combate del fuego), Iris y Rívoli de Valparaíso; el Nacional de La Serena; el Municipal o el Imperio, de Los Ángeles; el Cervantes de Concepción, o los Teatros Real y Central de la ciudad de Temuco, entre otros a lo largo de todo Chile. Así, continúa vivo el tema ferroviario en el cine y en la música, donde canciones como «No te cases con un ferrocarrilero», «Tren nocturno a Georgia», «El tren de la paz», «Llega un tren lento», «Cementerio de trenes» y «la maquinita» siguen oyéndose por las radios. Y también comenzarán a usarse curiosas expresiones a modo de dichos populares como: «ese tren de vida» para referirse al modo de vida que lleva una persona; «La dejó el tren», sentencia estigmatizante para dar cuenta de la soltería inevitable de una mujer; «me lleva el tren», una especie de lamento proferido cuando se ha involucrado en algo sin pensarlo. Luego, el rítmico sonido del tren y su colorida imagen servirá para el aprendizaje de la erre, que repetirán los niños con sus silabarios escolares. Quién no lo recuerda: «erre con erre cigarro, erre con erre carril, rápido ruedan los carros del ferrocarril».

El poeta Fernando Pessoam a raíz de la poesía y los juegos de palabras entrelíneas, escribió: «Y así por las vías rueda/ gira, para entretener la razón,/ este tren de cuerda/ que se llama corazón».

El año 1949 muere Emilio Jecquier en la ciudad francesa de Asiers. Es imposible olvidar sus imponentes obras. El Ministerio de Industria y Obras Públicas, el Palacio de los Tribunales de Justicia, la Estación Mapocho, el Instituto de

Humanidades, hoy Centro de Extensión de la Universidad Católica de Chile, el Museo de Bellas Artes y el Edificio de la Bolsa de Comercio. Desde el año 1910 hasta el 1927 fue miembro activo del Consejo de Bellas Artes, organismo colaborador en la administración del Museo Nacional de Bellas Artes.

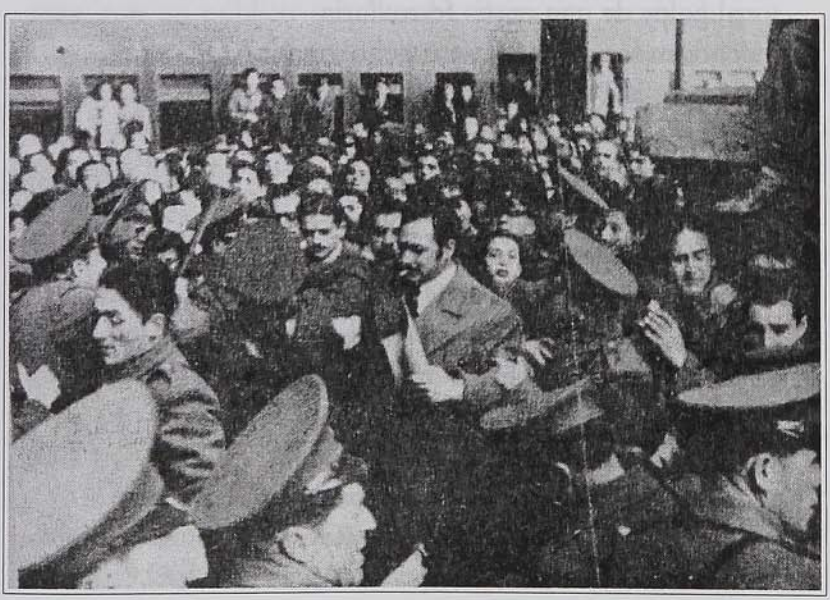
En 1950, la matrícula de escuelas primarias asciende al increíble número de 535.237 alumnos. La educación en Chile está dando verdaderas muestras de avance en relación con las posibilidades de la clase media comparada con las clases adineradas. Y para los padres campesinos comienza a ser una preocupación el futuro de sus hijos. ¿Será necesario que estudien o basta con que sigan el oficio de sus padres?

Pablo Neruda escribió el poema titulado «El padre», como homenaje y recuerdo de su propio padre, quien fuera maquinista de tren:

El padre brusco vuelve
de sus trenes:
reconocimos
en la noche
el pito
de la locomotora
perforando la lluvia
con un aullido errante,
un lamento nocturno,
y luego
la puerta que temblaba;
el tiempo en una ráfaga
entraba con mi padre
y entre las dos pisadas y presiones
la casa

se sacudía,
las puertas asustadas
se golpeaban con seco
disparo de pistolas
las escalas gemían
y una alta voz
recriminaba, hostil,
mientras la tempestuosa
sombra, la lluvia como catarata
despeñada en los techos
ahogaba poco a poco
el mundo
y no se oía nada más que el viento
peleando con la lluvia.

Sin embargo, era diurno.
Capitán de su tren, del alba fría,



::: Llegada de Jorge Negrete. (Foto: Álbum Fotográfico Carlos Lanza.)

y apenas despuntaba
el vago sol, allí estaba su barba,
sus banderas
verdes y rojas, listos los faroles,
el carbón de la máquina en su infierno,
la Estación con los trenes en la bruma
y su deber hacia la geografía.

El ferroviario es marinero en tierra
y en los pequeños puertos sin marina
—pueblos del bosque— el tren que corre
desenfrenando la naturaleza,
cumpliendo su navegación terrestre.
Cuando descansa el largo tren
se juntan los amigos,
entran, se abren las puertas de mi infancia,
la mesa se sacude,
al golpe de una mano ferroviaria
chocan los gruesos vasos del hermano
y destella
el fulgor
de los ojos del vino.

Mi pobre padre duro
allí estaba, en el eje de la vida,
la viril amistad, la copa llena.
Su vida fue una rápida milicia
y entre su madrugar y sus caminos,
entre llegar para salir corriendo,
un día con más lluvia que otros días
el conductor José del Carmen Reyes
subió al tren de la muerte
y hasta ahora no ha vuelto.

El tren era un actor protagónico para los espectadores de todo el país, que esperaban verlo llegar hasta las estaciones o lo perseguían a través de los poblados, junto a las líneas, para saludar a la distancia a los artistas que itineraban por Chile a bordo. Fue así como el afamado cantante Leo Marini vino a Chile y popularizó boleros como «Amar y vivir», «Caribe soy», «Reflexión» y «Dos almas». Luego hizo una gira por el país recorriéndolo en ferrocarril, que era la movilización acostumbrada para el encuentro de los artistas y su público. Posteriormente vino Pedro Vargas e hizo la esperada gira. En tren también viajó por el país el mejor arpista español del momento, Nicanor Zabaleta, apoyado por el presidente Juan Antonio Ríos. El Teatro Experimental de la Universidad de Chile itineraba a bordo de Ferrocarriles del Estado con obras como «Otra vez el diablo», de Alejandro Casona. Los personajes de las radionovelas viajaban en tren para presentar en provincias los último capítulos de sus dramas, con un público que llenaba el teatro, motivado por conocer en directo aquellos intrigantes pormenores finales. Así lo hicieron los actores Ana González —la Desideria—, y Eugenio Retes, cuando el escritor dramático de moda era Doroteo Martí y Arturo Moya Grau comenzaba a figurar. El famoso cantante mexicano Miguel Aceves Mejías alcanzó el máximo de su popularidad en los años cincuenta. Cuando vino a Chile entró a caballo al escenario del Teatro Municipal de Iquique, donde irrumpió cantando «Allá en el rancho grande» provocando el delirio del público que lo había esperado expectante. La película mexicana más vista en el país había sido justamente «Allá en el rancho grande», de 1936, con Tito Guizar. Su canción principal es un tema de culto en la música popular hasta el día de hoy.

En 1953, en Europa, las estaciones ferroviarias toman un cariz más comercial y urbano. Al respecto es necesario hacer

notar que dentro del concepto moderno de su verdadera misión se han transformado en centros de atracción, refugio, comercio, como por ejemplo la de Milán, de imponente arquitectura asiria; la de Zurich, con un restaurante que es capaz de atender a 1.500 personas y la de Saint Lazare, que cuenta con una amplia galería comercial. En Suiza casi no hay estación, por pequeña que sea, que no tenga un servicio completo de restaurante e informaciones; no solo del servicio ferroviario, sino de la ciudad y sus alrededores.

En 1955, Benjamín Subercaseaux escribió acerca de la vida adentro de la Estación Mapocho, del tránsito de pasajeros y los servicios: «Allá llegan trenes eléctricos, por lo que no hay humo. Gran ventaja y gran pérdida en lo pintoresco. Llegan los convoyes y se descuelga un alud humano que clama por un portador de equipajes invisible. Tres o cuatro gorros colorados muy jóvenes aseguran el servicio. Y como son muy solicitados, se hacen de rogar. He visto señores que salen a buscarlos y 'seducirlos', mientras la familia espera como en un campamento gitano. Luego hay otro fenómeno absurdo y que nos espanta desde el primer momento. Cuando el gorro colorado conciente en hacerse cargo de nuestro equipaje, que es variado y numeroso, miramos de todos lados para descubrir el consabido carrito. Pero no lo hay en esta estación que recibe todo lo que llega a Chile. En cambio, vemos al heroico gorro colorado sacar a lucir unas correas gastadas, con las que enlaza una maleta tras otra, en monstruoso racimo, que imita la molécula del petróleo, que luego eleva hasta los hombros con la ayuda de algún Cirineo, y que carga hasta la salida, en medio de un reguero de gotas de sudor y de venas hinchadas que nos hacen temer por su vida. Pero... dígame, hijo, por qué no usan un carrito aquí? No se puede señor: las escaleras. No hay rampa en esta estación».

En las puertas de la Estación Mapocho surgían, como las violetas en Madrid, con la llegada de la primavera, los «charlatanes», que eran, al mismo tiempo, médicos, tecnólogos que ofrecían máquinas que pelarían las papas en un santiamén, aceites y cremas que borrarían las manchas de la ropa, ralladores que vencerían la dureza de las zanahorias. Solía acompañarlos alguna «mentalista» que, además, exhibía los productos con una sonrisa ligeramente desanimada, se vendaba los ojos y respondía a las preguntas de los concursantes, no sin antes guiarse por unas claves del jefe de la operación. Si los asuntos no mejoraban en lo relativo a la venta, echaba mano a una soñolienta sierpe que dormía en una de esas maletas grandes que eran la bodega y, tal vez, el alojamiento de la pareja. La última vez que los vi, hacia 1970, ofrecían tecnologías muy modernas, de esas —decían— que llevó el hombre en su caminata lunar. Me encantaba oír los nombres de las yerbas sanadoras: cachanlagua, quinchamalí, raíz del árbol vivo, hoja del Paraguay, quelenquelén, digital. Algunos años antes, hacia 1928, apareció en la Estación Mapocho, venido entre guardias desde La Serena a La Calera, y desde ahí a Mapocho, Zárate, el Cristo de Elqui. Lo enviaba «la autoridad» a comprobar su sanidad mental. En verdad había amenazado al jefe del Valle de Elqui con el castigo divino, por mano de Dios, «mi paire» —decía— y los ángeles del cielo. El edil no trepidó en meterlo entre rejas con los suyos que eran, entonces, en la primera etapa, doce apóstoles, elquinos y una Virgen María que era la «amiga» del Cristo vocinglero. Los que recuerdan expresaron que, desde la pequeña cárcel de Vicuña, solía oírse la propuesta del Cristo: «¡Crucifícame, estoy listo. Tengo treinta y tres años, la edad que corresponde! Mátame, Satanás, te conjuro». Muchos años después, hacia 1942, lo oí varias veces predicar: vendrían armas de gran poder destructivo, el fir-

mamento temblaría, los ricos comerían piedras, pero Chile se salvaría gracias a los carabineros (que lo alojaban en los retenes) y a los ángeles de los ferrocarriles (sospecho que algunas veces no le cobraban el boleto, apostando al *placé* del caballo que era el cielo). Más tarde, su carrera se fue acabando en el momento en que, alojado por Ismael Valdés, en el «naturista», lo sorprendió el mecenas calentando un enorme bistec en un anafe. Lo expulsó. Supe más tarde que, tratando de volar, como Simón el Mago, se accidentó, averiándose la crisma, al arrojarse, tal vez en Paihuano, de un palto. Nos quedan sus libros, o folletos más bien en la Biblioteca Nacional. Deben ser como diecisiete y constituyen su *Autoevangelio*.

Para el año 1958, en Chile hay 7.200.000 habitantes. El país crece, se moderniza y abraza las nuevas tecnologías y así, para 1961, Ferrocarriles del Estado recibe tres automotores eléctricos de última generación procedentes de Italia. Eran los llamados «AMZ», que hacían posible recorrer el tramo entre las ciudades de Santiago y Valparaíso en solo dos horas y cuarenta minutos, a una velocidad máxima de 130 kilómetros por hora. Gracias a lo cómodo, confortable y rápido del servicio se hizo conocer como «el tren más moderno y elegante de Latinoamérica». A partir de ese momento, la Estación Mapocho comenzó a recibir a trenes populares, en una especie de servicio suburbano entre Santiago y San Bernardo. El poeta Efraín Barquero escribió el poema «Sinfonía de los trenes»:

Los trenes llegan del Sur con un olor a bosque.
Son lejanos y tristes, vienen mojados por la lluvia.
Su silbido recuerda a un pastor perdido.
Llegan preguntando por helechos y pájaros,
y nadie los espera: vienen de tan lejos.

Trenes del Norte con la campana seca.
Sois silenciosos como el inmenso desierto.
La máquina bufa cansada: es una yegua pobre
que busca agua de quebrada en quebrada.

Trenes de San Rosendo, de Curicó o San Fernando,
llegáis como los huasos fanfarrones,
venís siempre de fiesta recordando estribillos,
tropezando con los corderos y los pavos,
y con una gritería de viejas y chiquillas,
con un olor a empanada y un vigor de chicha.
Sois el acordeón de los andenes,
y a vuestra llegada florecen los huevos y las flores,
cantan los gallos, maduran los canastos,
como si hubiera empezado ya la primavera.

Tren de las seis de la mañana, en invierno
con sueño y en verano como un árbol con pájaros.
Tren de medianoche, el que cruza lejano y perdido;
| es el último y nos despierta en la noche
con un sollozo largo y como si todo hubiera muerto
y los viajeros corrieran en busca del olvido.
Tren de las lentas despedidas, tren
de los lejanos regresos, tren del tiempo,
vuestra campana llama en el fondo de nosotros.

Yo quiero el mío, el tren pequeño de la costa,
el que habla familiarmente con cada estación,
el del sombrero de paja y la camisa de tocuyo,
el que corre entre colinas hacia el mar,
y lo siguen las gaviotas y los ríos,
el que cruza entre animales y castillos de madera.
Tren del ramal de trocha angosta, pequeño

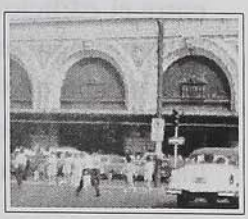
::: Frontis de la Estación Mapocho hacia 1960. El terminal sería cerrado en 1987. (Foto: Archivo Fotográfico de la Universidad de Chile.)

tren que corre a dormir junto al mar,
en ti si parto sigo oliendo mi tierra hasta muy lejos,
y si regreso tú siempre encontrarás a la que amo,
porque a todos nos conoces, tren antiguo y familiar,
viejo y dulce habitante del tiempo,
padre de las ciudades pequeñas,
amigo de nuestros abuelos.

En el año 1964 se declaran monumentos nacionales a las estaciones ferroviarias de Copiapó y Caldera, las más antiguas del país. Las estaciones mantienen ese misterioso encanto que cobijaba a los pasajeros en tránsito, mientras esperaban con sus equipajes retomar la rutina. Y se llevan consigo en el recuerdo esas imágenes que van y vuelven desde los fugaces paisajes que van abandonando. A orillas de las

líneas del tren, crecen esos senderos amarillos que se van formando gracias a la llamada «flor de los ferrocarriles», el dedal de oro. Se trata de pequeñas lucernas instaladas vivamente en las proximidades de las estaciones —Lautaro, Til-Til, Lota, Angol, Osorno, Puerto Varas—. Hoy sobreviven sin los desmanes que han dejado como lacras el rayado de los muros, la destrucción del árbol, los dibujos en estatuas y edificios públicos. La flor permanece ajena, discreta, humilde, soportando la incultura y animando el paisaje. Y viene de antiguo el horror por los ataques a la naturaleza. En su hermoso libro *Defensa de la Tierra*, Luis Oyarzún escribió: «¿Queremos apreciar la cultura ambiente de los chilenos? Miremos las prodigiosas rocas de la cuesta de El Tabón, en la vía férrea y en el camino de Valparaíso a Santiago. Desde los evangélicos hasta los propagandistas de 'Mejoral' o 'Masacrón' y los partidarios de todos los candidatos presidenciales han dejado allí sus pisadas». Y la flor de los ferrocarriles permanece como parte de un salmo de la vida.

La década de 1970 marca un hito cuando los trenes más rápidos de Chile comienzan a funcionar entre las Estaciones Puerto, Mapocho y Chillán. Eran los trenes «AEZ». Los cómodos y veloces automotores eléctricos salón permitían pensar que la modernidad estaba a nuestras puertas. Lamentablemente no fue así, ya que después del golpe militar de 1973, los ferrocarriles dejaron de considerarse como una empresa importante, perdiendo con ello la acostumbrada subvención gubernamental, al ser discordante con las ideas neoliberales impuestas por el mercado. Rápidamente se empezaron a suspender servicios, a cerrar ramales, y a dar de baja algunas locomotoras. En diciembre de 1976, en virtud del decreto número 1.290, la Estación Mapocho fue declarada Monumento Nacional, pero, la-



mentablemente, en 1986 dos automotores chocaron de frente en la zona de Queronque, provocando la suspensión temporal de los servicios directos entre la Estación Mapocho y el Puerto de Valparaíso. El accidente ocurrió el lunes 17 de febrero de 1986, cuando el tren que viajaba desde Valparaíso a Santiago chocó de frente con el convoy Los Andes-Puerto a las 19.45, en el sector del puente Queronque, entre Peñablanca y Limache. El puente Queronque estaba siendo sometido a reparaciones y el día del accidente había una sola vía férrea para el funcionamiento de los trenes que viajaban en ambos sentidos. El sistema de señalización eléctrica estaba malo y hacía unos días se habían robado los cables de cobre del teléfono interno. Todo parecía haberse confabulado para desencadenar la tragedia donde hubo 58 muertos y 510 heridos.

El poeta Jorge Teillier escribió: «El último tren pasa como un temporal/ remeciendo las casas de madera,/ las madres cierran todas las puertas/ y los pescadores furtivos van a repletar sus redes/ mientras ella y yo nos ocultamos / en la secreta casa de la noche».

Años más tarde, la Estación Mapocho fue cerrada para hacerle algunas remodelaciones que no llegaron a efectuarse como estaba previsto, y en 1987 el terminal fue clausurado y posteriormente abandonado. La Estación Mapocho permaneció durante 73 años sirviendo a sus pasajeros y uniendo el país a través del ferrocarril. La nave central de la estación tenía cuatro andenes distribuidos en dos plataformas laterales y una central o isla. En la franja existente entre el edificio y el río Mapocho, estaban las vías de carga, que seguían hacia el poniente hasta la calle Manuel Rodríguez, que hoy corresponde a la Avenida Norte Sur, en donde estaba ubicada la cabina de movilización. En ese lugar existían cuatro vías, que luego se convertían en dos,

circulando por el extremo del Parque Centenario hasta el triángulo Yungay.

La lenta agonía de los trenes es retratada en el poema «La destrucción de Ferrocarriles del Estado, plantas y materiales», de José Ángel Cuevas:

No compraron repuestos, coronas, cremalleras
ni resortes puros
Clavos que se paraban solos en los durmientes,
cadenas y hierbas del campo.

Un grupo de embobinadores CCP
fue despedido a golpes
y los soldadores de la maestranza 2,
brillan por su ausencia las estaciones abandonadas.
El Silencio total.
Ya no pasa sino apenas la locomotora 712 o 713
| de madrugada,
nada más.

¿Por qué destruyeron Ferrocarriles del Estado
si la Electricidad nacional los alimentaba
y corrían por sus líneas 20 vagones llenos como estrellas
en la noche? ¿Por qué se detuvo la circulación
| de los ramales
Perquenco
Maule
Constitución y Villarrica?
El Tren a Iquique el tren minero durante 6 días
| y 6 noches
por la Gran Noche del Desierto poblado de fantasmas.

No tuvieron presupuesto...

Los rieles del Sur están altamente dañados
Y NO LOS REPARAN.

Esos míseros vagones del llamado Expreso
cubiertos de moho asientos rotos baños sucios
roña, carroña. Aúllan los rieles y saltan entre Temuco.
Y Puerto Montt
Perquenco
Antilhue
sus cerros de trigo y árboles.

ERA CHILE EL QUE PASABA POR SUS VENTANAS ABIERTAS.
Y ya no pasa.

En Santiago, en una antigua mansión ubicada en la calle Monjitas 619, se ha creado un centro cultural para acoger a un grupo de artistas, pintores, ceramistas y escultores, que han instalado allí sus talleres luego de haber perdido los que ocupaban en el Museo de Bellas Artes, a causa de un incendio. La mansión fue diseñada por Jecquier, en el año 1900 por encargo de la familia Puyó. «Es como si el fantasma del arquitecto no quisiera descansar —piensan sus ocupantes— hasta ver que otra de sus obras haya reemplazado a la que él creó como lugar de trabajo para artistas. Lo sorprendente reside en que todos aseguran que la casona posee fuerzas sobrenaturales que se manifiestan como sombras de niños, sonidos, voces y risas, y una extraña sensación que los hace estar cómodos en ese lugar. René Poblete, quien dirige varios talleres allí, piensa que la presencia de Jecquier es la que se manifiesta para impulsar el arte. El gran genio continúa dando qué hablar».

El tiempo que deja su huella en los espacios se refleja magníficamente en el cuento «Refracción de tiempo ilumi-

nado 2002», escrito por Daniel Murillo: «Cuando el ocaso se presenta, la Estación Mapocho regresa al pasado: uno esperaría ver una locomotora en medio del gran patio, uno esperaría observar cómo chorrea vapor por la chimenea y cómo las vías se prestan a soportar la salida —o la llegada— del tren lleno de pasajeros. (...) Me fumo un cigarro, entorno los ojos con el humo que recorre mi visión e imagino que es la bruma de la luz y el vapor de la locomotora: por un instante veo de nuevo el andén, los hombres con sombreros de copa y con los bigotes engomados, las mujeres con largos vestidos de color pastel y sombreros llenos de flores y allá, entre tanta gente, la muchacha de vestido verde con su pañuelo blanco, una fugaz visión entre el humo del cigarro. (...) No he visto llegadas de tren, solo salidas, y la gente que llega a dejar a sus pasajeros. Tampoco sé a dónde se dirige el tren, ni qué camino seguirá una vez que salga de la estación, con su chirriar de metal y su silbato, ni menos qué sucederá con los pasajeros. Recorro con la vista, tras la cortina que ofrece el efecto del polvo y de la luz que entra por los ventanales, el andén lleno de gente y busco una prenda verde. Como hecho asombroso, la muchacha no busca, está viéndome directamente, lo que me desconcierta. No puedo dejar de verla, mientras todo se difumina, el silbato del tren resuena, los gritos del garrotero anuncian la inminente salida y las luces artificiales se encienden. El objeto al que me dirijo es una maleta de cuero, grande y pesada. Con toda naturalidad, la tomo, paso frente al viejo que continúa con sus mimos perrunos y salgo, de nuevo a la noche. No puedo esperar a llegar a mi hotel y descubrir el contenido de la maleta, porque cínicamente sé que esa maleta ha sido dejada para mí, por algún motivo especial. (...) No siento que estoy profanando pertenencias de otra persona, tengo la firme convicción de que esos objetos fueron dejados ahí para que los

tomara y los viera. Hay más ropa. Debajo, una bolsa de papel que contiene unas postales, según veo al averiguar el contenido. Una de ellas tiene el rostro de Pablo Neruda, una fotografía que fue tomada en La Chascona; al reverso puedo ver una breve leyenda y un nombre de mujer. La fecha data de ochenta años atrás. Hay otros objetos: una fotografía en sepia de la mujer de vestido verde. (...)Yo me quedo estupefacto, como una estatua humana, sin saber qué hacer. Un pensamiento me asalta: creo verme en una postal, encerrado en el fondo de un baúl de madera. (...) Lo último que veo es a la mujer, que se despide de mí, llevándose el pañuelo al rostro. Toma la maleta y, entre el espacio del último rayo de luz dorada y el último foco encendido, un resplandor verde surge de entre la neblina y las motas de polvo, se disuelve entre el silbido de la locomotora y entre el resplandor neón de las luces artificiales que inundan salvajemente el patio».

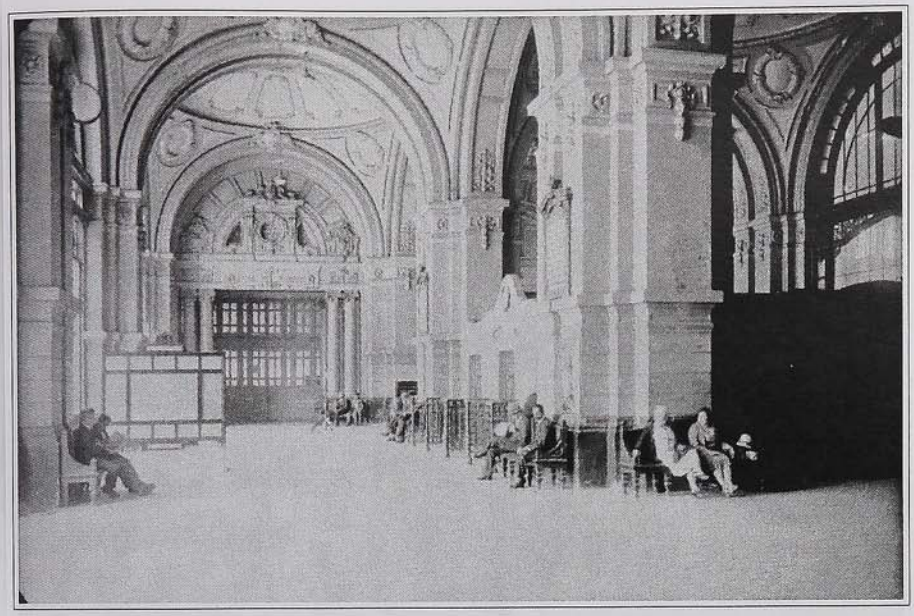
Me agrada recuperar, apelando a los sucesos que la memoria registra, el instante en el cual los tranvías, con o sin «imperial», buscan la curva de la llamada antiguamente Estación del Mercado, donde estaba el corralón tranviario. Llevan arriba la publicidad de una marca de té, una tienda de menestras o una ferretería. También un vigilante de los antiguos, al que los «pijes» que van en auto suelen denigrar con la expresión «paco asoleado». Me parece también ver a algunos de los pasajeros del tren que vienen de Quillota o de La Calera, cruzar a la defensiva, toreando a las góndolas, con verdaderos racimos colgantes de pasajeros van subiendo las escaleras del Hotel Bristol (muchos alojan allí y cerca de la estación para no extraviarse o para que el tren no se marche sin ellos). Piden una habitación con «lavatorio patente» en la propia pieza, ya que el baño no se encuentra en la habitación. Dejo de esto memoria a manera de un escribano.

En 1987, la Estación Mapocho dejó de funcionar definitivamente como terminal de trenes. Desde esa fecha, el recinto quedó en desuso y total abandono. En mayo de 1991 se llamó a Concurso Nacional de Arquitectura para rescatar el edificio y convertirlo en «un gran centro cultural» que permitiera la preservación de su patrimonio como monumento nacional y además fuera un espacio de creación, desarrollo y difusión cultural, siguiendo el estilo de la Estación de Orsay en París. El proyecto arquitectónico fue realizado durante cuatro años y en cuatro etapas, finalizando la última a principios de 1994, lo que permitió al presidente Aylwin participar de la inauguración, el 3 de marzo, de la que sería una de las principales obras de su gobierno. La inauguración fue un gran espectáculo encomendado al director teatral Mauricio Celedón. El concepto fue mostrar la diversidad de posibilidades que ofrecía el flamante Centro Cultural Estación Mapocho a las diferentes disciplinas artísticas: en la gran nave estaba la Orquesta Sinfónica Juvenil dirigida por Fernando Rosas y el Coro del Teatro Municipal; en la sala Joaquín Edwards Bello, estaban los payadores; en la Sala de las Artes, los actores del Teatro del Silencio representaban «Taca Taca mon amour»; en los espacios comerciales, Brunatto ofrecía chocolates con la forma de la Estación Mapocho, y la anfitriona de los invitados era la Premio Nacional de Artes de la Representación, Ana González, quien acogió a las autoridades presentes. El ministro Jorge Arrate, entonces presidente de la Corporación Cultural de la Estación Mapocho, profetizó: «Será imperecedero este legado, techo y abrigo para el arte y la cultura». El alcalde Ravinet: «Gracias, señor presidente. La cultura y el país se lo agradecen». Y el presidente Aylwin: «Cuando me hablaron del proyecto me pareció algo audaz, pero digno de ser apoyado. Porque el hecho de que la Estación Mapocho terminara sien-

do una bodega o un lugar de distribución de mercancías, me pareció una ofensa a la ciudad y su pueblo». Con la firma del Libro de Oro, se dio por inaugurado el Centro Cultural Estación Mapocho.

Una crónica fotográfica

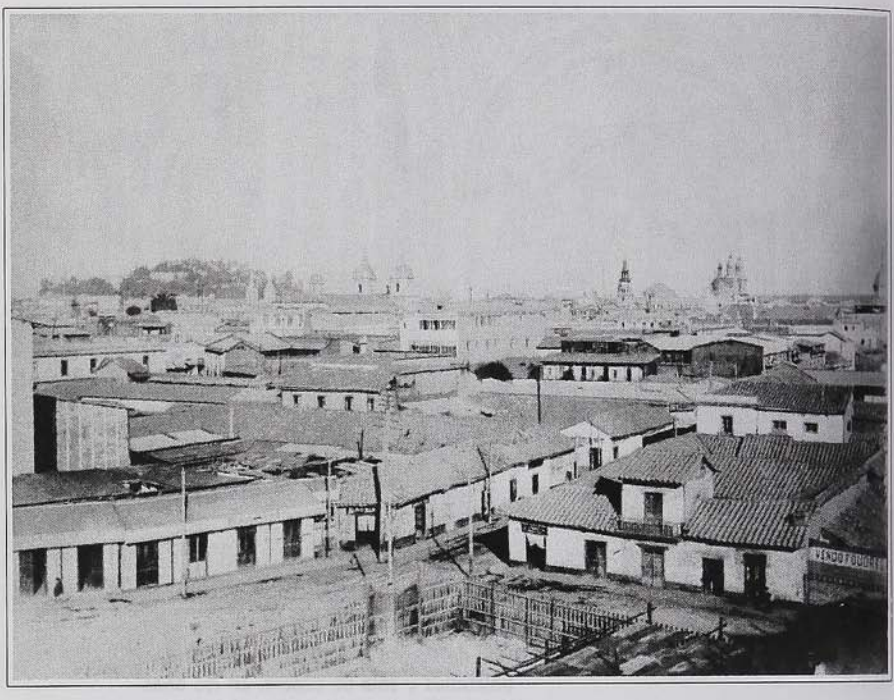
A continuación se presentan algunas fotografías seleccionadas por el Centro Cultural Estación Mapocho, que reflejan distintos momentos del edificio y su entorno. Están acompañadas de algunos fragmentos significativos tomados de este mismo libro. (N. del E.)



::: Hall de acceso a la Estación, sector de boleterías y sala de espera, en los años treinta. (Foto: Archivo Fotográfico de la Universidad de Chile.)

«Los pasajeros deben llegar a tiempo a la estación con el dinero listo para comprar el boleto, a fin de no incomodar a los demás viajeros que se detienen en la boletería con el mismo objeto. Para que no se extravíen los bultos, deben rotulárseles mui bien, con el nombre de su dueño i la indicación del lugar adonde van dirijidos».

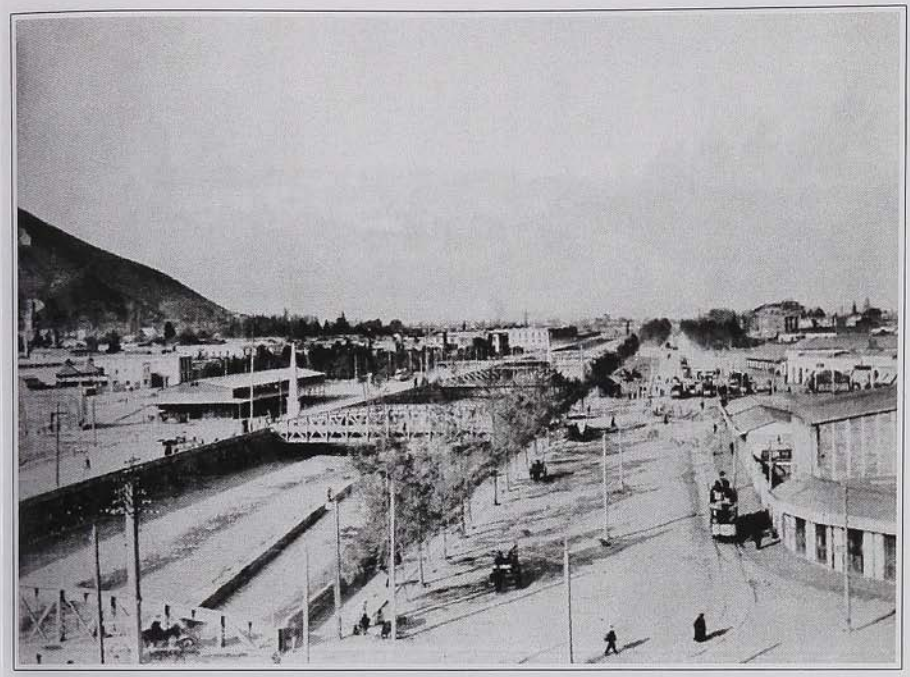
J.A. Núñez



::: Vista desde la Estación hacia el centro de la ciudad. Se distinguen varias cúpulas de iglesias. (Foto: Archivo Fotográfico de la Universidad de Chile).

«Santiago crecía a ritmo vertiginoso en todos los aspectos aunque, con sus ojos siempre en dirección a Europa, parecía querer borrar todo su pasado. Las viejas calles, por las cuales había transitado la historia, ahora parecían lugares viejos e incómodos que el pueblo había degradado. A comienzos del siglo XX, Santiago había adquirido un aspecto mucho más europeo tanto en lo humano como en lo urbanístico».

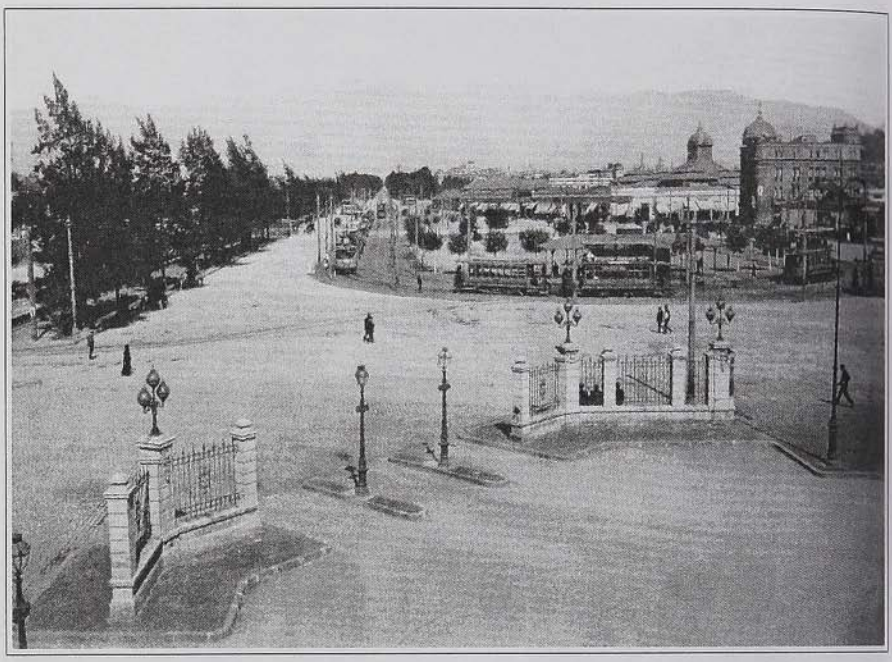
Alfonso Calderón



::: Vista desde la Estación hacia el sector norte de la ciudad. Es posible ver varios puentes de fierro. (Foto: Archivo Fotográfico de la Universidad de Chile.)

«El pueblo, para dar fe de la solidez del puente, refería que a la argamasa con que se unió la piedra y el ladrillo se echaron nada menos que claras de quinientos mil huevos. Una vida nueva comenzó en torno de la rampa del Puente Zañartu».

Sady Zañartu



::: Vista hacia el oriente de la ciudad de Santiago, desde la Estación Mapocho. A la izquierda, el río. A la derecha, la torre del Mercado Central. (Foto: Archivo Fotográfico de la Universidad de Chile.)

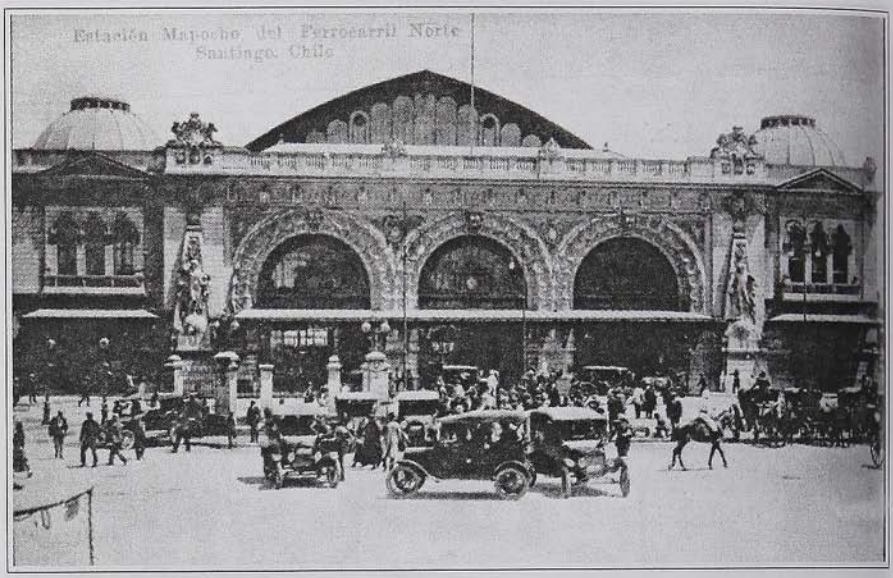
«Siempre la crisis. No se habla más que de política. ¿Y el Centenario? Nada se ha hecho aún. No existe el menor esbozo de programa. ¡Confío en la estrella de Chile!».

Carlos Morla Lynch

::: Vista de la estación desde el oriente. Destacan los carros eléctricos jutos en la posición que hoy ocupa la estación de metro Cal y Canto. Años treinta. (Foto: Museo Histórico Nacional de Chile.)

«El último jefe de la Estación Mapocho, Víctor Hugo Lamatta, recuerda lo que significó para él trabajar en la estación, a la cual por tristeza nunca volvió. Su primera reacción cuando llega a la Estación Mapocho es la nostalgia. Sus ojos se ponen tristes cuando recuerda sus últimos tiempos como Jefe de Estación».

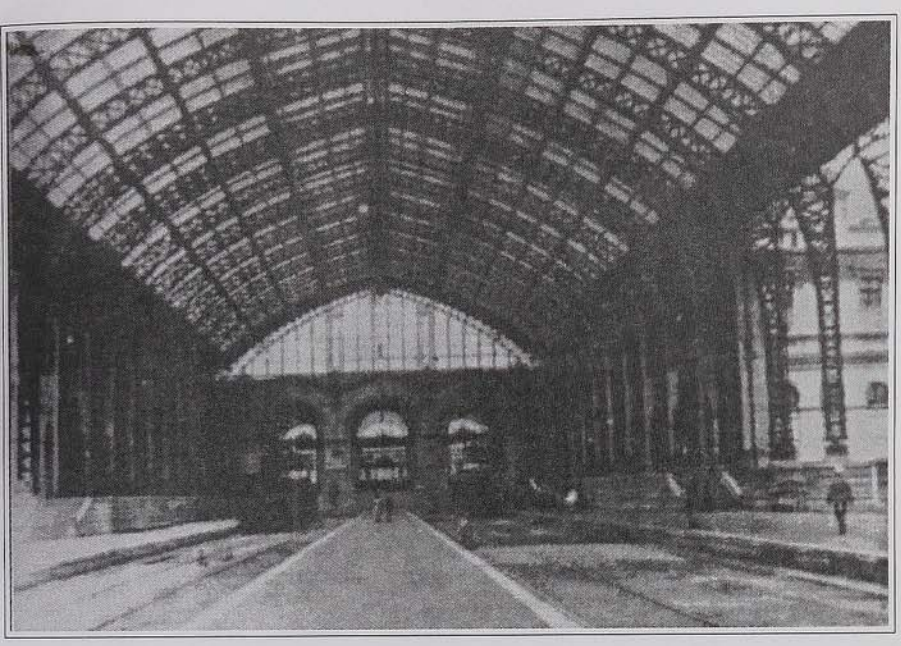
Alfonso Calderón



::: Fachada y estacionamiento en los años treinta; destacan las cúpulas originales y las cariátides del frontis. (Foto: Museo Histórico Nacional de Chile.)

«Me gustaba la belleza de los trenes, las gorras de los 'corteros', los carros en los que llevaban las maletas, el poder mágico del conductor y la curiosidad de ver al maquinista asomar su cabeza para avisar de la partida».

Alfonso Calderón



::: Gran nave desde el poniente. (Foto: Álbum Fotográfico Carlos Lanza.)

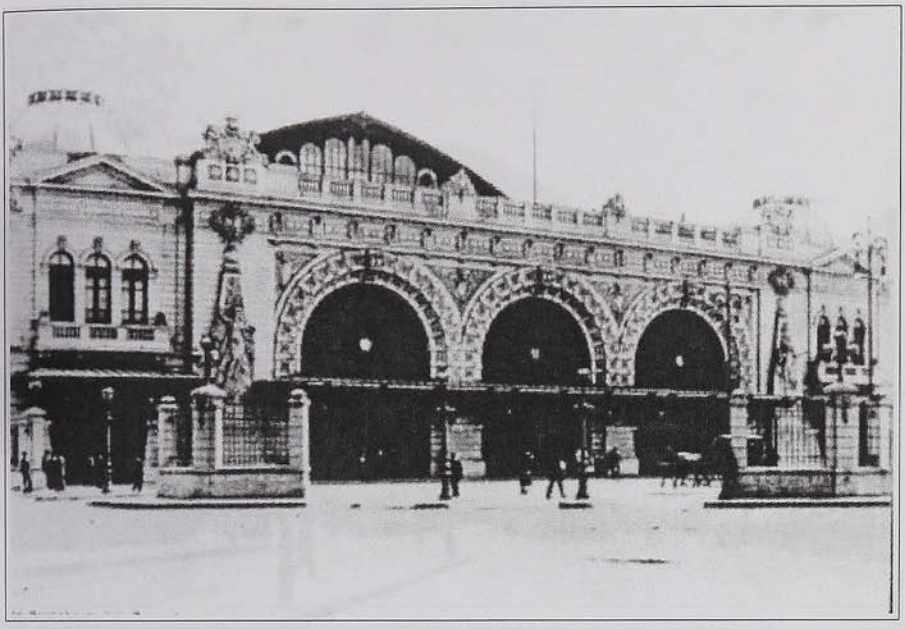
«Ya estoy dentro del tren. Las butacas son cómodas. El servicio es bueno. A cada instante, durante todo el viaje, dentro y en las estaciones, nos invitan a comer y beber. Llamados al comedor. Vendedores de sándwiches, de pasteles, de dulces, de bebidas. Todos comen. Aunque parezca una paradoja, es un signo de pobreza».

Joaquín Edwards Bello

::: Fotografía de la fachada. (Foto: Álbum Fotográfico Carlos Lanza.)

«El Mapocho estaba de continuo mal humor y muchas veces invadeable, de modo que en los días de crudo temporal, cuando las aguas bajaban de la Cordillera batallando por salir de su cauce y jugando como plumas con los tajamares y el pobrísimo puente de madera que solía haber, el que lograba llegar a la chimba (...) contaba una hazaña que era muy celebrada».

J. Abel Rosales



::: Vista de la fachada hacia 1925. (Foto: Álbum Fotográfico Carlos Lanza.)

«Un viajero norteamericano de esos años, W. D. Boyce, señala que las modas de París llegan a Santiago con la misma rapidez que a Nueva York; los 'parques y la Alameda – dice– hacen que la capital de Chile sea por las tardes tan hermosa y atractiva como Rotten Row en Londres o Central Park en Nueva York'».

Alfonso Calderón

::: Vista desde el Mercado Central. (Foto: Álbum Fotográfico Carlos Lanza.)

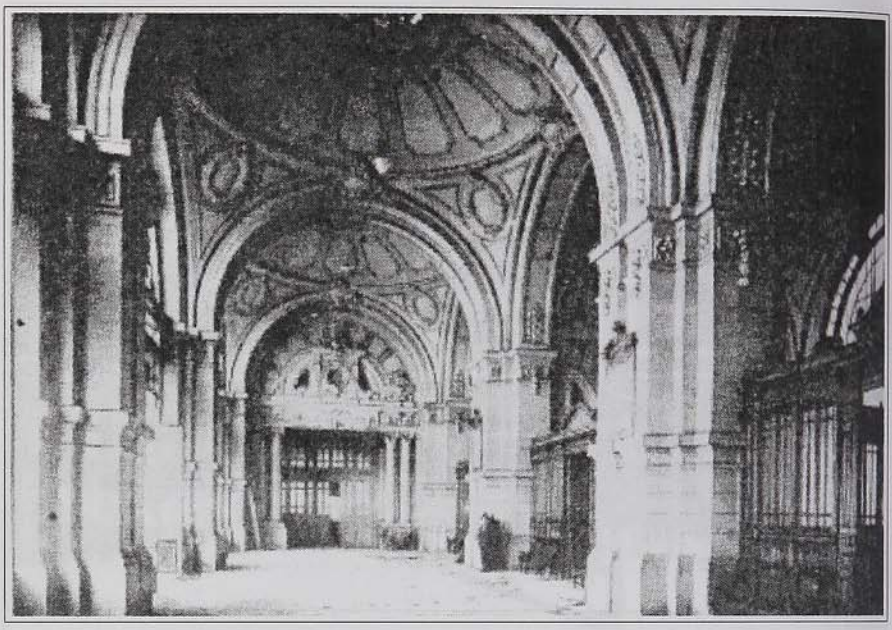
«Después explicó que a él (Acario Cotapos) le encantaba hacer visitas, pero que la finalidad era darse el gusto de despedirse. Tengo la sospecha de que aparecía en un lugar y que, llegando, podía caminar de espaldas diciendo: '¡Hasta nunca más, nunca más!'».

Alfonso Calderón

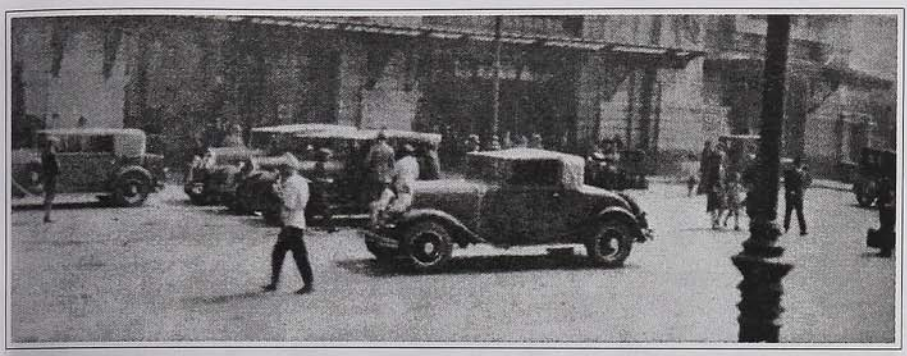
::: Vista de los estacionamientos anteriores hacia 1930. (Foto: Álbum Fotográfico Carlos Lanza).

«Realizábase con motivo del Centenario un programa de festejos jamás igualado en suntuosidad y duración; había que celebrar dignamente el siglo de oro de nuestra vida nacional, cien años de independencia, de efectivo progreso y de una historia llena de las más bellas enseñanzas, difícilmente igualada por otros pueblos en tan corto tiempo».

Eduardo Balmaceda Valdés



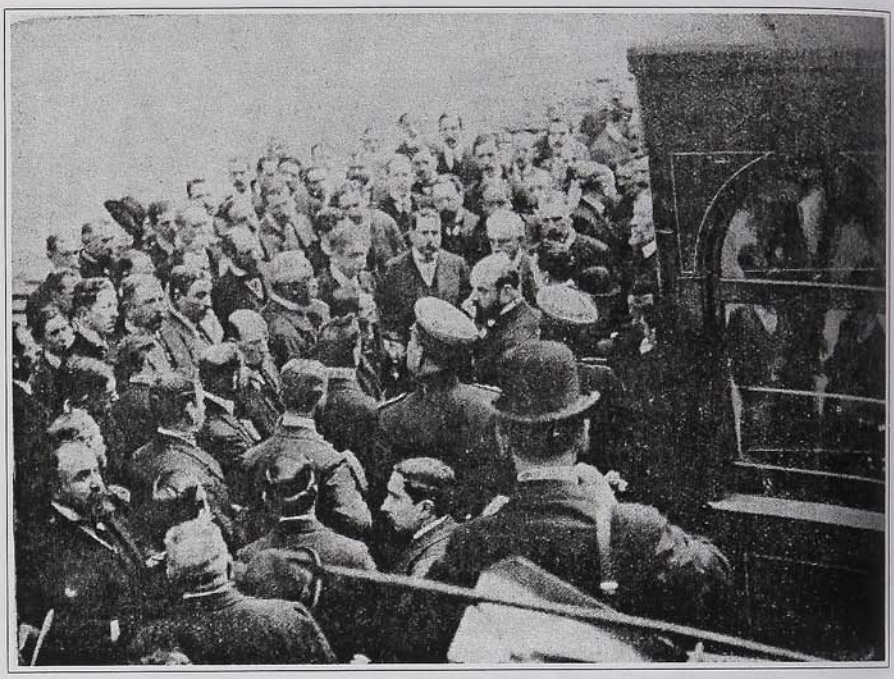
::: Vestíbulo de la estación. Hoy, hall Emilio Jecquier. (Foto: Álbum Fotográfico Carlos Lanza.)



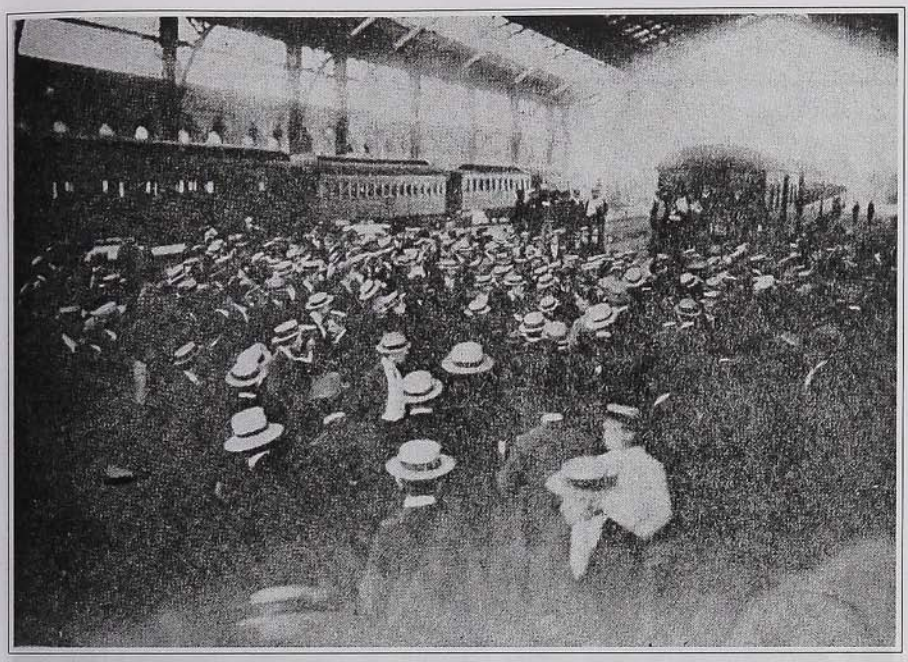
::: Transeúntes y vehículos cruzando frente a la fachada de la Estación, hacia 1930. (Foto: Álbum Fotográfico Carlos Lanza.)

«Viajo siempre con mi revólver, sin perder de vista la puerta de mi vagón. A cada instante creo que van a aparecer los bandidos de mi sueño. Se abre la puerta y me digo: –Ahí vienen. Pero no son los bandidos. Es el vendedor de pastelitos con majar blanco».

Joaquín Edwards Bello



::: El domingo 5 de octubre de 1910, se inaugura por el vicepresidente de la República, Emiliano Figueroa Larraín, ministros de Estado, diplomáticos y una numerosa comitiva la Estación Mapocho y el ferrocarril San Antonio en su última sección. (Foto: Álbum Fotográfico Carlos Lanza.)



::: Llega el aviador francés Eduardo Stoeckel, en el mes de febrero de 1911; su maestro fue Luis Bleriot, el primer aviador en cruzar el Canal de la Mancha. (Foto: Álbum Fotográfico Carlos Lanza.)

«La Estación Mapocho siempre estaba llena. Venía todo tipo de gente, desde la clase alta hasta los trabajadores. A la gente le gustaba mucho viajar en tren, era muy gratificante. Imagínese que nosotros llegamos a ser el ferrocarril más grande de América Latina».

Víctor Lamatta, último Jefe de Estación

::: El presidente Ramón Barros Luco llega desde Valparaíso, en el año 1914. (Foto: Álbum Fotográfico Carlos Lanza.)

«Y así se llegaba a la estación del Barón, en un tren atestado de gente y con una gente atiborrada de provisiones, causeo y comistrajos. Un tufo a 'chicha' en verano era arrastrado por las brisas campesinas».

Augusto D'Halmar

::: La Conferencia Panamericana realizada en el mes de marzo de 1923 contó con la presencia de representantes de todas las naciones, con la excepción de México, Perú y Bolivia. En las fotografía, se ve el arribo de las delegaciones de Colombia, con el poeta Guillermo Valencia, y Estados Unidos. (Foto: Álbum Fotográfico Carlos Lanza.)

::: Llega la poeta Gabriela Mistral en el año 1925. (Foto: Álbum Fotográfico Carlos Lanza.)

::: Llegada de marinos españoles desde Valparaíso, en 1930. (Foto: Álbum Fotográfico Carlos Lanza.)

«Si la recepción en Valparaíso fue emocionante, la de Santiago llegó a límites inimaginables. La Estación Mapocho, de airosa arquitectura metálica, estaba repleta de entusiastas, hombres, mujeres, viejos y jóvenes. Estos se habían trepado a las farolas y a las estructuras sobresalientes del edificio».

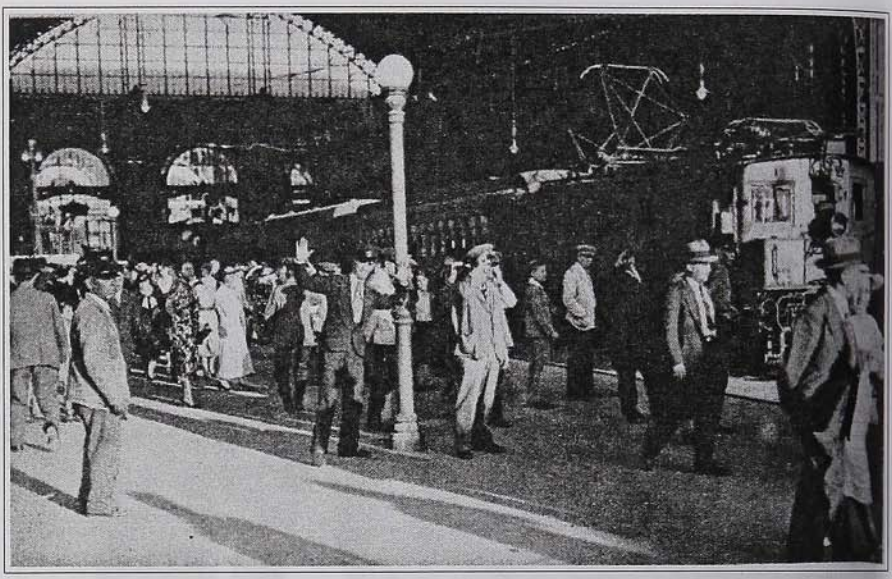
Leopoldo Castedo

::: Llegan turistas norteamericanos en 1936.
(Foto: Álbum Fotográfico Carlos Lanza.)

«A pesar de que John Ruskin afirmaba que "una estación de ferrocarril no será nunca arquitectura", diversas estaciones del mundo demostraron lo contrario y la Estación Mapocho es una de ellas, al constituirse en una obra arquitectónica de gran valor estético».

Alfonso Calderón

::: Cortero en plena faena, recibiendo y transportando el equipaje en las décadas de los años treinta y cuarenta. (Foto: Álbum Fotográfico Carlos Lanza.)

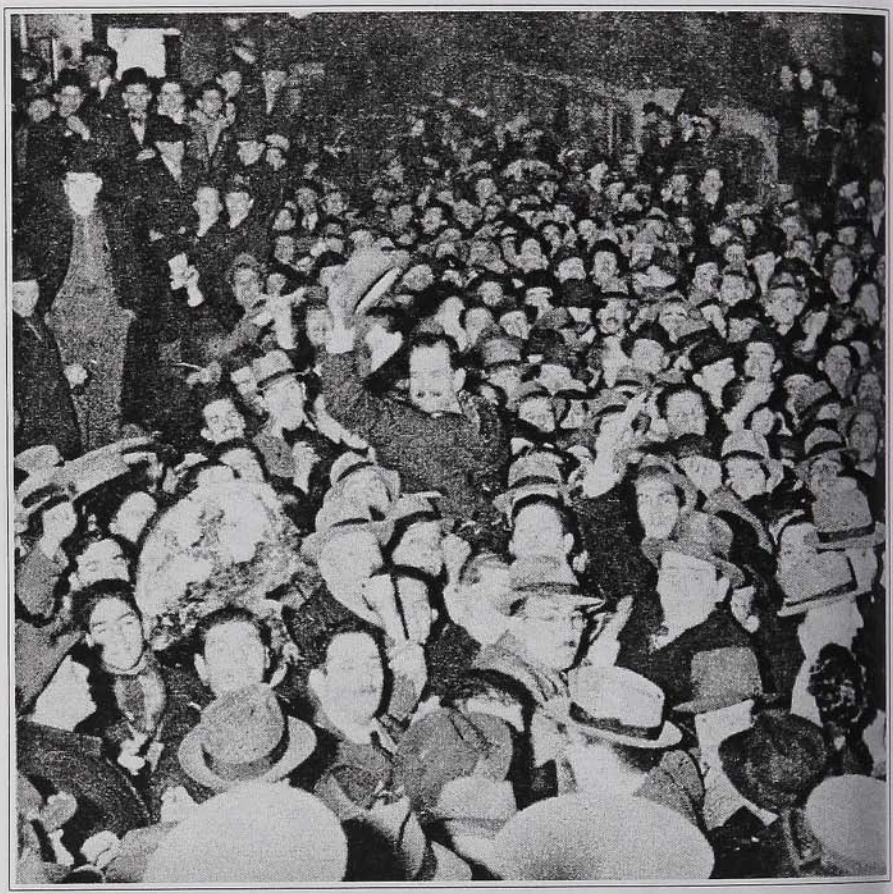


::: Despidiendo a los pasajeros en la tarde.
(Foto: Álbum Fotográfico Carlos Lanza.)

«El tren ha tenido un espacio muy importante en nuestra vida, y por lo mismo, cuando llegamos a una estación ferroviaria, nos excitamos y aluviones de ideas antiguas surgen de improviso».

Joaquín Edwards Bello

::: Llega el cantante y actor de cine mexicano José Mojica, en el año 1937. (Foto: Álbum Fotográfico Carlos Lanza.)



::: Despedida y recepción del presidente Pedro Aguirre Cerda, cuando aún era candidato, en el año 1938 en su gira por el país. (Foto: Álbum Fotográfico Carlos Lanza.)

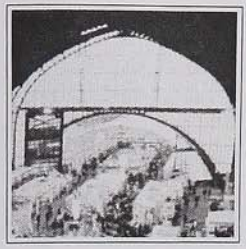
::: Llegan marinos del buque escuela de Brasil «Almirante Saldanha», en el año 1941. (Foto: Álbum Fotográfico Carlos Lanza.)

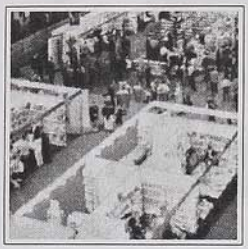
::: Llega el arzobispo de Santiago, Monseñor José María Caro Rodríguez, desde Buenos Aires, en el año 1943.

::: Llegada del cantante y actor Jorge Negrete.
(Foto: Álbum Fotográfico Carlos Lanza.)

«A la salida, tres mil personas no dejaban avanzar el auto. "A los que por mí hayan sufrido algún accidente, les pido mil disculpas", declaró Negrete con vos entrecortada, desde los micrófonos instalados sobre el auto».

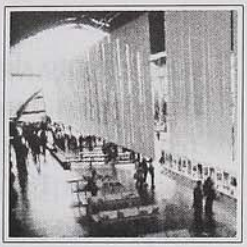
Alfonso Calderón





Centro Cultural Estación Mapocho

::: Panorámica de la Feria Internacional del Libro de Santiago, octubre de 2004. (Foto: Luis Navarro.)



Nuestros artistas deben encontrar la poesía de las estaciones como sus padres encontraron las de los bosques y ríos.
Emile Zola

La cultura se va a las estaciones, proclaman los ferrocarriles del mundo. Mulhouse ofreció sus talleres al Museo Francés del Ferrocarril. Béthune rehabilitó una plaza para instalar un centro cultural y una galería comercial. En Niza, el terminal sur de los ferrocarriles de Provenza se convertirá en invernadero. Las estaciones de Cadmen, en Inglaterra, y Brunswick, en Alemania, han aplicado también programas que unen la cultura y la actividad comercial. En los terminales ferroviarios se realizan exposiciones y presentaciones de teatro, música y danza, y en el caso de San Lázaro, los relojes de Arman ya han pasado a formar parte del entorno.

Entre los años 1900 a 1939, la Estación de Orsay cumplió el rol de cabeza de la línea suroeste de Francia. El Hotel de Orsay recibía tanto a los viajeros como a las asociaciones y grupos políticos que celebraban allí sus convenciones. Pero a partir de 1939, la estación ya no cumplía con los requerimientos de la ciudad moderna y comenzó a ser utilizada

como punto de expedición de los envíos postales para los prisioneros durante la guerra y, posteriormente, como centro de acogida de los prisioneros cuando se produjo la Liberación. En 1973, la Dirección de Museos de Francia tenía proyectado establecer un museo en la Estación de Orsay, donde estarían representadas todas las artes de la segunda mitad del siglo XIX. En ese entonces la estación sería demolida para construir un hotel moderno. La decisión oficial de construcción del Museo de Orsay fue adoptada en octubre de 1977, por el presidente Valéry Giscard d'Estaing. En 1978, la edificación fue declarada monumento histórico y se creó el establecimiento público del Museo de Orsay para iniciar la construcción y el funcionamiento del museo. En diciembre de 1986, el presidente François Mitterrand inauguró el nuevo museo. «La estación es magnífica y parece un Palacio de Bellas Artes...», escribió el pintor Edouard Détaille en 1900. Ochenta y seis años más tarde, su apreciación cobró realidad.

Por su parte, en el año 1987, la Estación Mapocho dejó de funcionar como terminal de trenes, y como forma de pagar parte de la deuda que había acumulado, la empresa de Ferrocarriles del Estado traspasó el edificio a CORFO, entonces entidad encargada de la liquidación de activos del Estado, con el objeto de que esta lo vendiera. Afortunadamente, ninguna de las propuestas, entre las que destacaba la transformación del galpón central en depósito de una cervecería, prosperó. Incluso la Cámara del Libro arrendó el edificio a la CORFO, para realizar allí la Feria del Libro de 1989, a pocas semanas de le elección presidencial y un año después del plebiscito del 5 de octubre de 1988. Durante esa feria se realizó un debate sobre políticas culturales. Entre los representantes de los tres principales candidatos a la presidencia de la República se encontraba Sergio Bitar, por parte del

Comando de la Candidatura de Patricio Aylwin, quién posteriormente llegaría a ocupar el cargo de presidente de la Corporación Cultural de la Estación Mapocho, en su condición de ministro de Educación del gobierno del presidente Ricardo Lagos. Representantes de la Cámara del Libro aprovecharon esa oportunidad para plantear la posibilidad de convertir el recinto en un espacio cultural. En estas condiciones recibió la Estación Mapocho al gobierno del presidente Patricio Aylwin, al igual que varios protagonistas de la historia del Centro Cultural: Ricardo Lagos, Alejandro Foxley y Jaime Ravinet, este último designado por Aylwin como Alcalde de Santiago el 11 de marzo de 1990. Entonces subsistía la norma de que los alcaldes de Valparaíso, Viña del Mar y Santiago eran nombrados por el presidente de la República. El alcalde Jaime Ravinet escogió el de la remodelación de la Estación Mapocho como uno de sus proyectos estelares. Los primeros días de enero de 1991, con el patrocinio del Colegio de Arquitectos, convocó al Concurso Público de Anteproyectos: «Centro Cultural Estación Mapocho», asignando al ganador un premio de siete millones de pesos. Como Director del Concurso fue designado el joven arquitecto Jorge Figueroa Edwards. Ravinet trabajaba intensamente con el arquitecto y urbanista Pablo Trivelli quien, desde un ático del Municipio, llevaba también el proyecto del Parque de los Reyes. Consciente de que el proyecto ganador del Concurso de Arquitectura le iba a dar luces sobre las características que tendría el edificio y sobre los costos de la restauración, decidió avanzar paralelamente en la búsqueda de aliados en el empeño; el primero de ellos fue el Ministro de Educación, Ricardo Lagos, quien asumió la presidencia del Directorio provisional de la futura Corporación que administraría el nuevo Centro. En tal colectivo lo acompañaron como vicepresidente el propio Ravinet; el jefe de

Gabinete del presidente Aylwin, el historiador Carlos Bascuñán; el ministro de Bienes Nacionales, Luis Alvarado, y el embajador de España, Pedro Bermejo. La presencia del diplomático español se justificaba debido a que originalmente se pensó que los recursos para la remodelación podían provenir del Quinto Centenario del Encuentro de dos Mundos, que España amenazaba con conmemorar con velas desplegadas. El ministro de Hacienda, Alejandro Foxley, determinó que la llegada de los fondos españoles era improbable y que la caja fiscal chilena podía asumir el costo de emprender la construcción de una gran edificación cultural, tarea que el Estado chileno no asumía desde la construcción de la Biblioteca Nacional, en el Centenario.

Foxley, Lagos y Ravinet tenían muy claros los principios orientadores de una cultura democrática: libertad, acceso y participación a la cultura, la pluralidad, autonomía, diálogo, apertura y protección del Patrimonio Cultural. Dentro de ellos cabía rescatar este edificio y convertirlo en un gran centro cultural con dos claras misiones: la preservación de su patrimonio como monumento nacional y la difusión de la cultura. Para llevar a cabo esta iniciativa, el directorio determinó conformar un equipo ejecutivo: el director del Museo Histórico Nacional, Hernán Rodríguez Villegas, arquitecto y experto en conservación, fue designado Director Ejecutivo.

¿Cómo era el Chile del siglo XX? Hasta que llega en 1938 el gobierno del Frente Popular, la miseria, los conventillos, la mortalidad infantil y la protección del trabajador era mínima, y el derrumbe de la economía por la caída de los precios del salitre llevaban a un caos social. Aguirre Cerda, además de repensar la educación, propone un lema simple: «¡Pan, techo y abrigo!». Pienso que nos unía la pena, el dolor de casi no ser y los soportes mitológicos del valor de los

araucanos en la lucha contra los españoles, la bravura de los héroes de la Patria, pues se enseñaba más la historia militar que la civil. Leyendo, hace poco, una entrevista a Osvaldo Puccio, veo que da una clave de la chilenidad esencial: la forma de celebrar —expresa— consistía «en ponernos tristes». Hasta la grisura ligeramente cósmica de Santiago consonaba con ese espíritu. Nos faltaba la alegría, pues siempre, al decir de Edwards Bello, tenemos la alegría del velorio, del incendio, de la demolición. Por eso, cuando leí, antes de que comenzara a nacer el Centro Cultural Estación Mapocho, que se pensaba en lotear el sitio, en demoler, en elevar alguna torre deleznable, echando por tierra la memoria del lugar, recordé la antigüedad de este propósito en el espíritu del «malón». Lotear, ¡si, ay, ay, ay! El propio Joaquín Edwards bello dijo una vez que, en el instante en que Rodrigo de Triana grita: ¡Tierra!, salta tras él un primer Ossandón y lanza en voz alta el vocerío del espíritu de la nueva épica ciudadana, con el grito clásico: «¡Loteo!».

A quince años de la remodelación de este gran monumento nacional, el actual ministro de Defensa, Jaime Ravinet, recuerda aquellos momentos: «Fui nominado por el gobierno de Patricio Aylwin para ser alcalde de Santiago hacia fines de enero de 1990. En esos mismos días hubo una fuga de presos políticos por un gran túnel que hicieron por debajo de Balmaceda desde la cárcel. Eso gatilló mi decisión de que era absurdo tener una cárcel en un lugar tan central con el consiguiente deterioro del entorno. Eso nos llevó a pensar también, incluso antes de asumir, en revitalizar el área del Mapocho. Queríamos ver qué pasaba con la Estación Mapocho que estaba cerrada por varios años. La idea de transformarla en un museo surge junto con la idea del Parque de los Reyes, que en ese momento no tenía nombre. Era un basural y la idea era revitalizar Santiago Poniente. Entra-

mos a la alcaldía con la idea clara. Eso se transformó en una operación de tres etapas: sacar la cárcel, convertir la Estación Mapocho en un museo y crear el Parque de los Reyes. La experiencia con los concursos en la época de Pinochet era mala, se llamaban y los proyectos adjudicados no se construían. Por tanto debimos motivar al Colegio de Arquitectos y a las principales firmas de arquitectura. Sin embargo, aquí participan muchos grupos y fue una decisión muy difícil. La estructura del jurado era complicada, estaba el ministro Ricardo Lagos, Hernán Rodríguez, que en ese momento era director del Museo Histórico Nacional, y numerosos arquitectos. Un jurado grande con el cual funcionamos en el Museo de Arte Contemporáneo, que en ese momento estaba abandonado. Finalmente fue una decisión de muchas vueltas porque los políticos estábamos alineados con modelos mucho más invasivos y los arquitectos preferían mantener el espíritu de la arquitectura original. Muchas veces empatábamos y al final se decidió por restaurar su versión inicial, proyecto que finalmente lo obtuvo el grupo ganador en forma unánime.

»No había espacios culturales. Hicimos un equipo muy de selección. Su primer Secretario Ejecutivo fue Hernán Rodríguez que echó a andar las bases de este centro cultural. También nombramos a Pablo Trivelli en la asesoría de restauración. A corto andar llamamos al asesor en materias culturales del ministro de Educación y director de la Cámara del Libro, Arturo Navarro, quien se dedicó con tiempo a trabajar en la programación. Y una vez que entró a funcionar este centro, en 1992, Arturo pasó a ser su gerente general. Poco a poco Rodríguez tomó más el tema de la arquitectura y Navarro tomó la parte más operativa del centro. Hicimos cosas muy bonitas. Estuvo la Orquesta Filarmónica de Israel, funciones de ópera, de ballet y también de música popular. Mucho teatro a través de la compañía Gran Circo

Teatro de Andrés Pérez. Fuimos combinando distintas labores con actividades que generaban rentas, como eran las ferias. La sensación más fuerte que tengo hacia la Estación Mapocho —termina diciendo Ravinet—, es de paternidad».

Al recordar la Estación viene a mi memoria un día, tal vez fue en el año 1948, cuando vi subir al tren «ordinario», que demoraba desde la Estación Mapocho a la del Puerto cinco horas y veinte minutos, a un hombre con ropas raídas y una mujer que parecía no vivir en este mundo, llevando en sus brazos un pequeño ataúd. Querían enterrar a su hijita en el cerro Playa Ancha, pues eran de ese lugar. Vinieron a Santiago en busca de trabajo. El conductor lo miró y no quiso cobrarle y lo llevó hacia un extremo del carro de tercera, con el fin de que pusiese en el asiento el ataúd. Recuerdo que entró un ciego, después alguien le explicaría lo que pasaba, cantando acerca del toro «que voló en las Uropas». A pedido, cantó una de esas historias de entierros de angelitos, y no quiso recibir dinero. Creo que fue la canción «Despedimiento de anjelito»:

Adiós adiós madre amada
Adiós mi padre amoroso
Voi a poseer la Gloria
En un eterno reposo.

Adiós todo ser viviente
Ya voi pues a retirarme
Vino la muerte a llevarme
Por la mano Omonipotente
Adiós todos los dolientes
Adiós vida desgraciada
Ya di fin a mi jornada
Adiós que ya me ausenté

Voi a rogar por usté
Adiós madre amada.

Adiós todo el firmamento
Adiós digo en jeneral
Adiós pila bautismal
Adiós Santos Sacramento
Adiós el feliz momento
Donde me hicieron dichoso
Para alcanzar de los gozos
En la Celestial mansión
Ya es mi separación
Adiós mi padre amoroso.

Adiós noble nacimiento
Adiós todo mi derecho
adiós cariñosos pecho
Que me dieron alimento
Adiós que me voi contento
De este mundo de ilusoria
Una alma meritoria
Que del Cielo es la lumbrera
No me lloren cuando muera
Voi a poseer la gloria.

Al subir a los trenes los niños preferían la palabra «encaramarse», entonces los padres solían recordarles el manual de buenas maneras que presidía la vida familiar de los niños de la clase media. En *El Lector Americano* (libro tercero) de José Abelardo Núñez, en el momento en el que los infantes deseosos de que se les comprase cuanto se vendía, pidiendo este mundo y el otro, se les recordaba las ventajas de una virtud fundamental, el ahorro (muchos años después don

Pedro Aguirre Cerda, en los comienzos de su gobierno —1938— sugirió que cada niño debía tener una libreta en la Caja de Ahorros. Una parte la pondría el gobierno, otra los niños, en forma de estampillas). En los tiempos de J. A. Núñez, los niños no experimentaban fastidio ante las advertencias de gastar la mitad de lo que se recibía. Por ello vale la pena reproducir los consejos del maestro: «Esta admirable institución de la Caja de Ahorros, tan útil sobre todo, para la clase obrera producirá este grande i precioso resultado: que los hombres del campo i los obreros de las ciudades tomarán el hábito de la economía i tendrán por consiguiente mas orden en el espíritu i en la conducta. Comenzad desde temprano, queridos niños, desde que en el aprendizaje de un oficio ganeis algo, sed un poco económicos i llevad una parte de vuestros beneficios a la Caja de Ahorros, si la hai en el lugar en que residís, o si no, asociaos con otros, consultad a los hombres de buenas ideas i conocimientos i fundad una. Depositad en ella vuestros ahorros i así haréis el presente mas feliz i el porvenir menos precario».

El arquitecto Hernán Rodríguez expresa lo que la Estación Mapocho significó para él en sus distintas etapas: «Cuando yo era niño, la Estación Mapocho para mí era el viaje a Viña. Una estación con gorras coloradas, carritos, tren, boleterías, con esos maravillosos halls curvos llenos de yesería. Yo me entusiasmaba mucho mirando esto porque cuando uno es niño y ve estas cosas las magnifica. Después las valoraba como algo mágico y más tarde, como una obra de arquitectura realmente relevante, que resaltaba un conjunto maravilloso de Santiago porque es el remate, el telón de fondo del Parque Forestal. Era la Fuente Alemana, Bellas Artes y Estación Mapocho, estos hitos que mostraban una ciudad pletórica —yo no tenía idea de lo que era en ese momento el Centenario—, que marcaban un horizonte urbano magnífi-

co, que en la imaginación de un joven las hacía comparables a los parises del mundo; entonces, yo encontraba que la Estación Mapocho era un lugar muy importante para la ciudad, y cada vez que pasaba en el auto, en la micro o caminando, era un agrado observar, redescubrir elementos de su estructura. También lamenté la pérdida de cosas que la estación tuvo en su pasado, porque en alguna ocasión la había visto en una fotografía original, y tenía dos cúpulas laterales y unas esculturas que salían delante de unos obeliscos de yeso que hay en su fachada. Las esculturas nunca más se han podido reponer y eran obra de un autor que probablemente murió hace cien años. Pero las cúpulas sí se repusieron en la última restauración, cuando se convirtió en centro cultural y realmente le devolvieron a la estación un perfil bien notable. Siempre aprecié mucho la estación —continúa—, creo que es parte del patrimonio de ciudad de jerarquía, de calidad, un espacio público al que podía acceder cualquiera, no solamente el palacio que uno miraba desde la calle diciendo —cómo será adentro—, sino que uno usaba estos halls y estos andenes que eran magníficos». Con respecto al deterioro de la estación, Rodríguez comenta: «También como muchos chilenos sufrí cuando se cerró la Estación Mapocho, cuando dejó de haber trenes y comenzó esta decadencia lenta que hacía suponer que terminaría en una demolición, que ya era un edificio obsoleto, un servicio que ya no se prestaba al público. Nunca más se entró a la Estación Mapocho, comenzaron las palomas a adueñarse de las cornisas, a dejarlas sucias, después vino el terremoto del año 85, en que dañó, especialmente las dos construcciones laterales, esos dos elementos quedaron muy destruidos, pero no así la fachada. En ese momento yo era un arquitecto viejo, así que era fácil para mí leer lo que significaban esas grietas y esos desplomes. Eso era demolición futura, próxima».

Pablo Neruda escribió una obra poética en memoria de la estación:

Oda a la vieja Estación Mapocho en Santiago de Chile

Antiguo hangar echado
junto al río,
puerta del mar,
vieja Estación rosada,
bajo cuyas
ferruginosas cavidades
sueños y trenes
saliendo desbocados
trepidaron
hacia las olas y las ciudades.
El humo, el sueño, el hombre
fugitivo,
el movimiento,
el llanto,
el humo, la alegría
y el invierno
carcomieron tus muros,
corroyeron tus arcos,
y eres hoy una pobre
catedral que agoniza.

Se fugaron los dioses
y entran como ciclones
los trenes ahuyentando las distancias.
De otro tiempo gentil
y miserable
eres
y tu nave de hierro

alimentó las crinolinas
y los sombreros altos,
mientras
sórdida era la vida de los pobres
que como un mar amargo
te rodeaba.
Era el pasado, el pueblo
sin banderas
y tú resplandecías
luminosa
como una jaula nueva:
con su cinta de barro
el río Mapocho
rascaba tus
paredes,
y los niños dormían
en las alas del hambre.

Vieja Estación no sólo
transcurrían
las aguas del Mapocho
hacia el océano,
sino también
el tiempo.
Las elegantes
aves
que
partían
envejecieron o
murieron en París, de alcoholismo
Otra gente
llegó,
llenó los trenes,

mal vestidos viajeros,
con canastos,
banderas
sobre amenazadoras multitudes,
y la vieja Estación
reaccionaria
se marchitó. La vida
creció y multiplicó su poderío
alrededor de todos los viajeros,
y ella, inmóvil, sagrada,
envejeció, dormida
junto al río.

Oh antigua
Estación,
fresca como un túnel
fueron
contigo
hacia los siete océanos
mis sueños,
hacia Valparaíso,
hacia las islas
puras,
hacia el escalofrío de la espuma,
bajo
la rectitud
de las palmeras!

En tus andenes
no sólo
los viajeros olvidaron
pañuelos
ramos

de rosas apagadas,
llaves,
sino
secretos, vidas,
esperanzas.
Ay, Estación,
no sabe
tu silencio
que fuiste
las puntas de una estrella
derramada
hacia la magnitud
de las mareas,
hacia
la lejanía
en los caminos!

Te acostumbró
la noche
a su vestido
y el día
fue
terrible
para tu viejo rostro
allí
pintado falsamente
para una fiesta,
mientras tu subterráneo
corazón
se nutría
de distantes adioses
y raíces.

Te amo,
vieja Estación
que junto
al río oscuro,
a la corriente turbia
del Mapocho,
fundaste,
con sombras pasajeras,
tu propio río
de amor intermitente, interminable.

Su acercamiento al proceso de remodelación de la estación se produjo de una manera gradual —cuenta Hernán Rodríguez—, ya que antes de que lo llamaran a tomar parte activa, le tocó ver de cerca y de manera muy entusiasta, el concurso público de arquitectos para restaurarla y darle un uso cultural, porque se pasó de la realidad de tener una estación abandonada, próxima a ser demolida, a la posibilidad de contar con un Pompidou en Santiago, «un reciclaje de un enorme edificio público, un D'Orsay; ya existía la tradición de convertir una estación en museo de arte. Así que era una cuestión de mucho entusiasmo y muy prometedora. Me acuerdo de haber ido a la exposición de anteproyectos en el Museo de Arte Contemporáneo. Este se llenó de las maquetas de los proyectos, deben haber sido unos veinte, algunos geniales otros locos, en fin lo que pasa en todos los proyectos de arquitectura, pero con una vitalidad impresionante. Bueno... de ese concurso salió el proyecto ganador que es de Montserrat Palmer, Teodoro Fernández, Ramón López y Rodrigo Pérez de Arce, que es un arquitecto chileno joven. Él estaba en Londres, se había dedicado a la docencia de la arquitectura en Londres y vino para este proyecto; Ramón López es un hombre con una enorme trayectoria en teatro,

Montserrat Palmer, es investigadora de la arquitectura metálica en Chile e hizo un libro sobre los puentes, el Pabellón París de la Quinta Normal; Teodoro Fernández también es un arquitecto joven con una mano muy notable, contemporánea, muy limpia. Entonces este grupo de cuatro era un grupo muy promisorio, cubría rangos muy amplios, desde una historiadora especializada en la cosa metálica, un hombre de teatro, Rodrigo que traía esta mirada desde Europa, el viejo mundo, y Teodoro, al que se le reconocían muchas obras de calidad. Ellos hicieron un proyecto muy bueno, en el sentido de que fueron conservadores. Había proyectos que llenaban el hall central de la nave, la construían. En cambio ellos conservaban todo el edificio y hacían el reciclaje con una intervención menor. Después de eso comenzaron las obras. Una anécdota graciosa, pero que en su momento nos asustó mucho, sucedió cuando estaban haciendo la remodelación de la entrada. La explanada del hall, en ese momento, no era tan plana, así que decidieron agrandar la loza y construir un espacio subterráneo. Tenían que hacerla de doble altura; por lo tanto, debía ser muy profunda. Esta historia grafica el tipo de situaciones con las que te puedes encontrar cada día. Como era un edificio tan antiguo y no se conservaban los planos originales, había que socalzar y verificar en terreno lo que había que hacer. A veces podía ser maravilloso y otras nefasto, cada día era una sorpresa. Nuestras oficinas estaban ubicadas en Balmaceda 1215, y podíamos ver el avance de las obras desde los ventanales. Un día apareció corriendo un obrero y me dijo: «Don Hernán se nos está inundando la excavación». Lo que había sucedido era que como antiguamente el río Mapocho era mucho más ancho y tenía distintos brazos, quiso recuperarlos. El río había sido canalizado a principios de siglo, pero ahora, al llegar la excavación de la sala de las artes a la parte más anti-

gua, donde se encuentran las piedras, y empezar a sacarlas, cada piedra se reveló y dejó entrar agua y agua y más agua del río Mapocho. El río aprovechó la posibilidad al ver un terreno frágil y quiso recuperar su territorio. La sala completa se inundó, hubo que llevar motobombas y extractores para poder sacar el agua y cimentar bien la base».

El alcalde Ravinet llamaba todos los días para saber sobre el avance de las obras. Quería saber qué sucedía, si el presupuesto funcionaba. El arquitecto realza la situación de la estación como obra para un Santiago que no contaba con más de 400.000 habitantes. Lo impresionante para él reside en que se construyó el edificio para la estación de ferrocarriles, que resultó ser una obra magnífica. «Y todavía seguimos usando la misma infraestructura que se levantó para el Centenario; hoy día es un gran museo, un centro cultural. Santiago es una ciudad con poca memoria, con tan poca tradición que yo creo que hay que aferrarse a todo aquello que constituya algo de memoria. La Vega es memoria desde hace siglos. Un lugar donde están los nietos y a veces tataranietos de los fundadores, y yo encuentro que es una locura convertirlo en una cosa aséptica y llevársela a otro lugar; todo eso perfectamente puede convivir con una ciudad moderna, siendo un factor de identidad, de vida». Acerca del sistema para reponer las cúpulas, Hernán Rodríguez explica: «En la Estación Mapocho los arquitectos tuvieron la sensibilidad de recuperar el perfil de las dos cúpulas laterales porque pusieron un sistema muy novedoso. Son las cúpulas virtuales, cintas metálicas dispuestas unas sobre otras. Son argollas, pero cuando tú miras a la distancia ves el perfil de las cúpulas, pero no son cúpulas propiamente tales. La Estación tampoco tenía fachada poniente, era una nave abierta al vacío, tú veías los cerros de Pudahuel; en cambio ellos cerraron con fierro y cristal. Es una puerta que

se mueve y tiene un mecanismo con un diseño muy contemporáneo, pero haciendo un complemento armónico con el edificio central».

Con respecto a la estructura metálica de la estación, Rodríguez dice que es entera de la época y que la original tenía un sistema de lucernario diferente, «era toda iluminada o todos los bordes iluminados, y ahora está cubierta. Esa iluminación desapareció antes de que nosotros naciéramos. El proyecto original, al parecer, en vez de tener zinc tenía algún tipo de cristal, entonces la nave era muy iluminada. Ahora lo más interesante es que el techo de la estación es de cobre. El proyecto original no lo consideraba de cobre; apremiados por el bajo presupuesto, surgió la idea de pedirle el techo a Enami. Sería una carta de presentación. Y así fue. La empresa Madeco hizo un esfuerzo y construyó planchas especiales, y así nació este techo de cobre que es muy bonito, ya que da un color oro viejo muy atractivo».

El pleno funcionamiento sorprendió a la Corporación con Arturo Navarro como Director Ejecutivo y un Directorio integrado por el ministro de Educación, el alcalde y por personalidades representativas del mundo cultural como la galerista Carmen Waugh, el músico Jaime de Aguirre, el arquitecto del equipo de la remodelación Ramón López, el escritor Antonio Skármeta, y la historiadora Lucía Santa Cruz. Luego de completar un período, De Aguirre —con nuevas responsabilidades ejecutivas en TVN— fue sustituido por la cantante Cecilia Echenique y Carmen Waugh pidió reemplazo, que fue asumido por el abogado y experto en artes visuales José Zalaquett. La administración lograba la meta del autofinanciamiento, alcanzada fundamentalmente por los ingresos derivados del arriendo del espacio para ferias comerciales, que cubren más del ochenta por ciento de los gastos, de los estacionamientos, del porcentaje de renta

de los locales comerciales y la administración de proyectos de la Ley de Donaciones Culturales.

Agustín Squella, en su libro *El jinete en la lluvia. La cultura en el gobierno de Lagos*, resalta lo que ha significado el Centro Cultural Estación Mapocho desde que el presidente Patricio Aylwin decidió «convertir el sitio en un gran centro cultural y preservar de paso su valor patrimonial. Una decisión atinada y visionaria, porque no poco de lo que acontece culturalmente hoy en Santiago tiene su sede en la ex Estación Mapocho... cuya orientación superior corresponde al directorio de una corporación, y cuya dirección ejecutiva ha estado a cargo de Arturo Navarro, quien ha instalado allí, exitosamente, un modelo de gestión abierto a actividades de muy diverso tipo, con vistas al autofinanciamiento del espacio a su cargo. Un modelo de gestión que no ha estado exento de críticas, pero que Navarro ha sabido mantener con convicción, y que va desde la fiesta de cambio de gobierno, en 2000, hasta... la despedida del Gato Alquinta; desde un concierto de Caetano Veloso a la Bienal de Arquitectura o desde la sede de la postulación al Fondart, en 2004, hasta lugar de la comida oficial de los líderes de los veintiún países miembros de la APEC, también el mismo año».

Se intervino un lugar que ya era solo memoria, ausencia, en ruta a su destino: la ruina. Y eso salvó, en un nuevo espacio, el de la cultura abierta, aquel sino. Se revivió la estación, situándola con miras vastas al siglo XXI. Aquí está presente una forma del cambio de la mirada del hombre, un sitio que ofrece los vínculos de una preocupación estética y de la voluntad humana. «Ningún paisaje en el que haya intervenido el hombre escapa a esta mirada vinculante que vuelve a reunir las cosas, vuelve a pegarlas y las interpreta como un conjunto coherente —un puente, un túnel, una torre, una curva en el camino—», escribe

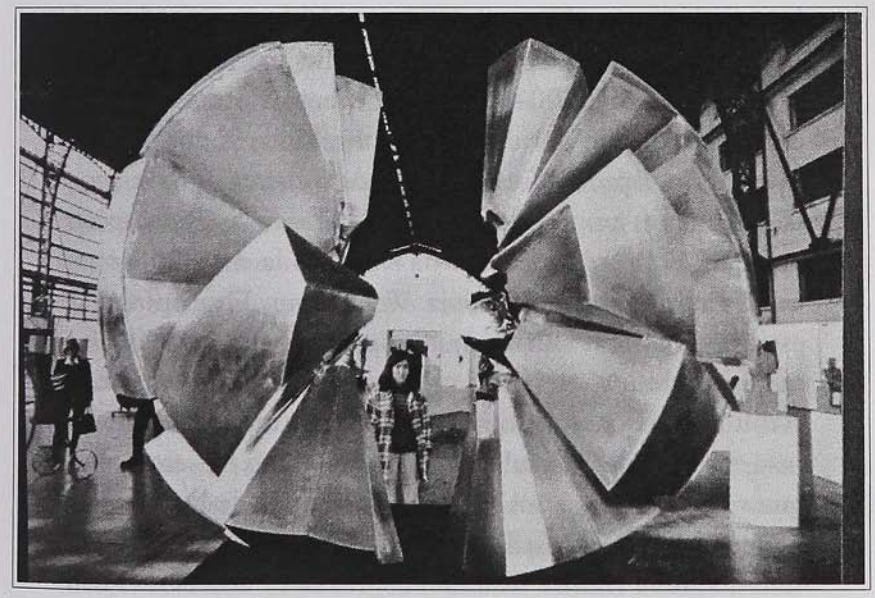
Stefan Hertmans en un libro muy bello que se llama *Ciudades*.

Los que nada hicieron por salvar este lugar hermoso, durante la dictadura, se verán condenados, en el círculo del Infierno que les corresponda, a ver pasar entre líneas sin término esos trenes vacíos, mecidos apenas por el viento norte, inmóviles y herrumbrosos como los que pintó maravillosamente ese dueño de los prodigios que es Álvaro Bindis. Los otros aspiraban a que triunfara el vacío, proyectando en él sus propias vidas.

En la Estación, ahora Centro Cultural, se han destacado algunos hitos, como la Feria del Libro, que comenzó en el local aún sin remodelar, en 1989, alcanzando aquí su carácter internacional. Especialmente relevante fue la feria de 1998 dentro de la cual el Centro Cultural Estación Mapocho en conjunto con la Embajada de Chile en Sudáfrica organizó el Encuentro internacional «Escribiendo el Sur Profundo», con escritores australianos, sudafricanos y chilenos, asistiendo por primera vez a la feria un Premio Nobel de Literatura: la escritora Nadine Gordimer, que dialogó con sus compatriotas Zakes Mda y Wally Serote, los chilenos Ariel Dorfman y Antonio Skármeta y los australianos Peter Carey, André Brink, Helen Garnier y Roberta Sykes. Los asistentes a la Feria de ese año recuerdan aún algunas de las palabras de bienvenida del Director Ejecutivo: «...Doy la bienvenida a las notables escritoras y escritores chilenos quienes, con singular éxito, están dando placeres imposibles a los lectores y dejando en evidencia cuántas más horas debería tener el día para poder encontrarnos calladamente con sus creaciones (...). Esta Feria comienza marcando una vez más el momento en que el libro se vuelve protagonista de una vida cada vez más agitada y sin duda inútil si no la matizamos con

viajes y aventuras, una de las cuales, ¿por qué no?, podría comenzar hoy así: Había una vez una estación de trenes que se convirtió en palacio, pero no un palacio de cristal, sino un enorme palacio de libros y todos sus habitantes eran muy felices porque leían todos los días...».

La Bienal de Arquitectura se trasladó al Centro Cultural Estación Mapocho desde el Museo de Bellas Artes, en 1995. Junto con reflexionar sobre el sentido y la calidad del espacio público como generador de una mejor calidad de vida para los habitantes de Chile, la bienal entrega propuestas concretas que se desarrollarán en diferentes ministerios y la Municipalidad de Santiago, a través de concursos. Desde la primera Bienal de arquitectura, realizada en Santiago en 1977, los chilenos cuentan con un extenso catastro de la labor de arquitectos y urbanistas.



::: Exposición retrospectiva: «Cincuenta años de la Escultura Chilena», 1996. (Foto: Luis Navarro.)

«Teatro a mil» nació en el Centro Cultural Estación Mapocho en enero de 1995, y ocupó sus instalaciones verano a verano hasta 2001. El hoy «Festival Internacional Teatro a Mil» —FITAM— tiene su génesis a en la década de los noventa en un momento en que el teatro nacional volvía a ocupar un espacio importante en el quehacer cultural, pero orientado casi específicamente a un público de élite. Las circunstancias sociales no habían permitido que la teatralidad nacional tuviera una explosión similar a la demografía del país. La primera versión del festival sorprendió a varios con la Trilogía Testimonial de Chile del Teatro La Memoria, el Teatro La Troppa y el Teatro del Silencio con su «Taca-taca mon Amour». En 1996, el «Teatro a mil» ya se presentaba con algunos cambios, la inclusión de montajes internacionales llevarían al FITAM a convertirse en uno de los eventos más importantes de Latinoamérica. Muchos de los intercambios de información comenzaron a producirse gracias a la Red de Promotores Culturales de Latinoamérica y el Caribe. A partir del año 2000 se amplió el evento a otras salas de la capital, pudiendo dar cuenta de que el interés por el teatro abarcaba a espectadores de distintos sectores de Santiago.

Uno de los momentos más recordados es la «Retrospectiva 50 años de escultura chilena», realizada en 1996 y organizada por la curadora Silvia Westerman. El propósito de esta, hasta ahora, única exposición antológica de la escultura nacional fue mostrar las obras más representativas de los escultores chilenos desde 1940 hasta los años ochenta. Artistas como Lili Garafulic y Marta Colvin expusieron obras que van desde los años 40 hasta mediados de los 90. Juan Egenau, Sergio Castillo, Mario Irarrázabal, Francisco Gacitúa, Iván Daiber, Marcia Fuentealba, Luisa De la Fuente y Francisca Núñez fueron algunos de los creadores que estuvieron presentes con sus obras.

Notable fue la Conferencia del físico inglés Stephen Hawking, en agosto de 1997, quien dictó una charla magistral ante el conmovedor silencio de cinco mil jóvenes, que no se interrumpió desde el mismo momento en que el científico minusválido ingreso a la gran nave dirigiendo su silla de ruedas junto a a los acordes de «The Wall», hasta que habló de los hoyos negros y de la estructura del universo.

«El Desquite» fue una de las obras mejor criticadas en el año 1997. Fue puesta en escena por la compañía Teatro Sombrero Verde y dirigida por Andrés Pérez. María Izquierdo, Willy Semler, Boris Quercia y Aldo Parodi son los protagonistas de una obra que estuvo más de un año en cartelera en la Casa Amarilla, antigua morada del jefe de estación y que actualmente es sede de la Fundación Nacional de Orquestas Infantiles y Juveniles. Esa misma sala, durante seis meses, fue testigo de la construcción de la delicada escenografía y los prolijos ensayos de la obra «Gemelos» de la compañía La Troppa, que saltó a escenarios internacionales con esta puesta basada en la novela de Agota Kristof *El gran cuaderno*, desde el Centro Cultural Estación Mapocho.

La Orquesta Filarmónica de Israel, dirigida por Zubin Mehta, se presentó una fría tarde de agosto de 1997. Los tres mil invitados —entre los que estaban los integrantes de las orquestas juveniles y los estudiantes de música de los conservatorios nacionales— ovacionaron al maestro indio y a su orquesta de 120 maestros. Obras de Mozart, Richard Strauss y Brahms fueron interpretadas magistralmente con una «jerarquía difícil o imposible de superar», según lo afirmó en *El Mercurio* el crítico Federico Heinlein: «El aporte luminoso de los vientos y la sonoridad esbelta de los arcos fueron vehículo de la tragedia latente bajo la tersa superficie. La sección desarrollo recibió particular elocuencia, y la energía del maestro se hizo sentir en cada detalle». Del maes-

tro Zubin Mehta se resaltó su talante y fuerza para dirigir, especialmente los movimientos finales. Un éxito de proporciones que contó con un excelente sonido y que alcanzó especial solemnidad cuando al inicio la orquesta interpretó los himnos nacionales de Chile e Israel. El propio maestro Mehta comentó al partir, ya en el Aeropuerto de Santiago, que recomendaba calurosamente este escenario y su entusiasta audiencia. De hecho sus dos siguientes visitas a Chile —2001 y 2005— fueron patrocinadas por la Corporación Cultural de la Estación Mapocho, que presentó el proyecto ante el Comité de la Ley de Donaciones Culturales y administró los fondos recaudados por el presidente de los amigos chilenos de la orquesta, Isaac Frenkel, entre empresas que la auspiciaron.

Gran éxito tuvo, también en 1997, la compañía catalana La Fura dels Baus. Más de diez mil personas tuvieron la oportunidad de conocer un experimento artístico que rompe con todos los esquemas y cánones del teatro tradicional, incluyendo actores devorando trozos crudos de pollo en escena. Con una producción extraordinaria y con una interacción con el público que los chilenos no conocían, se convirtieron en un referente de las nuevas tendencias de las tablas por su despliegue escénico y la magia que entregaban a los espectadores amantes de las nuevas tendencias de teatro y danza.

La notable Expocumbre de las Américas nació de la idea de acercar la Segunda Cumbre de Presidentes de las Américas a la ciudadanía. Así, en abril de 1998 los chilenos pudieron participar en ella a través de la cultura, por encargo del presidente Eduardo Frei Ruiz Tagle al equipo del Centro Cultural Estación Mapocho. Diversas muestras estuvieron presentes gracias a la colaboración de las Embajadas de los países americanos. El entonces reciente descubrimiento ar-

queológico el Señor de Sipan, desde el Perú, el jazzista Herbie Hancock y el instalador Sam Giliam por Estados Unidos, una muestra del Museo del Oro de Colombia, el Ballet Folclórico Moderno de Guatemala, el Museo de Plumas del Paraguay, los voladores de Paplantla de México y una muestra de gastronomía de las Américas fueron algunas de las manifestaciones que destacaron en Expo Cumbre que recibió a más de 250 mil visitantes en menos de una semana. Antonio Skármeta, en su columna de revista *Caras* titulada «La cumbre y el colmo» destacó: «Los tediosos funcionarios culturales de algunos países no captaron en toda su dimensión que adjunta a la Cumbre de Presidentes Americanos, Chile organizaba una muestra cultural, básicamente en la Estación Mapocho y con la idea de que la discusión en las nubes se vinculara con el arte de la tierra. Algunas naciones, independiente de su tamaño o ingreso per cápita, trajeron potencia y frescura; otras, que son dueñas de grandes poetas (quizá en la oposición), arrumaron en las vitrinas algunos libros impresos en papel confort. Entre los primeros Haití, con su vibrante ballet y exquisitas pinturas, y francamente entre los segundos, Nicaragua. ¿Por qué? Está Ernesto Cardenal, Sergio Ramírez —recién ganador del Premio de Novela Alfaguara—, los artesanos de Solentiname, su música deliciosa, los recientes 100 años de *Azul*, de Rubén Darío, la obra de Coronel Urtecho... El público reverenció los gestos y obras magníficas traídas por las embajadas. Estuvieron grandes también Perú y Bolivia, los bailes de Centroamérica, la espectacularidad mexicana».

El presidente Ricardo Lagos quiso que el 11 de marzo del 2000, día en que asumió como presidente de la República, culminara en una Gran Gala Cultural celebrada en el Centro Cultural Estación Mapocho. Tenía muy presente que su segunda noche como presidente electo, luego de una estre-

cha segunda vuelta electoral, el lunes 17 de enero de 2000, debía ser especial. Se dirigió, por invitación de los actores que participaron en su campaña y que entonces realizaban el Festival Teatro a mil, al Centro Cultural Estación Mapocho a celebrar informalmente con el «mundo de la cultura» la victoria. En los medios de prensa se comentó que la gala de marzo fue una forma de hacer más cercana a la gente la transmisión del mando. Las puertas del Centro Cultural se abrieron a más de cuatro mil invitados, entre ellos quince presidentes y setenta delegaciones extranjeras que presenciaron un espectáculo que incluyó a Los Chileneros, La Orquesta Filarmónica, el coro del Teatro Municipal y la Orquesta Sinfónica Juvenil de Curanilahue, fundada por el propio Lagos cuando fue Ministro de Educación.

::: Gala cultural del traspaso de mando al presidente Ricardo Lagos, quien ingresa junto a su esposa, Luisa Durán. Más atrás, la ministra Mariana Aylwin, presidente de la Corporación Cultural Estación Mapocho y el alcalde de Santiago, Jaime Ravinet, vicepresidente de la Corporación. 11 de marzo de 2000. (Foto: Presidencia de la República).

Aquí, en este espacio habrían levantado un edificio mastodóntico, como la torre falaz imaginada por el ex alcalde Joaquín Lavín a modo de pareja híbrida con veinte o más pisos de celdilla que engullen el oculto encantamiento de la Estación. Pienso en la línea de lo referido por Hernán Rodríguez, cómo se mueven abajo todavía, ondulantes, las aguas del ancho cauce del río Mapocho, antes de ser canalizado. Las viejas fotografías dejan ver los tajamares rotos y el ancho de ese río que Joaquín Edwards Bello considera «solapado». Sospecho (y no he podido comprobarlo mediante esas fotografías) que en algún momento antes del sometimiento del río a ser un cauce fijo, y los trabajos iniciales de la Estación, debe haber existido un rancherío de corta duración en donde pululaban las miserias. No en vano la calle Santo Domingo recibió ese nombre, verdadero santo y seña, de Calle del Basural. Hoy, el Centro Cultural de la estación no corre el riesgo que mostró Marc Augé al hablar de «los no-lugares», en donde la naturaleza se ha reconvertido en un uso, en un lugar de paso, incapaz de conceder minutos al reposo, el lujo o la voluptuosidad de la calma. Citemos a Augé: «Los no-lugares son tanto las instalaciones necesarias para la circulación acelerada de personas y bienes —vías rápidas, empalmes de ruta, aeropuertos— como los medios de transporte mismos o los grandes centros comerciales, o también los campos de tránsito prolongado donde se estacionan los refugiados del planeta».

A contar del 2003, el Teatro Municipal y el Centro Cultural Estación Mapocho presentaron a la Ley de Donaciones Culturales un proyecto inédito que beneficiaría a miles de personas: el Festival de Verano titulado «Los grandes éxitos del Municipal». Gracias al aporte de empresas privadas, in-

olvidables producciones de ópera, conciertos y ballet han podido ser disfrutadas por un público de más de cuatro mil personas por función, de manera gratuita. Así, se han presentado «La Traviata», «La Bella Durmiente» y «Cascanueces» entre otros. Los asistentes retiran en tempranas horas de la mañana del mismo día de la función hasta dos invitaciones por personas. El Centro Cultural Estación Mapocho respeta especialmente a los adultos mayores y discapacitados, brindándoles la oportunidad de acceder a una fila especial. Habitualmente, esa fila privilegiada es encabezada por un no vidente que suele llegar de madrugada. Consciente de esa situación y con la anuencia del resto de los integrantes de la fila, en una oportunidad el director ejecutivo del Centro llevó personalmente sus entradas al no vidente, antes de abrirse las boleterías. El público aplaudió el gesto.

Joan Manuel Serrat cantó, acompañado por una gran orquesta, el 2 y 3 de abril de 2004 en el escenario del Centro Cultural Estación Mapocho presentando su disco *Serrat Sinfónico* como parte de la que sería su última gira americana previa a su operación de cáncer. Fue ovacionado en cada función por más de tres mil personas, incluido el propio presidente Ricardo Lagos y la entonces precandidata Michelle Bachelet que, para sorpresa de muchos, cosechó una premonitoria ovación al ingresar al espectáculo.

La velada cultural y cena ofrecida a los líderes de la APEC, en noviembre de 2004, fue uno de los momentos más tensos y de mayor exposición de la Estación a nivel universal. El presidente de Chile invitó a los 21 líderes que asistían a la Cumbre del Foro de Cooperación Económica Asia Pacífico a una cena de gala en el Centro Cultural Estación Mapocho. Asistieron el presidente de Estados Unidos George W. Bush,

el presidente de Rusia, Vladimir Putin, junto a los mandatarios de China, Perú, Australia, Singapur, Filipinas, Japón, Nueva Zelanda, México, entre otros, más un millar de invitados que disfrutaron de un completo viaje por el folclore y tradiciones chilenas, para terminar con una deliciosa cena de congrio, salmón, verduras salteadas, puré de habas y vinos chilenos. El protocolo se respetó cabalmente hasta la llegada del Presidente de los Estados Unidos, que venía escoltado por seis guardias de seguridad, a los que Carabineros impidió el ingreso ya que el acuerdo previo era que los mandatarios podían hacerlo por la puerta principal solo con un guardaespaldas; el resto entraría por una puerta lateral. Los policías chilenos forcejearon con la seguridad estadounidense, mientras el presidente norteamericano ingresaba al recinto y saludaba al presidente Lagos. El propio Bush, al percatarse de la situación, se dio media vuelta pidiendo que

::: Concierto de Joan Manuel Serrat, «Serrat Sinfónico», en la gran nave del Centro Cultural Estación Mapocho, 2 y 3 de abril de 2004. (Foto Luis Navarro.)

dejaran entrar al jefe de su guardia. El episodio de los forcejeos y el gesto de Bush en la puerta de la estación dio la vuelta al mundo y además fue destacado por TVN como la imagen del año en el resumen noticioso del 31 de diciembre de 2004, grabado en la puerta del Centro Cultural Estación Mapocho.

Entre los diversos personajes de todo el mundo acogidos en el Centro Cultural Estación Mapocho, se recuerda especialmente al mago David Copperfield, quien realizó diez presentaciones a tablero vuelto, en mayo de 1997. A la primera de ellas asistió el presidente Eduardo Frei con su esposa e hijas. Era un día lluvioso y las colas de público ocupaban varias cuadras. Al final de la función, el mago esperaba al presidente en una sala cercana a su camarín. Sigilosamente, la familia Frei se dirigió al lugar y allí conocieron también a la novia de Copperfield: la modelo Claudia Schiffer, vestida sin afeites y temerosa de los temblores. En el diálogo, el propio Copperfield le explicó que la sólida estructura de hierro de la Estación, depositada en rótulas no fijadas, era garantía de que en caso de temblores, sólo podrían oscilar levemente. La Primera Dama Marta Larraechea corroboró la tesis del mago, sorprendida de sus conocimientos del espacio en que actuaba. No era extraño, varias veces Copperfield fue, de incógnito, a visitar la estación y aprovechó de indagar sobre sus características.

Esas mismas características impactaron a un desconocido que fue sorprendido mientras enfocaba con un lente de cámara de cine el frontis del Centro Cultural. Era el director de cine francés Jean Jacques Annaud que visitaba locaciones para la próxima filmación de «Siete años en el Tibet». Se fascinó con la estación y resolvió en ese instante filmar allí la escena inicial en la que el protagonista —el actor Brad Pitt— tomaba el tren en una estación austríaca para iniciar

su viaje tibetano. Se hicieron los acuerdos correspondientes y comenzó en el mismo Centro Cultural la selección de extras para esta y otras escenas que se filmarían en Santiago, mientras el grueso se haría en Mendoza. Muchos jóvenes y jovencitas, la mayoría de rubio aspecto, alcanzaron a hacerse ilusiones de compartir pantalla con Pitt, pero los plazos y los presupuestos dijeron otra cosa: finalmente, la escena debió filmarse en la estación de Mendoza, con el inconveniente que fue preciso achicar mucho el plano que originalmente pensaba Annaud, pues esta se encuentra rodeada de locales comerciales impresentables en un filme ambientado en los años treinta. Así juega, para hacerse presente, el tiempo.

¡Qué poderosamente trabaja en mí la distancia! ¿Hay algo que me haya influido más que la distancia? ¿De ahí procede mi gusto por las sombras de la antigüedad, de las edades pasadas?, escribió Herder en el siglo XVIII. El problema, por cierto, consiste en no idealizar esas edades. Yo me curé en salud al leer en mi infancia un cuento de Augusto D'Halmar, «Las antiparras del conspirador», homenaje al Hans Christian Andersen de *Los Chanclos de la felicidad*. ¿Qué ocurre en la historia de D'Halmar? Un hombre que vive en un presente insatisfactorio, con una ensoñación, la de haber podido vivir en la Colonia —nuestra «Edad Media», la llamó Eduardo Solar Correa—. Portando antiparras, sale a la calle, y casi da de narices con el suelo, pues todo es barro y oscuridad; siempre, en su empresa pasatista, va de mal en peor. Lo único que desea es regresar a su periodo presente. Por suerte se le concede el deseo, y el forcejeo en el hoy lo conforta.

Pocos espectadores han sido más fieles al Centro Cultural que la actriz Ana González. Solía caminar desde su departamento ubicado en el edificio curvo de calle Miraflores frente al Parque Forestal, a participar de las diferentes acti-

vidades culturales. Por ello, celebrar su cumpleaños número 80 en el Centro Cultural Estación Mapocho fue algo natural. Se invitó a las floristas de la pérgola, al público y actores que quisieran rendirle un homenaje. Una compañía de teatro circo pugnó por presentar el avance de una obra que preparaban sobre la vida de Anita. Mala cosa. La homenajeada, al verse representada en escena con una roja nariz de payaso —habitual en este tipo de montajes— envió un sutil mensaje a los entusiastas actores: que mejor olvidaran el tema. Una década después, el 3 de septiembre 2002, surgió la posibilidad de reconocer a Anita —ya muy enferma— su significación para este Centro bajo la forma de una carta dirigida a ella, leída con ocasión de la presentación en la Sala de las Artes de un libro biográfico de Editorial Salesiana sobre ella.

::: Celebración de los 80 años de la actriz Ana González, con la presencia del presidente Eduardo Frei y el director ejecutivo del Centro Cultural Estación Mapocho, Arturo Navarro, 4 de mayo de 1995. (Foto Luis Navarro.)

El presidente Eduardo Frei fue también asiduo visitante durante su mandato. No sólo asistió entusiasta al cumpleaños de «la Desideria» sino que se lo sorprendió en una ocasión haciendo, con su familia, la fila del público que quería entrar a ver «La Negra Ester» en una función de solidaridad con el tío Roberto Parra. Para acelerar un poco su ingreso sin alterar al resto del público, se le hizo avanzar en forma discreta y lenta, proceso que debió detenerse cuando se acercó a un puesto de venta de dulces chilenos para reservar unos cuantos para el intermedio. Previendo eso, cuando se le invitó, en otra ocasión, al estreno de «La pérgola de las flores» se hizo la conveniente reserva de dulces para el entreacto. No obstante, la degustación fue interrumpida, al igual que la función que debió demorar unos minutos su reinicio, pues en ese preciso instante un eclipse presenciado por toda la familia presidencial desde el frontis de la Estación alegró la noche.

El catalán Jordi Solé Tura fue ministro de Cultura de España durante el gobierno de Felipe González. Bajo su mandato, el gobierno español quiso homenajear, en marzo de 1993, a la naciente democracia chilena, a través de una gran muestra literaria. Trajeron la notable muestra llamada «Letras de España»: ocho mil títulos, veinte escritores y un montaje espectacular en la Plaza de la Cultura y el hall del Centro Cultural Estación Mapocho que costó un millón de dólares. El resto del espacio estaba en plena remodelación, tanto que uno de los escritores se equivocó de puerta de acceso e ingresó, a horas de la inauguración de la muestra, por el costado de la calle Balmaceda. Se topó con un hoyo gigantesco y camiones moviendo tierra dentro de la nave central. Espontáneamente exclamó: «¡Pero hombre, esto no

va a estar listo para mañana!». La premura también jugó una mala pasada al ministro Solé Tura; en el solemne discurso inaugural de la muestra, ofreció «al pueblo de Egipto» este gran esfuerzo cultural. No reparó en el error geográfico, seguramente una mala pasada del computador en un texto anterior. Pero sí fue notorio para parte del público que se miraba incrédulo. La desazón pasó cuando el locutor, al finalizar la intervención ministerial, miró hacia el enorme montaje y dijo: «Efectivamente, esto ha sido una obra como las pirámides».

¡Salman Rushdie viene a la Feria del Libro de 1995! La noticia corrió como reguero de pólvora en los círculos literarios y... de seguridad. Tal vez por exceso de cautela, el Centro Cultural no fue oportunamente informado de la presencia del autor condenado por fundamentalistas islámicos. Finalmente, vino a Chile, dio una entrevista televisiva, y... no pisó el Centro Cultural Estación Mapocho. ¿Razones? «Fuertes e inéditas medidas de seguridad», según el propio Rushdie. El ministro del Interior, Carlos Figueroa, suspendió todas sus apariciones en público.

Mil novecientos noventa y cuatro fue un gran año para la literatura chilena. José Donoso cumplía setenta años el 5 de octubre, Nicanor Parra ochenta años el 5 de noviembre, y se celebraba el centenario de Pablo De Rokha. Cada uno fue motivo de grandes manifestaciones en el Centro. Nicanor celebró su cumpleaños en la Sala de las Artes, con un Machitún. Donoso asistió como siempre a la Feria del Libro y fue objeto de variados homenajes. Los seguidores de De Rokha comieron en uno de los restaurantes, el 8 de agosto, luego de inaugurar una placa recordatoria en el edificio vecino del ex Hotel Bristol. José Donoso falleció en 1996, durante la Feria del Libro. Una misa en su memoria, celebrada

en medio de miles de volúmenes, le dio una apropiada despedida mientras un pequeño grupo de amigos cercanos lo despedía en el cementerio de Zapallar. Ante la imposibilidad de asistir, el alcalde de Santiago solicitó al director ejecutivo del Centro Cultural Estación Mapocho que pronunciara las palabras de despedida en su representación. Otro orador fue el ministro de Educación, también presidente de la Corporación Cultural de la Estación Mapocho. Pepe Donoso partió un 8 de diciembre entre palabras asociadas a los espacios que más amaba en vida: las ferias del libro.

Pocos sabían que cuando Rubén Blades vino al Centro Cultural estaba a punto de ser candidato presidencial en su país, Panamá. Fue el primer evento realizado en la recién remodelada Plaza de la Cultura, en octubre de 1992.

También el rock pesado tiene una historia oculta. Recién creado el Centro Cultural, anunció visita a Chile el grupo Iron

::: El poeta Nicanor Parra afuera de la Casa Amarilla, 1997. (Foto: Luis Navarro.)

Maiden. El espacio estaba comprometido en esa fecha por el conjunto francés Mano Negra. En el intertanto, otras «manos negras» con motivaciones seudorreligiosas, presionaban a las autoridades para que no permitieran el ingreso al país de este grupo calificado de satánico. Más que acceder directamente a las demandas satanizantes, las autoridades prefirieron el camino de bloquear los espacios posibles. Así, el Centro quedó en una posición difícil pues existían negociaciones directas, en Buenos Aires, entre los promotores de Mano Negra con los de Iron Maiden para transferirse las fechas. Resultado, no pudieron actuar en Chile pues se les negó el ingreso al país. El primero de septiembre de 1994, el Centro recibió el show llamado «Monsters of Rock», un trío de grupos de rock pesado —Slayer, encabezado por el chileno Tom Araya, Black Sabbath y Kiss—. Once mil cabecitas juveniles repletaron esa noche la gran nave. Varios funcionarios del centro recibieron solicitudes para obsequiar y hasta vender sus credenciales al final del pacífico recital. Los vidrios del Centro, recién estrenados pasaron su prueba de fuego al resistir las fuertes vibraciones de los potentes decibeles del rock pesado.

En mi época juvenil, no era fácil tragarse la manzana y la moralina al mismo tiempo, cosa que comprobé más de una vez. Como yo sabía leer antes de ir al colegio, mi abuela me entregaba *El Lector Americano*, el libro primero de José Abelardo Núñez, ese héroe civil y laico de la educación criolla. Se contaba que los maestros dirían: «¡Qué niño tan malo;/ no jueguen con él!», lo que constituía una diatriba en contra del deseo de repetir la tentación adánica.

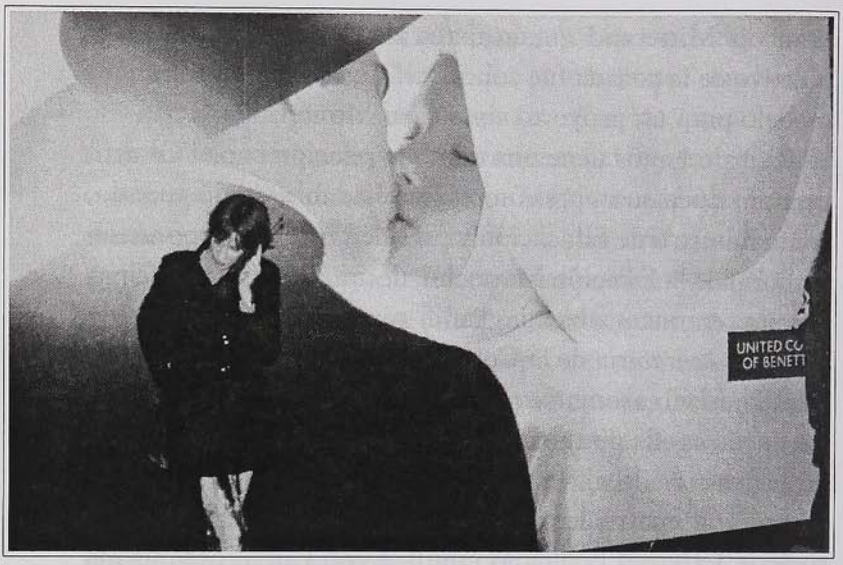
El presidente uruguayo Julio María Sanguinetti, en visita oficial a Chile hizo una escapada al Centro Cultural, camino al aeropuerto. Apenas entró, fue directamente a la Librería Andrés Bello, en la que compró varios libros, y para sorpresa de sus dependientes, les comentó las *Memorias* de

Francois Mitterand que acababa de aparecer. Pero el real objetivo de la pasada fue conocer el Centro que usaría como modelo para un proyecto similar en Montevideo.

Ricardo Lagos tiene una dilatada relación con el Centro, pero sin duda su impresión más inolvidable surgió cuando, como ministro de Educación y presidente de la Corporación Cultural de la Estación Mapocho, decidió visitar las oficinas de esta, entonces ubicadas en el sexto piso de Balmaceda 1215. La secretaria de la Corporación fue la más sorprendida cuando vio asomarse por una puerta el rostro del ministro mientras ella pintaba sus uñas. Pero más impactado quedó Lagos cuando al bajar e ingresar a la nave central se encontró con cuatro leones durmiendo literalmente «a pata suelta». La visita coincidió con la Expo Circo, organizada por el sindicato circense que encabezaba el domador Tomás Azócar, quien había aprovechado un horario cerrado al público para capar a sus jóvenes leones. Los sedó, luego los sacó de su jaula y los depositó en el piso de la gran nave y procedió a la operación. Lagos había llegado, afortunadamente, al post operatorio.

Oliviero Toscani estuvo en la estación. ¡Y cómo! El famoso fotógrafo de Luciano Benetton presentó una muestra de sus fotografías gigantes, sin tapujos pero con cortes. Efectivamente la gigantografia escogida para instalarse en la Plaza de la Cultura como anuncio de la exposición fue brutalmente acuchillada por desconocidos una noche, lo que obligó a ponerle guardia permanente. El interior fue sin censuras. Tanto que mientras se mostraba la serie en Santiago, una réplica de la misma fue censurada en Alemania y, en nuestro país, fue mutilada para presentarse en un centro comercial de Concepción, debido a «una sugerencia» del obispo local.

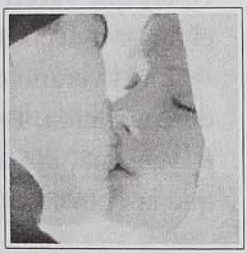
Entre las curiosidades de los personajes visitantes a la Estación Mapocho, destaca el gesto de Víctor Hugo Cárde-



::: Exposición del fotógrafo italiano, vinculado con Luciano Benetton, Oliverio Toscani, titulada «Toscani al muro», 1995. (Foto: Luis Navarro.)

nas, vicepresidente de Bolivia de origen aymará, quien usaba una banda presidencial muy simbólica. Era una hermosa bufanda de vicuña. Con ella orgullosamente cruzada sobre el pecho inauguró la muestra «Bolivia, la magia de su diversidad», que sorprendió a los chilenos por la calidad, valor patrimonial y heterogeneidad del arte y cultura del país vecino. Cuadros coloniales, platería valiosísima, grupos de danza, bandas de bronces, cuidada artesanía en madera, gastronomía variada y hasta la entonces semidesconocida cerveza Paceña, adornaron en dos oportunidades con gran éxito de público el Centro Cultural, gracias a la gestión y perseverancia del Cónsul General Herman Antelo y su agregada cultural, Marisol Pareja. Hasta el alcalde Ravinet recibió a domicilio un cariñoso saludo de los bailarines bolivianos que se fueron danzando en colorida procesión desde el Centro Cultural Estación Mapocho a la Plaza de Armas.

Como son habituales en nuestro país el mal clima y los desastres naturales, se ha convertido en tradición el realizar actos solidarios en el Centro Cultural Estación Mapocho, en beneficio de los damnificados. Así lo testimonian espectáculos masivos para recolectar dinero o especies para ir en ayuda de los afectados por los temporales en el sur de Chile, el terremoto de Tarapacá y hasta catástrofes internacionales como el tsunami de Asia o los tifones de Centroamérica. El primero de ellos fue de solidaridad hacia los enfermos de sida, atendidos en su clínica por el sacerdote Baldo Santi. En algún momento de intenso trabajo, el sacerdote escuchó la confesión de que parte de los funcionarios del centro eran muy aficionados al aceite de oliva, entonces poco divulgado en Chile. Terminado el ajetreo, hechos los balances y casi olvidado el acto solidario por la presión de nuevas actividades, llegó hasta las oficinas del Centro Cultural una caja con doce botellas de aceite de oliva italiano de buena marca. Era el «pago» del padre Santi por la solidaridad recibida. Nunca se pensó que el uso de un recinto cultural iba a ser retribuido de esa sabrosa manera. Aunque se había recibido de otro religioso, el entonces vicario para la Juventud Rodrigo Tupper, un pago espiritual: reunidos para ver cómo presentar a la Ley de Donaciones Culturales un Programa Cultural para los Jóvenes de América que acompañaba un masivo Encuentro Continental de Jóvenes, Tupper advirtió compleja la aprobación por el alto costo involucrado. «No se preocupen —dijo— vamos a rezar por ello». Ante el asombro de los presentes, continuó: «Tengo unas monjitas a las que llamo por celular y les pido que recen. Le diré que lo hagan por ustedes». El programa fue aprobado y el encuentro resultó un éxito.



Pero no solo actividades solidarias han visto los muros de la estación. Con mucha mayor constancia, durante siete meses de 1996, un grupo de ocho diputados de todas las tendencias con representación parlamentaria y dos decenas de gestores culturales se reunían los martes a las ocho y media de la mañana —«los martes orquídea», los bautizó Marta Cruz Coke— para preparar el Encuentro de Políticas Públicas, Legislación y Propuestas Culturales que tuvo lugar en el edificio del Parlamento en Valparaíso, el 15 y 16 de noviembre del mismo año. La reunión, en cifras, superó todas las expectativas: más de 600 asistentes, seis talleres de trabajo, 120 demandas del mundo de la cultura. Todo ello había sido detalladamente preparado en esas sesiones en la mesa redonda de la Sala María Luisa Bombal. La historia que siguió es conocida: el presidente Frei creó una Comisión Asesora en Cultura que acogió los planteamientos allí surgidos y el presidente Lagos los convirtió en realidad al aprobarse la Ley que crea el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes.

La Sala María Luisa Bombal. No puedo evitar el recordarla. Fue en el año 1964, cuando la conocí. Se mostraba melancólica y confesaba tener más amigos entre los muertos que entre los vivos. Soñaba con un infierno de verdad donde ardieran por siempre los envidiosos. No le gustaba hablar del tiempo y eludía el tema. «Con el tiempo no se juega, es un tramposo que parece no ver, pero está allí, allí, detrás de todas las puertas, en las casas en donde se odia y en las otras, en las que yacen los malos amantes, los que no saben hacer el amor», decía sin bajar la voz ni esperar una respuesta.

En el verano de 1971, fui a verla a Viña del Mar. Se veía desencantada. Pensaba que todo se estaba muriendo, como ella misma, día a día. En la ciudad no hallaba rastros de lo que la entusiasmaba en el pasado, prefería hablar de lectu-

ras clave, de heroínas, de dramas. Al parecer se buscaba a sí misma en los héroes del descontento, de la abulia, del fracaso. Hablamos de Knut Hamsun, Goethe, Willa Cather, Emile Zola, Visen. Me dijo que, al igual que Colette, después de *La última niebla*, comenzó a sentir fobia del papel blanco y que no podía escribir sin sentir de inmediato «el ritmo, el ritmo, el ritmo».

En el hospital, ya en vísperas de su muerte, me habló de caballos que corrían piafando entre la niebla de la mañana en algún lugar del sur. Sí, los caballos, esos seres que no se humillan ni adulan. Recordé las imágenes de Paolo Uccello, los caballos de la larga galería de Delia del Carril. Cinco días después de mi visita y del monólogo sobre los caballos María Luisa Bombal murió. Yo recordaba una conversación que sostuvimos mientras paseábamos en Victoria por la avenida Perú; me hablaba de que el pelo sigue creciendo después de la muerte —ella había decidido que en sus novelas jamás existiría una heroína de pelo corto—; las uñas también siguen creciendo, agregó aterrada, cuando le pregunté por el carácter obsesivo de *La amortajada*. «Yo creo que el mundo olvida hasta qué punto vivimos apoyados en lo desconocido. Hemos organizado una existencia lógica sobre un pozo de misterios. Hemos admitido desentendernos de lo primordial de la vida que es la muerte», escribió María Luisa, mientras perseguía el ritmo en los enigmas.

En el Centro Cultural Estación Mapocho, en marzo 2001, los gobernadores del Banco Interamericano de Desarrollo se reunieron en cita habitual, esta vez por invitación del ministro de Hacienda de Chile, Nicolás Eyzaguirre. El encuentro se enlazó con la política de centralidad de la cultura en el gobierno de Lagos y con las políticas de infraestructura y gestión cultural que desarrolla desde comienzos de 2000. La inversión en cultura es rentable. Los diez millones de dóla-

res que el Estado de Chile dispuso para rehabilitar, entre 1991 y 1994, la antigua estación de ferrocarriles, permiten que ese mismo Estado ahorre una cantidad de recursos quedando la inversión en un espacio que es monumento nacional y propiedad del Fisco. Un busto del economista Felipe Herrera frente a la Casa Amarilla testimonia esta reunión de economistas en un «maravilloso espacio cultural», como lo calificó el presidente del BID, Enrique Iglesias, en esa oportunidad.

He hablado antes del libro de J. A. Núñez. Yo, antes de leerlo, amaba las estaciones. Me gustaba la belleza de los trenes, las gorras de los «corteros», los carros en los que llevaban las maletas, el poder mágico del conductor y la curiosidad de ver al maquinista asomar su cabeza para avisar de la partida. Sin embargo, en 1909, fecha del libro mencionado, que aún me acompaña, antes de que se terminara de construir la Estación Mapocho, el maestro ofrecía una página inolvidable en la cual se incitaba al descubrimiento de una estación como ella en la lectura número 52, que no puedo dejar de ofrecer aquí, rumbo al encuentro de las nostalgias y de la idea de futuro que hay sobre las ventajas del viaje y la lectura. Con la ortografía de don Andrés Bello: «Las personas que viajan i desean hacerlo por la vía férrea tienen que dirijirse indispensablemente a la estacion del ferrocarril. Las mercaderias se embarcan i desembarcan en las estaciones.

»Varios son los departamentos de que se compone una estación: la oficina del jefe ocupa la parte principal de ella, encontrándose ya en el primer piso o en el segundo, según sea la distribucion del edificio. A la oficina telegráfica, que es otro departamento de los que necesariamente debe tener una estacion, llegan noticias de las estaciones inmediatas anunciando la partida o llegada de un tren. La boleteria i la

sala de espera se encuentran siempre en el primer piso. Enseguida vienen las bodegas de equipajes i de carga; en la de equipaje se colocan i pesan los bultos que pueden embarcarse en un tren que conduce a los pasajeros; en la de carga, los grandes i pesados bultos que transporta el tren de carga. Otros departamentos que hai tambien en una estacion son los galpones o barracas para los carros, la casa de locomotoras, la maestranza i las carboneras. El estanque con el depósito de agua que surte a las máquinas, está colocado casi siempre en uno de los estremos de la estacion. Los pasajeros deben llegar a tiempo a la estacion con el dinero listo para comprar el boleto, a fin de no incomodar a los demas viajeros que se detienen en la boleteria con el mismo objeto. Para que no se estravien los bultos deben rotulárseles mui bien, con el nombre de su dueño i la indicacion del lugar adonde van dirijidos».

Me dejaba llevar por el ritmo del tren asociado a la lectura número 38, «La tentación», de J. A. Márquez: «¡Qué linda en la rama/ la fruta se ve!/ Si lanzo una piedra/ tendrá que caer./ No es mío este huerto,/ no es mío, lo sé;/ más yo de esa fruta/ quisiera comer».

A propósito de lecturas, a un costado de la calle Balmaceda se encuentra la «Sala de Lectura de Prensa de la Biblioteca Nacional» en el Centro Cultural Estación Mapocho. Se trata de un salón amplio con grandes mesones que comenzó a funcionar en 2002, año del inicio del convenio con la Biblioteca Nacional. «El lugar fue cedido para traer revistas y diarios de la semana que la gente puede leer gratuitamente y sin la necesidad de entregar su carné», dice José Arellano, encargado de la sala. Según él, el lugar provoca que la gente del sector se acerque y lea. «Viene todo tipo de gente, más hombres que mujeres por el barrio. A veces hay profesores, otras veces grupos de jóvenes. Viene de todo», dice. La sala tiene un ejemplar de cada diario y revista y recibe en promedio de 50 a 60

personas diarias en un horario de 10.30 a las 17.30 horas, de lunes a viernes y los sábados de 10.00 a las 14.00 horas.

Por el mismo costado del centro cultural y en el segundo piso, se encuentra la «Sala Joaquín Edwards Bello». Especialmente acondicionada para la exhibición de fotos, este espacio se habilitó como tal el 2001 y ha recibido exposiciones de consagrados como Juan Domingo Marinello, Jorge Aceituno y patrimoniales, como la muestra del argentino Fernando Paillet, en 2004. También le ha dado espacio a jóvenes talentos como Italo Arriaza, Rodrigo «Kelle» Gatica y Alexis Díaz.

El salón más nuevo y emblemático del Centro Cultural Estación Mapocho es el «Salón Centenario». Ubicado en el primer piso e inaugurado hacia fines de 2004, fue creado con la idea de conmemorar los cien años del edificio y establecer un espacio diferente de los restoranes Transiberiano y El Andén, que se encuentran en la otra ala del centro cultu-

::: Salón Centenario, creado a fines de 2004 para conmemorar esta importante fecha, que recuerda el inicio de los trabajos de construcción de la Estación, en 1905. (Foto: Luis Navarro.)

ral. Un lugar para el ocio, con mullidos sillones y aromático café. Allí se han realizado conferencias de prensa, presentaciones de libros como *La potencia de la memoria*, del fotógrafo del Centro Cultural, Luis Navarro Vega, y de la revista del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes: *Pausa*. En agosto de 2005 se presentó allí, ante un selecto grupo de académicos, sociólogos, gestores culturales y comunicadores el resultado del segundo Estudio de Intereses Culturales, encomendado por el Centro Cultural Estación Mapocho a la empresa Adimark, tal como se hiciera en 1995. Un análisis del estudio fue publicado, en artículo firmado por Arturo Navarro, en el suplemento «Artes y Letras» del diario *El Mercurio*, el 14 de agosto 2005: «El crecimiento del público del sector alto interesado en las actividades del Centro Cultural Estación Mapocho es reflejo de la superación de una cierta desconfianza con que vieron la creación de este, que se consolida como uno de las cuatro principales centros culturales junto al Municipal, el Bellas Artes y la Biblioteca Nacional».

En el mismo Salón Centenario, el 18 de agosto de 2005, el Sindicato de Trabajadores Independientes Folkloristas y Guitarristas de Chile y el Centro Cultural Estación Mapocho, premiaron a la canción ganadora de un inédito concurso de creación de una canción tradicional o de raíz folclórica en homenaje a la Estación Mapocho. El jurado, compuesto por Manuel Luna, presidente de los folkloristas, sus afiliados José Fuentes Pacheco; Silvia Urbina, fundadora del grupo Cuncumén, y Raúl Morales, más el ex Lucybell y gestor cultural, Marcelo Muñoz, premió «Desde lo más profundo» del autor José Cornejo Aliaga y el compositor Alejandro Bianchi, con la interpretación de Santiago Retti. Su texto recoge las diferentes etapas que vive el edificio:

Viajero impenitente de sueños y anhelos,
que hiciste tu morada junto al lecho de un río,
una casa paterna de espera y despedidas,
una estación del tiempo para Chile y sus hijos.

Santiago provinciano, urbano y citadino,
fue tu corcel de embrujos en cada primavera,
que al cabalgar tus pueblos hacia el azul gigante
se agitaron al viento pañuelos y banderas.

Valparaíso añora tu abrazo a la distancia,
la imagen sinfonía de tu alma pueblerina,
que desde lo profundo comparte tus cien años
que habitan en andenes de tu cultura viva.

Tu casa fue un encuentro de abrazos y recuerdos,
la posada más bella de la Patria viajera,
toda la geografía de mis libros abiertos,
la vigilia y el canto de amor y vida nueva.

Brotaron a tu alero la magia de las artes,
tertulias de poetas de Chile libertario
y el patrimonio eterno del hombre y sus culturas
fue todo el universo danzando por tus patios.

Valparaíso añora tu abrazo a la distancia,
la imagen sinfonía de tu alma pueblerina,
que desde lo profundo comparte tus cien años,
que habitan en andenes de tu cultura viva.

Estación del Mapocho, el alma de la Patria
continúa viajando en tu tren de la vida.

«Para mis queridos colegas y sabuesos de la Estación Mapocho», Cayetano Brulé, diciembre 2001. Así reza el texto de una caricatura que muestra al detective, en la sala de los guardias del Centro, la misma imagen que ocupa la portada de las ediciones populares de las novelas del detective cubano. La garita es llamada «Sala Cayetano Brulé», en honor al protagonista de las historias policíacas creadas por Roberto Ampuero, amigo de la casa y guionista de la serie de TV «Brigada Escorpión», cuyas locaciones fueron construidas y grabadas en un tercer piso del Centro. La sala Brulé es pequeña y allí se refugian los guardias del centro cultural, dependientes de José Zúñiga, el Jefe de Seguridad, bombero, experto en salvataje, como pueden atestiguarlo más de una docena de suicidas frustrados rescatados por Zúñiga de las aguas del Mapocho. Anteriormente, el lugar fue conocido como «El Barco» por sus ventanas redondas y su proximidad al cauce las aguas del río.

Desde su creación en 1995, el «Observatorio del Público» del Centro Cultural Estación Mapocho efectúa encuestas para conocer al público asistente, registrar las actividades realizadas y entregar anualmente los balances del Centro Cultural, conocidos como las «Diez Cifras». El siguiente es el detalle de los últimos diez años.

1995

Fue el primer año de funcionamiento permanente del Centro Cultural Estación Mapocho desde su creación. A las diferentes manifestaciones del año, asistió un público superior al medio millón de personas. Las principales manifestaciones teatrales del año fueron: «Teatro a Mil», «La Negra Ester», «El Ñato Eloy», «Homenaje a los 80 años de Anita

González», «Zaratustra», «Nautaluces», «El Desquite», «5 Sur». Las obras musicales: «La Estación en sol mayor», «Noche del Rock chileno alemán», «Orfeón coral de Venezuela», «Música barroca» del Instituto de Música de Santiago, «Festival Internacional de Coros», «Novena Sinfonía de Beethoven». 72 funciones de cine y video: «Cien niños esperando un tren» (Homenaje a los cien años del cine), «La verdadera leyenda del sub Comandante Marcos», «Cannes en Plaza Vespucio». Y once jornadas de danza: «Abril danza a mil» y el «V Festival nacional de danza».

Hubo 138 días de exposiciones, los que se agruparon en: 83 días de artes plásticas: «Toscani al Muro», «Las Meninas» de Arlequín, «X Bienal de Arquitectura», «Homenaje a los 30 años Pinacoteca de la Universidad de Concepción», «El Abrazo», acción de arte de José Szlam y Antonio Gil. 39 días destinados a la literatura: «Vicente Huidobro, la poesía es un atentado celeste», «Silar» y XV Feria Internacional del Libro. 16 días de manifestaciones pluriculturales: «Bolivia, la magia de su diversidad», «Día del niño en la Estación», «Vivir la vida», feria del adulto mayor; «Festival de ciencia, arte y creatividad juvenil».

Se efectuaron manifestaciones deportivas durante 20 días: «Concurso de saltos ecuestres», de la Federación Ecuestre y las «Competencias de la Federación de carreras y patinaje artístico». Durante nueve días hubo manifestaciones solidarias, las cuales no hubiesen sido posibles sin la realización de comerciales de congresos y ferias abiertas al público (Ecoferia, Expometal, Automotor, etc.).

El Centro Cultural Estación Mapocho aportó subsidios a la organización de actividades culturales. Los principales planes aprobados fueron: «Difusión del teatro» y «Terminación Sala de las Artes». Se habilitó un nuevo espacio para la cultura: la Sala Casa Amarilla, donde se presentó la obra

de Roberto Parra, «El Desquite». También se le encomendó a Adimark la realización de una Encuesta de Intereses Culturales. En este primer estudio realizado en el país sobre el tema, se reflejó el alto interés de la población por asistir al Centro Cultural Estación Mapocho.

1996

En 1996 el Centro Cultural, en sus diferentes manifestaciones recibió a 741.594 personas, y algunas de las exposiciones culturales del año fueron: «El Desquite», «Teatro a Mil», «Viaje al centro de la Tierra», «Cariño malo», «Un dulce aire canalla», «Historia de la sangre», «El ñato Eloy», «La niña de la Calaca», «Los amores del diablo en Alhué» y «Mitra la alquimista», «La Negra Ester», «La pérgola de las flores» y «Medea Material». Hubo también funciones de música: Tangos en la Estación, Festival de la música joven y 21 días de exposiciones literarias como la XVI Feria Internacional del Libro de Santiago, charlas de librería Andrés Bello, recital de Nicanor Parra en presentación del canal cultural de TV cable «Film & Arts».

El Comité de Donaciones Culturales, aceptó proyectos por casi doscientos treinta millones de pesos. Algunos de ellos fueron: 50 Años de la Escultura Contemporánea Chilena, 2° Ciclo de Cine Cannes y Festival Internacional de Teatro. Con excedentes de la gestión del año anterior se realizaron, conforme a proyecto original de remodelación, inversiones para terminar la Sala de las Artes. Durante siete meses el Centro Cultural fue sede de las reuniones periódicas del grupo de diputados y gestores culturales del ámbito público

::: «La pérgola de las flores», en versión dirigida por Andrés Pérez, septiembre y octubre de 1996. (Foto: Pedro Caroca.)

que convocaron al «Encuentro de Políticas Públicas, Legislación y Propuestas Culturales», realizado en el Congreso Nacional. En ese marco, se desarrolló una conversación con el investigador alemán Andreas Wiesand, Director del Centro para la Investigación Cultural de Bonn y una teleconferencia con Malcolm Richardson, subdirector del Comité Presidencial de las Artes y Humanidades (Estados Unidos).

Durante el año, el Centro Cultural fue honrado con las visitas de sus Altezas Reales el Rey Juan Carlos de España y la Reina Sofía, el presidente de Uruguay, Julio María Sanguinetti, la ministra de Educación y Cultura de España, Esperanza Aguirre, y el ministro de Comercio Exterior de Francia y vicealcalde de París, Ives Galland.

La aplicación periódica, durante las diversas manifestaciones culturales, de la Encuesta a nuestro público arrojó como resultado que un 60% del total de los concurrentes ha

visitado con anterioridad este Centro. Esto permite concluir que se ha logrado la consolidación de un público permanente del Centro Cultural Estación Mapocho.

Samuel Román, Marta Colvin, Lily Garafulic y Sergio Castillo son los únicos Premios Nacionales de Escultura. Todos ellos, a través de sus obras, estuvieron presentes en la gran Retrospectiva de Escultura Chilena realizada en mayo de 1996. Castillo, que habló en una ceremonia previa, se autocalificó como «gásfiter» al recordar cómo una antigua novia se lamentaba de ver sus condiciones de trabajo en medio de fierros, forjas y sopletes. Haciendo honor a ese carácter ríspido de su trabajo creativo, los escultores reemplazaron el corte de cinta tradicional en las inauguraciones por la destrucción de una escultura en yeso, por medio de sendos martillos blandidos por las autoridades presentes.

1997

Fue el año de la internacionalización del Centro Cultural Estación Mapocho, con manifestaciones de primer nivel mundial como Que Cir Que, La Fura dels Baus, la Orquesta Filarmónica de Israel dirigida por Zubin Mehta, el mago David Copperfield, el físico Stephen Hawking y la muestra «Francia 2.000». En sus diferentes expresiones, el Centro Cultural Estación Mapocho albergó, a 646.138 personas. Se recibió la visita de Arianne Mnouchkine, creadora y directora del «Theâtre du Soleil» y se presentó un ciclo de la trayectoria de Héctor Noguera, con seis obras, bajo el título «40-60, Camino de Noguera». Se realizaron también la XVII Feria internacional del libro de Santiago, la XI Bienal de Arquitectura, la «Semana Cultural de Haití» y el «Seminario gestión cultural» entre otras.

El Centro Cultural Estación Mapocho aportó subsidios a la organización de actividades culturales como: «Teatro a mil», Feria internacional del libro, Teatro en Otoño, Orquesta Sinfónica Nacional Juvenil y filmaciones: durante el año, fue locación permanente de la serie «Brigada Escorpión» de TVN y, durante cuatro meses, locación del equipo de la película chilena «Gringuito», dirigida por Sergio Castilla. Fueron aprobados por el Comité de Donaciones Culturales los proyectos: Presentación de la Orquesta Filarmónica de Israel en el Centro Cultural Estación Mapocho y el Teatro Municipal y Construcción de la Plaza Jerusalén, por más de 190 millones de pesos. Se realizaron también inversiones en el área de la iluminación de la gran nave y la instalación de dobles vidrios en las Salas Camilo Mori y Acario Cotapos.

Cuando veo los nombres en las Salas del Centro Cultural, pienso en Camilo Mori, que iba continuamente a Valparaíso en el tren. Era juvenil en su vejez, lleno de gracia, alegre y estimulante. Una vez iba con Maru Mori, su mujer, y parecían revivir ambos el gran cuadro de Camilo «La pasajera del tren». Le oí contarnos, a Carlos León y a mí, en el Café Riquet, del Puerto, la historia de cómo vio, antes de que se supiera de quién se trataba, al fornido asesino Dubois en un cerro. Camilo hizo un dibujo que reprodujo *El Mercurio*. El mejor relato que le oí, cuando íbamos en bus a Villa Alemana (yo vivía en una casa que tenía, por obra de un italiano, un monumento al choclo, que había hecho su fortuna. Mi padre se encantó al verlo; mi madre conocía al hermano de Camilo, al ingeniero). Camilo me contó la historia verdadera del crimen del pintor Jorge Madge. Se estimó como «crimen perfecto», porque nunca apareció el testigo principal que contempló, oculto, el momento en el cual el asesino lo vio. Se llamaba ese testigo Del Pedregal y era bai-

larín. René Vergara me dio el nombre del autor. No era crimen perfecto, sino que se suspendió la investigación «por razones de estado». Y Mori y Vergara lo sabían. No en vano este último era el jefe de la Policía Científica. Le dijeron que no hiciera «tutti y carambola». Al callar, llaman Santo. Y ahora uno entra a la sala de Camilo como a un templo o a una sinagoga.

Si uno ingresa a la Sala Acario Cotapos, es preciso pensar en ese hombre que era, por sí mismo, un retablo de maravillas, un animador. Joaquín Edwards Bello, ante cuya Sala del Centro Cultural Mapocho no hay nada que decir, porque él es un guía permanente en este viaje, escribió: «Cuando vamos en tren concertamos los ruidos monótonos de la locomotora y del convoy con algún aire musical, nunca de música clásica, por cuanto este no es acompasable con el tren. El tren ha tenido un espacio muy importante en nuestra vida, y por lo mismo, cuando llegamos a una estación ferroviaria, nos excitamos y aluviones de ideas antiguas surgen de improviso. Yo he fraguado toda una novela en un tren. Iba solo. Hablar de uno mismo es un defecto; pero para todos, sin ser idénticos, hablar de uno es como hablar de todo el mundo». Volvamos a Acario Cotapos. Sabía andar de copas con la gracia. No, por cierto, la santificante. Solía decir que el tren, al marchar, lo nombraba. Parecía exclamar: «Acario Cotapos. Acario Cotapos. Acario Cotapos». Y podía seguir diez minutos con el retintín como en el cuento de la hormiga que sacó un grano de trigo y otro y otro. Lo conocí en Santiago, en 1948 o 1949, en casa de la pintora Carmen Cereceda. Demoró una hora en llegar y culpó por ello a los canutos, a los masones, a los ferroviarios, a los cónsules, a los vendedores de perros, a los locos fosforescentes de la calle Ahumada. Creo que culpó sobre todo, al Incandescente, pero este había muerto hacía mucho tiempo.

Después explicó que a él le encantaba hacer visitas, pero que la finalidad era darse el gusto de despedirse. Tengo la sospecha de que aparecía en un lugar y que, llegando, podía caminar de espaldas, diciendo: «¡Hasta nunca más, nunca más!». Acario Cotapos, Acario Cotapos. Al llegar había hecho una morisqueta y, al igual que Escanilla, el mayordomo de Palacio de la Moneda, en el período de Gabriel González Videla, no daba la mano a nadie, buscando la muralla a modo de barrera sanitaria, con el propósito de evitar las infecciones, la septicemia, la tisis, el ardor de la sarna o qué sé yo. Años más tarde, Camilo Mori me relató que Acario desinfectaba las teclas con prolijidad, a fondo, pues no quería que alguna de ellas se quedase oculta para librarse del alcohol, arrinconada en la zona de las teclas negras. Examinaba también los pedales, pues creía que fantasmas —los de la lepra o de la Corea o baile de San Vito— fijaban a veces su residencia en el pedal de la sordina.

Vivió en una pajarera, en Paraguay 27. Ahí cabía la impresión del milagro. No daba más que para recibirlo a él y sin embargo, parecía estirarse, al revés de la piel de zapa. El director Erich Kleiber, según he leído, le tenía un gran cariño. Admiraba su magnífica chifladura y por las dificultades que tenía para un extranjero retener su nombre apelaba a un recurso nemotécnico. Lo llama «Canario Copiapó». La famosa historia de un gran roncador, el Jabalí Cornúpeto, es referida admirablemente por Pablo Neruda en *Confieso que he vivido*. Lo llamó «músico de par en par» y dijo, en su elogio fúnebre, que «nos regalaba una estrella cada día».

1998

El año 1998 fue el de la consagración del Centro Cultural Estación Mapocho como el espacio cultural más importante del país, con proyecciones continentales debido a la exitosa realización de la Expocumbre de las Américas, y al desarrollo de grandes muestras representativas de regiones o de sectores productivos como Expo Quinta Región o Expo Nuevo Mundo Rural. También fue el año de la presentación de su sitio web: <www.estacionmapocho.cl>. Ese año, el Centro Cultural recibió a 901.923 personas. Hubo catorce funciones musicales, entre las que se cuentan: «City of London Sinfonía», Smashing Pumpkins, «La cámbiale di matrimonio», la «Henry Fonda», «Canto a Neruda», «Ópera Patria». 388 funciones de teatro y danza y 39 días de actividades literarias: XVIII Feria internacional del libro de Santiago, «Escribiendo el Sur Profundo», Feria del Libro Usado, «Encuentro de Roberto Ampuero con los Premios Municipales», «El arte de leer».

El Centro Cultural aportó subsidios a actividades culturales, la mayor parte en las áreas de teatro, plástica y literatura. Fueron aprobados por el Comité de Donaciones Culturales proyectos por más de mil doscientos millones de pesos: Expo Cumbre de las Américas, Estudios previos para el cine chileno, Escribiendo el Sur Profundo, Programa Cultural Expo Quinta, Escultura de la Solidaridad y Programa Cultural para los jóvenes de América.

1999

A pesar de ser un año de grandes dificultades económicas, debido a la disminución de las actividades comerciales,

fue «el año de la gran asistencia de público», superándose el millón de visitantes, y del reconocimiento del modelo de gestión del Centro por parte de universidades chilenas y de organismos internacionales, junto con la propuesta de la Municipalidad de Santiago de asumir la administración del nuevo Centro Cultural La Cúpula. En sus diferentes manifestaciones, el Centro Cultural Estación Mapocho recibió a 1.212.022 personas. Esto es un promedio de más de cien mil personas mensuales, sin considerar a los turistas.

Las manifestaciones culturales escénicas totalizaron 1.147 funciones, casi triplicando las del año anterior. Fue la consagración del Centro como una de las escenas teatrales más importantes del país, albergando más de 60 proyectos escénicos con un público superior a las 75.000 personas. Se representaron 1.096 funciones de teatro y danza, en ocho salas diferentes: el festival «Teatro a mil», la compañía Odin Theater de Eugenio Barba, la compañía ucraniana Mimirichi, el festival «Danza para todos», el encuentro de Teatro de sombras, y más de treinta compañías independientes como La comarca, Teatro de la ausencia, Circo del mundo, Trifulkka, Teatro ojo, Taco aguja, Teatro turbio, La machina, Pequeño teatro y Manos arriba, entre otros. Destacaron por su éxito de público La Troppa y el Gran circo teatro. Se realizaron 51 funciones de música y de magia, incluyendo espectáculos internacionales y nacionales. Hubo 40 días de actividades literarias, entre las que destacan la XIX Feria Internacional del Libro, la Feria del libro usado en verano, el Encuentro con los Premios Municipales de Literatura, «El arte de leer», y presentaciones de libros, 89 días de manifestaciones de artes plásticas y audiovisuales, 29 días de manifestaciones pluriculturales, como la visita de S.S. el Dalai Lama, Santiago siglo XX, Muestra nacional de arte joven y medio ambiente, Encuentro Brahma Kumaris, 2° Convención de Santiago, y la Presentación de

Mapocho Sputnik. Gran parte de la actividad cultural y solidaria que se hizo fue posible gracias a la realización de manifestaciones comerciales. El Centro Cultural Estación Mapocho aportó subsidios para actividades culturales, la mayor parte en las áreas de teatro, plástica y literatura.

El «Observatorio del público» constató, durante 1999, el proceso de fidelización del público del Centro Cultural, que se expresa en la asistencia reiterada, después de la primera visita, a las actividades que este espacio ofrece. La asistencia por el teatro y la Feria del libro presenta los mayores índices de fidelidad. Las actividades culturales gratuitas de este año permitieron incorporar a un 27% de nuevas audiencias, produciéndose una ampliación del público, caracterizado por ser principalmente femenino, tener entre 15 y 40 años y ser comunalmente heterogéneo, destacando el aumento de residentes en Santiago, Maipú, Independencia, Recoleta, Puente Alto, Estación Central, San Miguel, Renca, Conchalí y La Pintana.

Desde el punto de vista del impacto urbano, en 1999 se construyó la Plaza Siglo XX, en un costado de la plaza poniente, destinada por la Municipalidad de Santiago a recordar las grandes obras chilenas del siglo en materia de cine, música popular, literatura, adelanto científico y arquitectura; en este último rubro la Estación Mapocho salió segunda en la votación popular. La Plaza de la Cultura se ha convertido en lugar de presentación de campañas de bien público y espacio de manifestaciones culturales gratuitas.

2000

El 2000 fue el año de la verificación práctica, en y desde el Centro Cultural Estación Mapocho, de la centralidad que alcanzaría la cultura en el nuevo gobierno, concretada en el

::: El escritor Carlos Cerda en la XVII Feria Internacional del Libro de Santiago, en 1997. (Foto: Luis Navarro.)

documento de Política Cultural del presidente Ricardo Lagos. Este año el Centro Cultural fue honrado con la visita del recién electo mandatario, la noche siguiente de la elección, para reunirse con el mundo de la cultura, y la Gala de la transmisión del mando. Asistieron a ella 4.500 personas, entre invitados nacionales y extranjeros. En convenio con la DIBAM, se inauguró en el hall Emilio Jecquier, la Sala de Lectura de Prensa de la Biblioteca Nacional, espacio gratuito y abierto a todo público, que cuenta con ocho periódicos nacionales de mayor demanda publicados en el último mes y medio, así como los últimos cinco números de cuarenta y tres revistas de la más variadas áreas y tres equipos computacionales que permiten acceder a publicaciones de prensa virtual. En sus diferentes manifestaciones, el Centro Cultural Estación Mapocho abrió sus puertas a 730.037 personas. Se representaron 413 funciones de teatro en siete salas diferentes y una carpa en la Plaza Poniente, destacando el

festival Teatro a mil, «Frankenstein» del Cirque Baroque, «El Húsar de la muerte» de Pato gallina, «Gemelos» de La Troppa, «Nemesio pelao...» del Gran circo teatro, y otras catorce compañías independientes. Se realizaron también funciones de música, incluyendo espectáculos internacionales y nacionales. Entre las manifestaciones culturales no escénicas se destacan la XX Feria Internacional del Libro, la XII Bienal de Arquitectura y «Fixion 2000».

El Centro Cultural Estación Mapocho aportó subsidios para actividades culturales, la mayor parte orientadas a obras de teatro, especialmente Teatro a Mil y «Nemesio pelao...». En el Centro Cultural La Cúpula se registró la asistencia de 76.699 personas en diferentes actividades, entre las que destacó la tragedia de Sófocles «Edipo Rey», del Teatro Nacional Griego. Este llegó a Chile en una gira mundial, tras reinaugurar, el 19 de julio, las obras de remodelación del Coliseo Romano, y se presentó también en el Teatro Municipal de Viña del Mar con la producción del mismo equipo de La Cúpula. Este montaje fue visto en Chile por 3.500 personas y marcó un hito en el mundo teatral y la prensa.

El tradicional Teatro Oriente fue entregado por su propietario, el Instituto de Normalización Previsional (INP), en comodato al Gobierno Regional Metropolitano, el que a su vez entregó su administración al Centro Cultural Estación Mapocho. A partir de ese momento, se han realizado actividades culturales, contando con un público superior a las 32.000 personas. Algunas de las actividades fueron: XXIX Temporada Internacional de la Fundación Beethoven, Segunda Temporada Nacional de Piano, Congreso, Ángel Parra Trío, Negro Spirituals de Harlem, 30 años de Illapu, Homenaje a Vinicious de Moraes, «Joaquín Murieta» del Teatro d'Emergencia.

2001

El Centro Cultural Estación Mapocho recibió durante el 2001, además de su actividad habitual, importantes reuniones internacionales como la Cumbre de Presidentes del Grupo de Río, la 42° Asamblea de Gobernadores del Banco Interamericano de Desarrollo, el 3° Festival Internacional de Danza del Mercosur, y celebraciones de relevancia nacional como la Fiesta de la Cultura y el Día del Patrimonio. Durante ese año el Centro Cultural recibió a 683.893 personas. Entre los montajes de teatro se cuentan «Sotoba Komachi», «Cara de Hereje», «Hommo Zapping», «Bukowski», «El Húsar de la Muerte», «Estructura», «Tres veces Antígona» y «Moby Dick», durante enero en Teatro a Mil. En materia de danza, se realizó la Convención Nacional de Danza y frecuentes presentaciones de hip-hop en la Plaza de la Cultura. En conciertos, estuvieron Santiago del Nuevo Extremo, Chancho en Piedra, Lucybell y la Orquesta Sinfónica Juvenil de Venezuela, que realizó un concierto gratuito, acompañada por integrantes de las orquestas de la Fundación Nacional de Orquestas Juveniles chilenas. Entre las manifestaciones culturales no escénicas destacan: la XXI Feria Internacional del Libro, la 1° Convención nacional del cómic: «Misión Santiago», los «150 años del Ferrocarril en Chile» y el Acto Cultural de Firma del Decreto de Abolición de la Pena de Muerte, organizado por el Ministerio de Justicia. Por otra parte, «El Día del Patrimonio» y la «Fiesta de la Cultura» se convirtieron en importantes instancias de participación ciudadana, congregando a más de 36.046 personas. Dentro de las exposiciones, en la muestra «Restaurarte» se presentaron los cuadros en proceso de restauración del Palacio Baburizza y la exposición «Santiago cien años».

Se inauguró la Sala de Fotografía Joaquín Edwards Bello,

con la muestra «Lente Urbano», que reunió cien fotografías de artistas chilenos. En el restaurante El Andén y la Sala María Luisa Bombal se expuso la muestra permanente de fotografía «Cuerpos Pintados». En esta misma sala sesionan periódicamente la Comisión Chilena de Cooperación con UNESCO, la Corporación de Danza Chile, la Secretaría Ejecutiva de la Comisión Presidencial de Infraestructura Cultural y el Directorio del Centro Cultural Estación Mapocho. La Sala de Lectura de Prensa de la Biblioteca Nacional, en el hall Emilio Jecquier, se ha convertido en lugar de acceso a la información periodística, con un promedio de atención a público superior a las 70 personas diarias. Las salas Tennyson Ferrada y Pedro Prado se destinaron al teatro, apoyadas por dos salas de ensayos ubicadas en el ala sur del tercer piso, y las salas Camilo Mori y Acario Cotapos se especializaron en seminarios, conferencias y presentaciones de libros.

Cada vez que voy a la Sala Pedro Prado recuerdo una historia suya en la que buscó un modo de terminar con la afición algo esnob de los orientalismos. Abundaban los admiradores de Rabindranath Tagore y de Jalil Gibrán. Pedro Prado y el escritor mexicano Antonio Castro Leal decidieron dar nacimiento a un «extraordinario» poeta afgano llamado Karez-I-Roshan. Esto ocurrió hacia 1920. Una fotografía de un hombre barbado con un turbante y un manto de peregrino acompañaba los textos. El público al ver aparecer el libro de Karez-I-Roshan —cantor de las bellezas del río Kabul—, lo leyó, lo alabó y lo comentó. Por si fuera poco ya se decía que le habrían de dar el premio Nobel de Literatura. Algún tiempo después se supo que un fotógrafo llamado Pedro León Riveros había retratado a un vendedor de pollos, un «pollero» —de apellido Naranjo—, que trabajaba en la Vega Central convirtiéndolo en un poeta oriental. El escándalo social santiaguino fue muy grande. Yo también

leí sabiendo que era un fraude, en 1945, un bello texto escrito por Pedro Prado. Dice: «Mi amor era tan puro y diáfano que tú no lo veías. ¿Qué hacer? —me dije. Y lo enturbié».

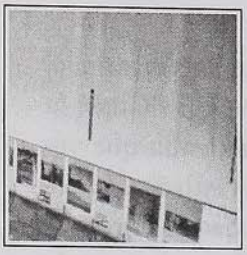
Al bajar hoy las escaleras en el Centro Cultural Estación Mapocho y salir a la calle, miro hacia la Vega Central por si aparece el referido poeta afgano Karez-I-Roshan a punto de asistir a las fiestas del *baharak*, nombre que toma en la región de Kabul la ceremonia destinada a agradecer la primavera. Sin embargo, sólo veo a los pollos en hilera.

2002

Para el Centro Cultural, el 2002 fue un año de fortalecimiento en el área de la gestión cultural, traducido en distintas acciones como pasantías de gestores de regiones, asesoría a proyectos de itinerancia teatral y la realización de conciertos masivos durante todo el año. Se llevaron a cabo las muestras: «Fotodigrafías de identidad« de Juan Domingo Marinello, «Con agua de cielo» de Jorge Aceituno y «Retratos de creadores contemporáneos», de Rogelio Cuéllar, organizada por la Embajada de México y expuestas en la Sala Joaquín Edwards Bello.

A propósito de Edwards Bello, recuerdo algunas crónicas en torno al viaje en tren. Él escribió: «Ya estoy dentro del tren. Las butacas son cómodas. El servicio es bueno. A cada instante, durante todo el viaje, dentro y en las estaciones, nos invitan a comer y a beber. Llamados al comedor. Vendedores de sándwiches, de pasteles, de dulces, de bebidas. Todos comen. Aunque parezca paradoja, es un signo de pobreza. Un desayuno inglés vale más que todas esas panzadas sin orden. A la altura de dos pasajeros discuten acaloradamente sobre Manuel Rodríguez. Uno es carrerista y el otro

o'higginista. No creo que en Til-Til discutan sobre Manuel Rodríguez. Parece un pueblecito sin nervios. Un shangri-la chileno, con tunas y huasitas virginales. La tienda que vemos desde el tren se llama 'El Picaflor'. Es la Gath & Chaves del pueblo. La discusión ha terminado y los discutidores toman pílsener amenizada con sandwiches. Poco más tarde duermen. (...) A todo esto, yo esperaba que ocurriera algo que llevo replegado en lo más secreto de mi espíritu. ¿Qué es? Se trata de un sueño que tuve hace algunos años. No todos nos atrevemos a contar esta clase de rarezas. Los hombres importantes creen que si cuentan sus rarezas se disminuyen. No las cuentan, pero las tienen. Yo no soy hombre importante. Voy a contar mi caso. Hace algún tiempo tuve un sueño muy impresionante. Soñé que iba en un asiento aislado del tren a Valparaíso. De pronto el tren se detuvo con un fuerte golpe de ferralla, de palancas, de frenos y de rieles. Se escucharon gritos agudos de pánico. Aparecieron por la puerta del fondo unos individuos con las caras tiznadas y con pistolas apuntadas a nuestras cabezas. No hice caso de su grito de arriba las manos. Todos hicieron caso, menos yo. ¡Ya verán quién soy yo! Saqué mi revólver Smith y Wesson, herencia de mi padre, que ahora mismo veo. Número 222746. Pat. Enero 24-26, reissue 82. Sigo con el sueño. En vez de levantar los brazos apunté a uno de los bandidos. Lo maté. El otro me hirió de un balazo en el pecho, pero seguí disparando y lo derribé. Entonces caí muerto como he deseado, de pie y en pocos segundos, no en cama, entre chatas, potingues y frascos. Todos celebraban mi actitud y exageraban bastante. Así nacen los mitos. Este sueño es seguramente un producto de frustración. He soñado con gloria desde pequeño. El destino me ha negado ese minuto de gloria, pero no pierdo las esperanzas. Viajo siempre con mi revólver, sin perder de vista la puerta de mi vagón. A cada



instante creo que van a aparecer los bandidos de mi sueño. Se abre la puerta y me digo: –Ahí vienen. Pero no son los bandidos. Es el vendedor de pastelitos con manjar blanco. Es el de los boletos. Es la señorita que va al lavatorio. Ya no hay bandidos, ya no hay héroes». Y como si esa fuera una escena teatral, la imagen del sueño de Joaquín Edwards Bello se reproduce en mi mente cada vez que visito esa Sala.

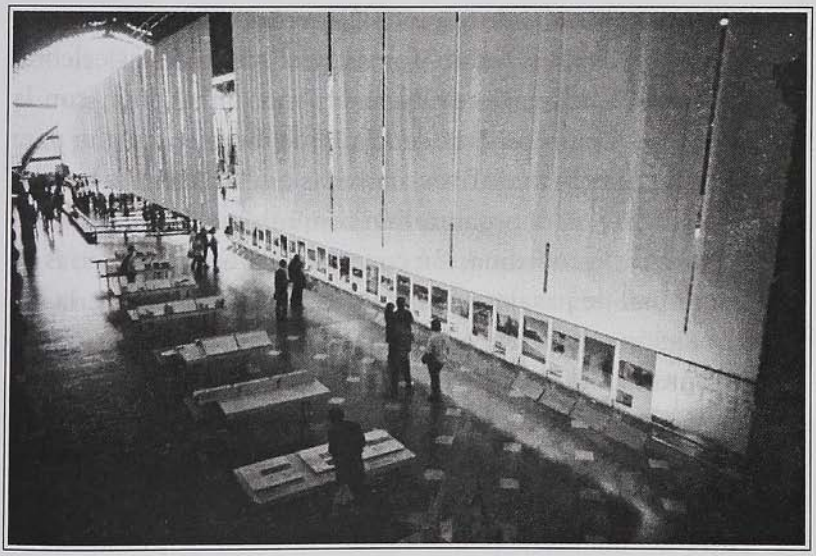
Entre las manifestaciones culturales escénicas del Centro Cultural, destacan Estación de Teatro 2002 («La Tempestad», «Cuentos de Pedro Urdemales», «Guernica», «El delantal blanco», «Cornudo», «Apaleado y contento»; las reposiciones de «Sinvergüenzas», «De perlas y cicatrices», «Fresa y chocolate» y «Nosotras que nos queremos tanto»). También se realizaron conciertos como los de Franco Simone, Ángel Parra Trío y Javiera Parra. Se realizó la Feria Nacional de la Danza, con notable éxito de público. Se presentó la Orquesta Filarmónica de Santiago y se realizaron presentaciones de Caetano Veloso, Illapu, DJ Méndez, Gondwana y el Festival de Bandas Jóvenes, organizado por Balmaceda 1215.

Entre las manifestaciones culturales no escénicas, que ocuparon un total de 224 días, se realizaron la XIII Bienal de Arquitectura, la Feria de Inventos para el desarrollo, que concentró a ciento veinte inventores de todo el país y la Feria Internacional del Libro. En el marco de ella, el Centro Cultural organizó un Homenaje a los treinta años de la Colección Infantil Cuncuna de Editorial Quimantú. Además, durante el año se realizaron la Fiesta del transporte, Día del libro, Día del Patrimonio, y el Encuentro Metropolitano del Adulto Mayor y Mundocine 2002, Cien años de un show increíble.

Entre las actividades solidarias, la de mayor trascendencia fue la realización del Maratón Solidario los días 7 y 8 de

junio, que convirtió al Centro Cultural Estación Mapocho en el punto de encuentro para canalizar ayuda solidaria a las víctimas del temporal invernal a través de un espectáculo artístico masivo.

El Teatro Oriente ha consolidado paulatinamente su imagen como un espacio destinado a las actividades culturales con especial énfasis en el ámbito musical, teatral y cinematográfico. En 2002 la asistencia de público llegó a 74.650 personas, cifra 36% mayor que 2001. A través de la Ley de Donaciones Culturales se administraron proyectos por un total de 315 millones de pesos entre los que se cuentan: Fusión Urbana, Encuentro Juvenil, Mi primer libro y la exposición fotográfica «Con agua de cielo». El aporte a la cultura durante 2002 fue de 4.563 UF destinado principalmente al teatro en enero, los grandes éxitos del Teatro Municipal, la Feria Internacional del Libro y los murales de Francisco



::: Panorámica de la XIII Bienal de Arquitectura de 2002, en la gran nave del Centro Cultural Estación Mapocho. (Foto: Luis Navarro.)

Jaume. El «Observatorio de Público» realizó varios análisis para conocer mejor el perfil del público del Centro Cultural Estación Mapocho. En la recolección de datos realizados se puede concluir que el público asistente es preferentemente femenino. El rango de edad mayoritario es de 20 a 30 años, seguido de 15 a 20 años, y de 30 a 40 años. El 31,3% declaró desempeñarse como profesional y el 47,8% como estudiantes. Dentro de la preferencia cultural del público están el teatro, los conciertos, ferias, exposiciones y la danza.

2003

Este fue un año marcado por la expansión y las alianzas. A sus tradicionales actividades culturales y comerciales, se sumaron proyectos de gran impacto como Los Grandes Éxitos con el Teatro Municipal, la Organización del Seminario Centros Culturales de Segunda Generación en colaboración con la Universidad Santo Tomás, y el inicio de las celebraciones del Centenario de Neruda, en combinación con la respectiva Comisión Presidencial. Fue también un año para preparar nuevas iniciativas, entre las que destacan la asociación con FISA para organizar en conjunto una serie de Ferias Culturales; la coordinación con TPV para organizar ferias en el terminal de pasajeros de cruceros en Valparaíso y la colaboración con la Universidad de Harvard.

Durante 2003 el público total asistente al Centro Cultural alcanzó las 800.674 personas. Estas cifras no incluyen las visitas de turistas nacionales, aunque estimamos que representan cerca del 5% del total anual del público asistente. Entre las manifestaciones culturales escénicas, destacan la temporada de teatro Estación de Teatro 2003, Mayúmana, conciertos de música popular como el de Gilberto Gil, Ca-

milo Sesto y Electric Light Orquestra. Un de los espectáculos de mayor impacto fue la presentación de los cuerpos estables del Teatro Municipal en seis funciones gratuitas de «La Traviata», «La Bella Durmiente» y de la Novena Sinfonía de Beethoven, con un total de 30 mil asistentes.

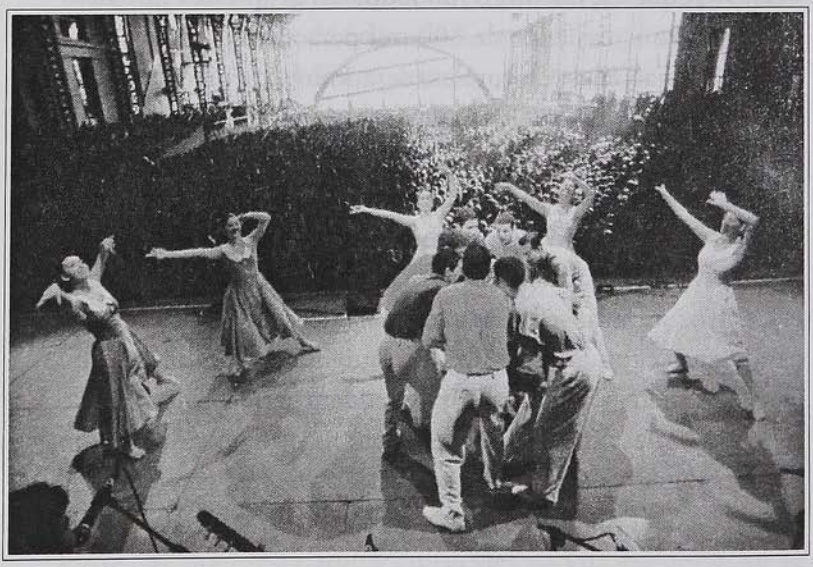
Entre las manifestaciones culturales no escénicas, destacan el Encuentro con Muhammad Yunus, al cual asistieron dos mil estudiantes universitarios y profesionales jóvenes. En la Feria Internacional del Libro de Santiago, dedicada al libro como memoria y huella de la humanidad, el Centro Cultural, junto a Verónica Uribe de Editorial Ekaré, organizó el panel «¿Qué leíamos hace 30 años? ¿Qué leemos hoy?», con la participación de los escritores José Miguel Varas, Ana María del Río y Sergio Gómez.

Entre las actividades solidarias, podemos mencionar el multitudinario velatorio del destacado músico Eduardo «Gato» Alquinta, miembro fundador del grupo Los Jaivas, al que asistieron alrededor de 200 mil personas. A través de la Ley de Donaciones Culturales, se administraron proyectos por un total de 376 millones de pesos, entre los que se cuentan, por ejemplo, el Festival Iberoamericano de Televisión Infantil, con el Consejo Nacional de TV, el «Cuarentenario» con Los Jaivas, y «Mi Primer Libro», con el Mineduc.

A través del «Observatorio del Público» se estableció que el Centro Cultural se ha acercado al entorno barrial, convocando gran cantidad de público residente en comunas como Santiago Centro, Conchalí, Independencia o Recoleta en actividades, tales como la Expo Corea, Expo Vivienda o Expo Almacén.

2004

Para el Centro Cultural Estación Mapocho el 2004 fue el año de las Artes Visuales. La sala Joaquín Edwards Bello, el hall Emilio Jecquier y la Sala de Exposiciones se consolidaron como espacios especialmente consagrados a ellas. Muestras fotográficas como «Flor», de la mexicana Flor Garduño; «Fernando Paillet: 1894-1940», del argentino Fernando Paillet; y «Potencia de la Memoria», de Luis Navarro, destacaron por su mirada de autor. Entre las exposiciones llamaron la atención: «Entre el cielo y el río», de Jorge Bustos; «30 años, una mirada desde la memoria y la esperanza», «Causal de despido», del Colectivo fotográfico; «Magreb» de Alejandro Wagner; «Flores en el desierto», de Paula Allen, «El camino real», del brasileño Paulo Laborne; «Santiago Arquitectura», de Italo Arriaza y «Retratos del alma», de



::: Gran cantidad de público participó en el Maratón Solidario del 7 y 8 de junio de 2002, para reunir ayuda a los damnificados por los temporales de ese invierno. (Foto: Luis Navarro.)

Macarena Achurra. La muestra de Paillet reforzó al Centro Cultural como un espacio sobresaliente dentro de la celebración de Foto América 2004. En el ámbito de la pintura destacó el homenaje realizado al poeta y Premio Nobel de Literatura Pablo Neruda con artistas como José Balmes y Roser Brú.

Durante el 2004 el total de público asistente a las diversas actividades realizadas fue de 660.392 personas, y a partir de septiembre se cuenta con un sistema de registro de quienes visitan el sitio web, el cual indica casi 6.000 visitas al mes. Las manifestaciones culturales escénicas comenzaron en enero con Los Grandes Éxitos del Teatro Municipal 2004 que, al igual que en años anteriores, tuvieron una gran aceptación del público. El Circo del Mundo, con su espectáculo «Ekún», revitalizó la escena circense chilena. En teatro destacan «El homosexual o la dificultad de expresarse», de Copi; «Ulises, mi viaje al centro del alma», basado en *La Odisea* de Homero; «Agatha» y «Hamlet Machine». Los conciertos más relevantes fueron el de Joan Manuel Serrat y el del escocés David Byrne. La Orquesta y Coro Sinfónico de la Universidad de Chile realizaron dos presentaciones en la Sala de las Artes. Entre los latinos se contó con la presencia de Sol y Lluvia, las bandas de rock GIT y Virus, entre otros. Entre los espectáculos de danza destacados, resaltó la obra «Mujer», de la coreógrafa Francisca García; el Ballet del Estado de México, en el marco de la Feria Internacional del Libro y el Ballet Clásico del Teatro Municipal del Santiago.

Dentro de las manifestaciones culturales cabe destacar la Cena de Gala de 21 Líderes APEC. En esta oportunidad los representantes de los países miembros disfrutaron de la gastronomía criolla y de un espectáculo que contempló música

y danzas patagónicas, pascuenses, chilotas y huasas. «Pachimonos» y el «Primer Congreso Chileno de Quilts» innovaron en el campo artístico utilizando el *patchwork* en género.

En literatura, el ciclo «Los diez mayores poetas de Chile en el siglo XX» fue un éxito y sirvió como antesala para la realización de la Semana Nerudiana, que conmemoró el centenario del nacimiento de Pablo Neruda. La 24ª Feria Internacional del Libro marcó un récord de público con 228.000 asistentes. El Fondo Nacional de Desarrollo Cultural (Fondart) se estableció en el Centro Cultural Estación Mapocho para recibir y analizar los proyectos de 2004.

El aporte a la cultura 2004 del Centro Cultural Estación Mapocho fue de 7.011 UF, destinadas principalmente a la Feria Internacional del Libro, los Grandes Éxitos del Teatro Municipal, la Bienal de Arquitectura y a diversas exposiciones de fotografía y pintura.

El público que asistió al teatro en el Centro Cultural Estación Mapocho en 2004 fue adulto joven, con edades que fluctúan entre los 22 y 35 años, de comunas como Santiago, Providencia, La Florida, Maipú y Ñuñoa. En actividades masivas y de entrada liberada, como la temporada «Lo mejor del Teatro Municipal» el público se amplía a todas las edades, comunas de Santiago y niveles socioeconómicos, destacando la presencia de jóvenes y adultos mayores y logrando la asistencia de un público residente en zonas alejadas de la ciudad como el poniente, sur y norte de Santiago. En las ferias temáticas que se realizan año a año, tales como Expovivienda, Vinitech, Expoalmacen o Fermadi, se convoca públicos especializados. Pero, sin duda, la feria temática de mayor convocatoria de público y que se ha convertido en un verdadero encuentro cultural entre distintas generaciones, culturas y países es la Feria Internacional del Libro de Santiago.

El Centro Cultural Estación Mapocho se ha convertido en un espacio abierto a la cultura, las bellas artes y todas aquellas manifestaciones que invitan a imaginar y crear un nuevo Chile para todos.

El último Jefe de la Estación Mapocho, Víctor Hugo Lamatta, recuerda lo que significó para él trabajar en la Estación, a la cual por tristeza nunca volvió. Su primera reacción cuando llega a la Estación Mapocho es la nostalgia. Sus ojos se ponen tristes cuando recuerda sus últimos tiempos como Jefe de Estación entre los años 1985 y 1987.

Mientras mira el suelo dice: «Esta es una piedra de una cantera de Quilicura. Es de por acá cerca, no es de Italia, de Carrara como mucha gente piensa», dice refiriéndose a la piedra rosada que se encuentra en el suelo del hall Emilio Jecquier, a la entrada del centro cultural.

«Acá (a un costado del hall Emilio Jecquier) teníamos unas oficinas grandes y estaban las boleterías», dice mientras mira concentrado una de las murallas. «Yo llegué en el 85 y la entregué en el 87. Estuve los dos últimos años. Ferrocarriles estaba con muchos problemas económicos cuando Roberto Darrigrandi era el director. El proceso de restauración del edificio empezó antes de que llegara yo, poco antes del 85. Empezaron a restaurar las oficinas que estaban en las dos alas de abajo (donde actualmente se encuentran los restaurantes, el Café Centenario y la Sala de Exposiciones). El colapso se produjo en forma paulatina, al final ya estaba tomada la determinación de entregar esto. En el 87 sacaron los rieles.

»El último tren fue uno local a Til-Til y a Montenegro, a fines del 86. Nosotros luchamos mucho haciendo planes. Fue triste que todo terminara porque la empresa a nosotros nos entregó mucho, al que usted invite de los compañeros a la Estación, se pone a llorar. Este barrio siempre fue compli-

cado, pero a pesar de todo hasta los delincuentes eran solidarios con nosotros. Una vez un boletero fue a llevar dinero al banco y se le cayó un paquete y un maleante lo ayudó a recuperar la plata porque lo conocía. Eran varios millones de pesos.

»La Estación Mapocho siempre estaba llena. Venía todo tipo de gente desde la clase alta hasta los trabajadores. A la gente le gustaba mucho viajar en tren, era muy gratificante. Imagínese que nosotros llegamos a ser el ferrocarril más grande de América Latina. Llegamos a tener 1284 kilómetros de vía férrea. Teníamos una infinidad de cosas, teníamos un sitial a nivel mundial. De un día para otro lo perdimos porque el gobierno de turno lo dejó de lado, no quiso hacer nada. La época punta para ferrocarriles fue entre los años 40 y 70. Fue espectacular... Del 85 al 86, por distintos motivos, el tren a Valparaíso se llenó. Siempre iban quinientos pasajeros. La frecuencia eran 125 trenes diarios desde todas las estaciones.

»Yo llegué a la Estación Mapocho porque había una vacante aquí, por un concurso. Yo era Jefe de Estación, Boletero en la Estación El Belloto entre Quilpué y Villa Alemana. El costo era importante porque el jefe de la Estación Mapocho era el número uno del país. Era más que Estación Central porque desde aquí se alimentaba todo el tráfico al sur y al norte. Nosotros dimos lo mejor que tuvimos y al final terminó en esto (mira a su alrededor buscando los rastros de rieles inexistentes). Los conductores, los maquinistas, los boleteros todos estábamos involucrados, que esto se terminara fue un golpe muy duro para muchos. La mayoría de la gente que trabajó acá ahora tiene oficios tan diversos que nunca volvieron a hacer lo mismo que hicieron acá...

»El tren era muy barato. Nosotros ganábamos en promedio los fines de semana 20 millones. Todas las estaciones

eran eléctricas. El KW si en una casa vale 100 pesos, en ferrocarriles costaba 5 pesos, esa era más o menos la proporción. Además se utilizaba en 1.000 voltios para los trenes y en 2.300 para las casas. Era un regalo. Lo que pasa es que lo administraron mal y nosotros en el año 89 teníamos 6.000 trabajadores en Ferrocarriles del Estado. Mil de ellos eran profesionales.

»En el 88 se produjo el quiebre económico total en la empresa. Yo me quedé un tiempo más y en el 89 me retiré. Los trenes nunca dejaron de funcionar, pero el sistema murió totalmente. Yo por un lado estoy feliz de que la Estación Mapocho sea un centro cultural. Para nosotros este es el centro cultural más importante de Santiago. Hay montones. Pero esta estación es muy linda. Yo tuve la suerte de vivir aquí antes y después. Yo vivía aquí cuando era conductor. Tenía toda mi vida acá en la Estación Mapocho, por eso yo no volví nunca más hasta ahora. Me daba pena», termina diciendo Víctor Hugo Lamatta, mientras sus ojos se anclan en el pasado de la estación.

Gabriela Mistral valora el poder de la memoria que permite evocar y recuperar aquellos espacios que nos fueron gratos. En este texto se percibe la sobreimpresión del pasado y el futuro que se siente como una unidad viva:

> Como una isla cortada por tajo
> y que nos lleva consigo, recobro
> a veces un país que ya me tuvo
> sin veleidad de locas estaciones
> y el día no llamado que regreso,
> y la bandada de albatros
> de mis muertos me encuentra y reconoce
> y toma y lleva en río poderoso.

La relación de Arturo Navarro con el mundo de la cultura en Chile es vasta y data de 1971. Y así lo confirman sus palabras: «Me formé en el mundo editorial, específicamente en la Editorial Quimantú. Posteriormente, cuando trabajaba en Planeta y siendo director Editorial, fui distinguido con una invitación a la Feria del Libro de Jerusalén, en representación de los editores chilenos. Estando en esa ciudad maravillosa, un ex funcionario de la embajada israelí en Santiago, casado con chilena, me invitó a su casa. Ella era 'bruja' y veía el tarot. Esa noche me dijo: 'Mira, tú vas a volver a Chile y veo una persona rubia que te va a ofrecer un trabajo que te va a encantar y que te va a durar por mucho tiempo'. Posteriormente hizo algunas averiguaciones y supo que las cartas no contemplan a los colorines, los identifican como rubios.

»Cuando volví a Chile recibí una llamada de parte de Jaime Ravinet quién me invitaba a una reunión. Yo no lo conocía mayormente y entonces me dijo: 'Te llamé para ofrecerte la posibilidad de trabajar como director del Departamento de Cultura de la Municipalidad de Santiago pero, en realidad, quiero contarte también que estoy en el proyecto de remodelación de la Estación Mapocho, para convertirlo en un Centro Cultural'. Antes de que terminara yo ya le había dicho que sí. En realidad, lo primero que vino a mí fue mi condición indestructible de porteño, de ser usuario de esta estación. Yo llegaba a ella, y mi imagen era la de un lugar muy cálido, de brazos abiertos, porque aquí estaba esperándome mi abuelo. Entonces mi relación afectiva era muy fuerte. Luego pensé en todo lo que habíamos hecho como Cámara del Libro para intentar que esta estación se convirtiera en un centro cultural. Yo no sabía cómo se iba a llamar mi trabajo, y el alcalde lo que tenía claro era que yo no me podía hacer cargo, obviamente, de la remodelación

arquitectónica. Ahí apareció Hernán Rodríguez, arquitecto y director del Museo Histórico Nacional. Fue Jaime Ravinet quien logró que Hernán trabajara medio tiempo con nosotros aquí en la Corporación y medio tiempo en el Museo Histórico, y así se formó el equipo. Finalmente yo mismo le puse a mi cargo el título de director de Programación, es decir de programar lo que iba a pasar. Entonces en una reunión de Directorio se planteó hacer un estudio de mercado, para ver cómo íbamos a funcionar. Pero como yo creo que no es posible un estudio de mercado para algo que nunca ha existido, propuse reemplazar ese concepto de estudio por el de «marcha blanca». Trabajar un tiempo y ahí ver qué resulta. Así resolvió el Directorio tener cuatro años de marcha blanca que coincidían con los cuatro años de la remodelación desde 1990 a 1994. Mientras se trabajaba en el hall y en la Plaza de la Cultura, hacíamos actividades en la nave; después, cuando se empezó a trabajar en la nave, cambiamos las actividades allá, y así, con ese criterio de ir ocupando el espacio se fue desarrollando esta marcha blanca. Ahí vimos cosas que podían ser muy útiles y otras que definitivamente no resultarían, como por ejemplo las fieras. Los circos no eran viables. En un espacio como este, la limpieza de las fecas de los elefantes es un tema importante. En una ocasión recuerdo que recibí una llamada telefónica donde me avisaron: 'Oye, van entrando unos enanos a la estación', y yo les dije: 'No te preocupes es que tenemos la Expo Circo'».

El Directorio se planteó interrogantes respecto a las funciones de un centro cultural y decidieron que allí no debería haber actos políticos ni religiosos. «En ese momento empezamos a trabajar en el concepto de centro, abierto a toda la gente, y pensamos que no se puede cumplir con el espíritu de un centro cultural si para entrar a él hay que ser afiliado a un partido o religión determinados. Por lo tanto aquí nun-

ca se han hecho, actos partidistas, pero con contenido político sí, como la reunión de la APEC».

Entre las actividades que resultaron, y muy bien, estuvo la Feria del Libro: «Es nuestro caballito de batalla, porque este proyecto de convertir la estación en un centro cultural nació justamente en la Feria del Parque Forestal. Yo era miembro de la Cámara, y recuerdo que siempre en noviembre llovía en Santiago. Una vez mi stand, de Editorial de la Oveja Negra, amaneció con un tronco adentro. Había habido un temporal, el lugar era muy polvoriento y estábamos rodeados de vendedores ambulantes. La gente se acuerda con mucho romanticismo —insiste— pero era polvorienta, arriesgada, compleja, hasta que por fin nos dimos cuenta. En una ocasión llegó Enrique Lafourcade presentando una obra de él con cuarenta o cincuenta motoristas, armó una nube de polvo, quedamos todos intoxicados y vimos que no era lo más adecuado hacer la feria en un parque. Desde entonces, año 1985, 1986, poco antes del término de la dictadura y poco antes del plebiscito, se empezó a conversar de la estación. No teníamos un diseño muy elaborado de centro cultural pero pensábamos que era interesante que la Feria del Libro estuviese aquí. Al año siguiente decidimos como Cámara hacer la Feria acá, tal como estuviera la estación, y el Coronel que estaba a cargo de la CORFO nos arrendó la estación por 500 mil pesos. En el año 1989 se hizo aquí la primera feria que, además, fue la gran feria en la cual organizamos un foro con los representantes de los candidatos donde se planteaba esta idea, y un recorrido con quienes pensábamos serían próximamente las autoridades de un gobierno democrático, y todos ellos —los posibles—, eran visitantes asiduos de la feria».

Al igual que lo que le sucede a Arturo, mis primeros recuerdos de la Estación Mapocho están apoyados por sensa-

ciones. Subíamos al tren, y a poco andar, tras el yantar, la lectura. Había quienes desplegaban la gran sábana de *El Mercurio*, *La Unión*, *El Diario Ilustrado* o *La Nación*; las mujeres se dejaban guiar por *Maribel* (recuerdo haber leído en esta una serie a cuadros, con un personaje dominado por la mujer, que le reprochaba sus constantes yerros. En el último cuadro, un loro en jaula, le gritaba al marido torpe: «¡Estás listo Calisto!» —o Calixto—), *Margarita*, *Rojinegro*, *Leoplán* o *Ecrán*; algunos varones de «pro» leían *Caras y Caretas*. Después, en el jolgorio infantil, *El Peneca* o *Billiken*; los adolescentes preferían *Don Fausto* y con el tren a campo abierto, *En Viaje*. Mucho más tarde sabría yo que Marcel Proust prefería en los viajes la lectura provechosa de la guía de ferrocarriles, asunto que le interesaba por la alianza entre la palabra y el sonido y los datos del kilometraje y la hora de la salida y llegada de los trenes.

«La imagen de mi abuelo esperándome con los brazos abiertos aquí en la estación es tremendamente fuerte para mí. Nos llamábamos amigos. Él era porteño y teníamos un convenio. Como él vivía en Santiago y yo en Valparaíso, y a él le encantaban los temporales, me había pedido que le avisara por teléfono cada vez que en Valparaíso hubiese mal tiempo. Todo esto tenía una segunda intención, que yo descubrí más tarde. Él hacía negocios con fierro viejo. Normalmente estaba a la espera de mis llamados porque sabía que podían naufragar barcos y quedar encallados por el temporal. Mi abuelo compraba barcos varados y —cuando podía— los vendía por fierro viejo. Yo venía a Santiago cuando tenía vacaciones y él me esperaba aquí y era algo muy mágico. La sensación de llegar a la Estación Mapocho era la de encontrarme con él, no llegaba a su casa sino que el esperado encuentro era en la estación. Pasó el tiempo y en una visita a Israel fui al Museo de la Diáspora. Es un

museo donde hay recuerdos y seguimientos de las distintas migraciones judías que se repartieron por el mundo. Yo había comprado mi entrada y me llamó la atención que la señora de la boletería era bastante mayor y, después, cuando estaba en la fila para el corte de boleto, me encontré con que la persona que debía recibir y cortar mi boleto era también de edad. Nos pusimos a conversar y este señor me contó que todos los guías, boleteros y, en fin, que todos los trabajos donde no se requiere esfuerzo físico los realizaban los adultos mayores. Me pareció una idea genial, que unía esa idea de la nostalgia del abuelo que acoge y lo práctico de resolver la vida cotidiana. Volví a Chile, hablé con Ravinet y le pregunté si en el municipio tenían grupos de adultos mayores, porque me gustaría hacer un convenio y le expliqué todo. Partimos con una idea piloto de implementar un trabajo por horas y les hicimos a las guías un seminario de capacitación. En la primera reunión les pedimos que nos contaran qué significaba la estación para ellos. Fue una gran sorpresa descubrir que cada uno de ellos tenía una linda historia. Gracias a ella una había conocido el mar, otra había conocido al novio o fue parte de la multitud que había venido a esperar a Jorge Negrete. Estamos hablando de hace diez años y sentían que estaban terminando su vida laboral; entonces se produjo en ellos un renacer, porque se sienten recompensadas con este trabajo donde la gente las quiere mucho y ellas les cuentan unas historias preciosas, a las que cada vez les van agregando nuevos detalles producto de su propia investigación o prodigiosa imaginación. Los turistas se van felices y agradecen con hermosos mensajes que quedan escritos en el libro de visitas. Las guías son todas señoras, que se convirtieron en personajes de la estación que acogen con respeto y cariño a los visitantes. Ellas cumplen con la misión de

unir la historia de la Estación Mapocho y la del Centro Cultural a la cual se integraron desde un principio».

Otras sensaciones, las del oído en los anuncios de los suplementeros, conocidos entonces, hacia 1934, por «mercurieros», anunciando la presencia del tifus en Santiago, en el apogeo del piojo. ¿La llamada «Piojera», cerca de esta catedral de hierro y vidrio, tiene algo que ver con eso? Lo otro, por cierto, provenía de los gritos de los vendedores en el tren: «¡Malta, Bilz y Pilsener, Aloja de Culén, Panimávida y Papaya!». Más sonidos, el del pito que anunciaba la salida, el de los sonidos de las ruedas del tren a medida que iba tomando velocidad. Las despedidas en el andén: «No se vaya a curar, papá»; «entréguele la chomba a mi tía Julia»; «no saque al abuelito si hace frío, porque lo puede agarrar la pulmonía y aún es agosto». Tal vez un organillero enviaba el adiós tocando a pedido, «Besos y cerezas», «Tardes del Ritz» o «El niño de las monjas».

Con respecto al Centenario de la Estación Mapocho —dice Arturo Navarro—, «existía demasiada preocupación por el Bicentenario de la República pero nadie pensaba que en 1905 se inició la construcción de la Estación Mapocho y era un hito que debía celebrarse. Entonces llamé a Clara Budnik, directora de la DIBAM y le propuse que celebráramos el Centenario juntos y lleváramos esta idea a la Comisión Bicentenario. Desgraciadamente, a pesar de que la idea les gustó, pasó el tiempo y el proyecto quedó en tierra de nadie. Entonces decidimos hacernos cargo nosotros y, entre los preparativos de la celebración del edificio, se dio la posibilidad de crear el Salón Centenario. También pensamos en la idea de un libro, y me contacté con RIL editores, donde descubrí su bella colección de 'Memoriales'. Eso era lo que queríamos. Además, y como otra manera de celebrar, pensamos en una exposición de fotografía. Hernán Rodríguez

se preocupaba de registrar los avances de las obras de remodelación. Todos los viernes venía un fotógrafo que emprendía la tarea de retratar los cambios. Así es que tenemos fotografías desde el día primero del año 1990 al 1994, en blanco y negro. Paralelamente se guardan registros de todas las actividades que se han realizado aquí, en foto color y, más recientemente, en video. Además empezamos a explorar el registro histórico en diversas instituciones del país. Pertenecemos a una red de centros culturales de América y Europa, que se creó el año 2002 con motivo de que se cumplían los diez años de los quinientos años del «Encuentro de Dos Mundos». Ahí acordamos juntarnos cada año y solicitamos que Chile fuese la sede del año 2005, de modo se realizara aquí el Cuarto Encuentro de la Red de Centros Culturales de América y Europa, y es un asunto muy importante porque la pertenencia a una red de este tipo genera intercambios y exposiciones. Paralelamente estamos en relaciones con el Centro de Estudios Latinoamericanos David Rockefeller de la Universidad de Harvard y su oficina en Chile y, en conjunto con el profesor Luis Cárcamo-Huechante, estamos organizando en el marco del Centenario, un encuentro llamado 'Culturas en el aire'. La idea es reunir radios mapuches. Un encuentro bicultural en el aire, porque el mapuche es un idioma oral y una de sus principales formas de expresión son las radios, y no solo en Chile sino también en Argentina. Quisimos además celebrar haciendo actividades de apoyo y extensión con otros centros culturales: tenemos un convenio con la municipalidad de Curarrehue para apoyar la Aldea del Encuentro 'Trawüpeyum' que es un centro cultural y ceremonial que se construyó en 2002. En la ciudad de La Serena, haremos una asesoría, ya que la cárcel de esa ciudad planea convertirse en el Espacio Premio Nobel Gabriela Mistral, un centro cultural y de convenciones que

homenajee tanto a la poetisa como al músico serenense Jorge Peña Hen, creador de las orquestas juveniles y ejecutado en dictadura».

Cuando escucho hablar de Gabriela Mistral, recuerdo el año 1954, en La Serena. Allá la oí muy de cerca ya que debía acompañarla en el hotel para evitar el exceso de visitas. Tomé notas cada día. Era impresionante oírla, aunque a veces se quedaba con la vista fija, ensimismada, triste, solitaria.

«Lo que más deseo yo, que no soy política, sino una mujer que sufre con los padecimientos de los demás —dijo—, es ver cumplidos todos los sueños de don Pedro Aguirre Cerda. Que los niños se puedan educar, aunque sus padres sean pobres. Que no tengan necesidad de caer en el trabajo cuando aún no es el tiempo de ellos para la faena. Que gocen del milagro del libro, el placer de la palabra; que amen los juegos antes de echarse a la criolla a ponerle al mal tiempo buena cara».

Se veía muy delgada, tenía poco ánimo y me dijo que iba a probar unas yerbas en el Valle de Elqui. A veces, el rencor le torcía la boca y no podía callar. O, más bien, no quería. Le hacía bien caer como un rápido, sorteando piedras, sobre los motivos del viejo odio agazapado. Sentía aún vivas las humillaciones que había sufrido en la infancia. Que la creyeran retrasada mental, ladrona, mentirosa y hereje, es un dolor que no podía apagar con la escritura.

Un día fue a verla una antigua amiga que aún la llamaba Lucila. Hablaron bastante acerca del «mundo». Gabriela dijo: «Hay que pedir por el pan y por la paz. Y hay que cuidar, además, la naturaleza. ¿Sabe usted que los ríos se enferman y mueren? ¿Qué el humo de la vileza de la industria lo invade todo? La tierra se agrieta y deja morir la semilla. Yo sé que cuando muera me echaré de espaldas, río arriba, y como Ofelia vieja, mirando a Dios cara a cara, dicién-

dole que he pecado, me juntaré con las aguas del Claro y del Turbio, con las montañas ciñéndome a cada paso».

Un día se fue, retomó su rumbo y yo no volví a verla hasta cuando llegaron sus restos a Montegrande. Muchos escritores hicimos la caravana dolorosa, seguidos por un sol sin piedad para acompañarla a «descansar» a esa tierra nortina desde donde salió un día, temprano para recorrer el mundo.

Otras sensaciones que vienen a mi memoria: las olfativas. El olor del cuero de los asientos de primera, limpio, sin hoyos ni puntazos de cuchillos. Eran parte de la dignidad de la Estación Mapocho. Ni qué decir de las redecillas en donde se colocaban las maletas, firmes, atentas, dispuestas, en mis sueños de niño, a hacer redes en donde se habría de pescar el atún, que era el oficio de mis abuelos sicilianos. Enseguida, más pesado, el momento en el cual, antes de llegar a la primera estación, se generaba el convivio y el condumio, que comenzaba con la apertura de paquetes o levantamiento de alguna cesta: trozos de pollos, huevos duros, los panes con jamón cortado en finas lonjas, el queso. Los más pobres se daban el placer, sin ánimo de desodorización, de la cebolla en escabeche, las sardinas en tarros («Wirembo», si no tengo confusión). Leche para los niños; vino tinto para los mayores, o, quizás, un poco de vino añejo, que entonces llamaban algunos «cordial».

El 1 de septiembre de 2005, el acalde de la Municipalidad de Santiago, Raúl Alcaíno, entregó a Arturo Navarro el sello municipal «Patrimonio de la Ciudad». El reconocimiento se realizó con motivo de la celebración de los cien años de la construcción de la Estación Mapocho y sus quince años de gestión cultural. «La acertada visión contenida en el proyecto permitió recuperar un lugar impregnado de historia y convertirlo en una puerta que permanece abierta a la cultu-

ra, a las expresiones populares y a los espectáculos masivos de primer nivel», señaló el alcalde Raúl Alcaíno.

El día 2 de septiembre de 2005, nuevamente fue premiado el director Ejecutivo del Centro Cultural Estación Mapocho. Esta vez, durante la inauguración de la exposición fotográfica «Estación Mapocho 1905-2005», Arturo Navarro fue condecorado con la Orden al Mérito Docente y Cultural Gabriela Mistral en reconocimiento a su comprometida trayectoria en gestión cultural, la formación de nuevos profesionales y por su dedicación en mantener el Centro Cultural Estación Mapocho como un emblemático edificio, recuperando su valor histórico, su cuidada arquitectura y el protagonismo que tuvo antaño. El galardón fue entregado por el Ministro de Educación Sergio Bitar, quien afirmó que Arturo Navarro «en los quince años que ha dirigido el Centro Cultural Estación Mapocho ha cumplido cabalmente con las dos misiones entregadas a su administración, desde la

::: El director Ejecutivo Arturo Navarro exhibe la réplica del sello municipal que está en el hall Emilio Jecquier. (Foto: Luis Navarro.)

::: El ministro de Educación Sergio Bitar entrega la condecoración en grado de Comendador a Arturo Navarro. (Foto: Luis Navarro.)

remodelación de este edificio que cumple cien años: preservar el monumento nacional y constituir una lugar de creación, desarrollo y difusión de la cultura.

Con respecto a la notable exposición «Dalí 2005», el Centro fue elegido, y no por casualidad, para presentar la muestra. «Porque tenemos el público. Hemos formado audiencias para las diferentes artes. Hasta 1995, no se conocían en Chile estadísticas culturales aplicadas a la gestión de un espacio. En esa fecha el Centro Cultural Estación Mapocho creó tres mecanismos para conocer su público real y potencial: el «Observatorio del Público», las «Diez Cifras» y la «Encuesta de Intereses Culturales».

El «Observatorio» realiza encuestas entre asistentes a las diferentes actividades que ocurren en el Centro para arrojar perfiles de estos usuarios y sus niveles de fidelización con el espacio.

Las «Diez Cifras» constituyen el balance anual de las ac-

tividades expresadas en indicadores cuantitativos: número de asistentes y de funciones escénicas; cantidad de días de exposiciones y jornadas destinadas a actividades comerciales y solidarias; aportes del Centro para subsidiar actividades culturales; inversiones en el edificio; monto de los proyectos administrados por Ley de Donaciones Culturales, y perfiles y niveles de fidelización del público.

La «Encuesta de Intereses Culturales» se realizó por primera vez en octubre de 1995, junto a Adimark, con el objeto de determinar los hábitos y actitudes con respecto a música, cine, teatro, museos, danza, libros y exposiciones; así como indagar en el nivel de conocimiento de los lugares donde se ofrece actividad cultural y la predisposición a visitarlos. Esta encuesta fue replicada en junio de 2005, agregándose el estudio de los cambios en los hábitos e intereses culturales de la población de Santiago, en los últimos diez años. Ambos fueron realizados aplicando encuestas individuales y personales en hogares. La muestra alcanzó alrededor de 630 personas, hombres y mujeres, entre 15 y 74 años, de todos los niveles socioeconómicos excepto el «E».

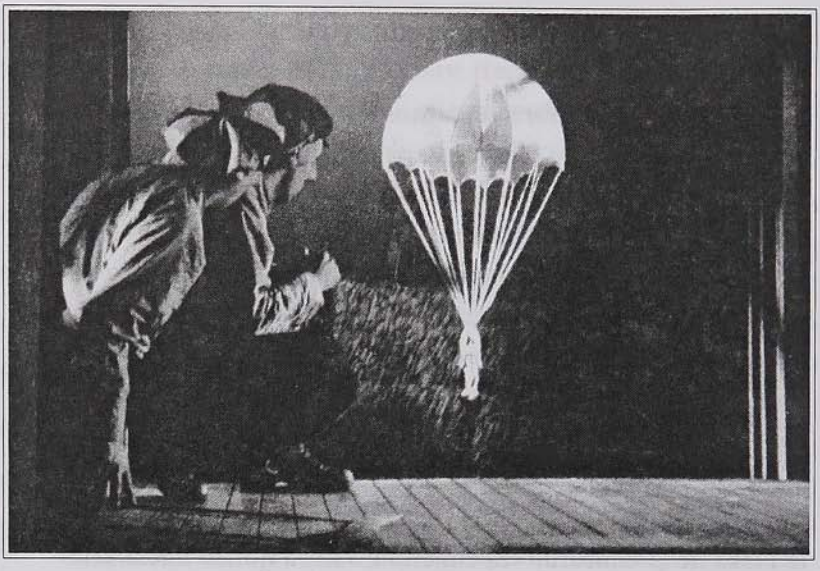
La señora Maya Cabello, una de las seis guías del Centro Cultural, cuenta que llegaron allí para desarrollar el papel de acompañar a los visitantes y contarles la historia de la estación, desde sus inicios hasta hoy. «Fuimos muy bien recibidas y nos encanta trabajar con público, es muy entretenido conversar con ellos, especialmente con los turistas que están siempre interesados en los más mínimos detalles, valoran todo lo concerniente a la historia, a la arquitectura de la estación y nos agradecen mucho todo lo que les contamos». María Alicia Fajardo, otra de las guías del Centro Cultural Estación Mapocho, cuenta que los turistas le preguntan con insistencia la razón de que no haya un vagón en la estación para recordar la época de los trenes. Ella les responde que:

«En el Parque Museo Ferroviario, ubicado en la Quinta Normal, inaugurado en 1984, hay trece modelos de antiguas locomotoras a vapor, todas ellas construidas entre los años 1893 y 1953, que el público puede conocer al visitar esa exhibición al aire libre». En 1935 Chile adquirió una locomotora alemana de más de 15 metros de largo y con una velocidad de 110 kilómetros por hora. La curiosidad reside en que Chile no la compró con dinero en efectivo sino que la obtuvo mediante un trueque. Le entregó porotos y lentejas a la empresa alemana que la construyó. La locomotora más antigua del Museo fue construida en Estados Unidos en el año 1893 y en Chile fue bautizada como «Doña Clota» por los maquinistas, que siempre llamaban a las máquinas con nombres de mujer. Esta locomotora no era de pasajeros ni de carga sino que funcionaba para sacar otras máquinas que estaban en reparación. En el Museo se destaca también la locomotora a vapor más grande de Chile, construida en Estados Unidos en 1940. Tiene un largo de 15 metros y era capaz de arrastrar mil toneladas, lo que es equivalente a 22 carros. Por su parte, la señora María Cristina Santis, la tercera de las guías consultadas, cuenta con alegría que este experimento que iba a durar seis meses ha sido algo tan interesante que ocurrió en sus vidas, que incluso se hacen amigas con algunos turistas, se escriben cartas y ya son capaces de comunicarse en distintos idiomas. «En el libro de impresiones nos tiran puras flores y nosotros nos sentimos orgullosas». La señora Aída Miranda expone que como guía debe responder a los turistas por todos los elementos del recinto, desde el piso hasta los vitrales. Quieren saber qué pertenece a la obra original y qué fue reconstruido. «Yo les muestro las boleterías, que son una reliquia de encina y mármol y les cuento que solo las cambiaron de lugar pero son las mismas. A mí también me motiva mucho unir el pasado

y el presente en este espacio, porque yo viajé mucho de niña en tren».

«El 18 de septiembre veníamos a esperar a los marinos y nos íbamos detrás de ellos al Parque Cousiño. Cuando vino Jorge Negrete se repletó la estación y los alrededores, él vestía de charro y estaba acompañado por el 'Trío Calaveras' que venían de blanco». La señora María Alicia Fajardo recalca que como guía siempre destaca «el uso de materiales típicamente chilenos como el cobre presente en el techo, el pino oregón en los asientos de la nave, los marcos de las ventanas y las puertas de las salas». A la gente le llama la atención la compleja labor de yesería que se realizó en rosetones y molduras del frontis y el trabajo de los adoquines en la Plaza de la Cultura. «El chileno no mira nunca hacia arriba, es un defecto que tenemos, por eso no me sorprende que crean que esta construcción la hizo Eiffel. El turista pregunta por la estructura y se acerca a mirar las plaquitas, los remaches, que son la carta de presentación de los belgas, se impresionan cuando les cuento que las columnas son flexibles porque están montadas sobre rótulas». La señora Maya Cabello continúa el relato explicando que «cuando tiembla, la estructura no se mueve porque al centro del mecano tiene una especie de bisagra y por ahí escapa la presión del edificio».

Las guías hablan de Gabriela Mistral mientras acompañan a los viajeros en su ascenso por esas gradas de la larga escalera que la recuerda. La señora María Cristina Santis destaca también el gran techo de cobre, que es el más grande de Latinoamérica en su tipo y cuenta con cierres de vidrio y mármol, piedra rosada y pino oregón entre otras materias primas nobles: «Somos fanáticas de la estación —dice—, la techumbre cuenta con una acústica adecuada para realizar grandes eventos musicales, y nosotras hemos podido visitar



::: «Gemelos», de la compañía La Troppa, presentada en la Casa Amarilla, en 1999. (Foto: Luis Navarro.)

exposiciones y actuaciones maravillosas de teatro, de magia; además, ahora este espacio es más hermoso que antes, con el Parque de los Reyes tiene otro aspecto».

«A mí me parece curiosa la cantidad de extranjeros que nos visitan —cuenta maría Alicia Fajardo—, creo que en los libros turísticos al parecer está la Estación Mapocho porque vienen directo a conocerla, es un hito que traen marcado en la bitácora, algunos ya saben incluso que Jecquier, el arquitecto, construyó también el Museo de Bellas Artes, y yo les cuento que el gran baile del centenario en un principio se iba a hacer aquí pero no llegó a tiempo la estructura de metal».

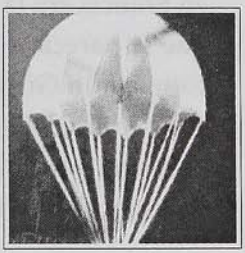
«Aquí tenemos que saber de todo —dice la señora Aída Miranda—, nos preguntan cuáles son las salas que antes eran oficinas y ahora están acondicionadas para conferencias, mostrar videos, música de cámara y exposiciones, entonces tenemos que hacer la conexión desde la Estación Mapocho

a Centro Cultural y explicarles quiénes fueron los personajes cuyos nombres identifican las salas. Les hablamos de los escritores, los pintores, los músicos y nuestros Premios Nobel Gabriela Mistral y Pablo Neruda».

«En este Monumento Nacional de 20.000 metros cuadrados están vivas todas las expresiones culturales —agrega la señora María Alicia Fajardo—, es una maravilla ver cómo los visitantes se quedan para copiar completa la 'Oda a la Estación Mapocho' de Pablo Neruda que está en el ingreso».

«Creo que no tomamos conciencia de las maravillas que tenemos en nuestro país y además están hechas por chilenos, deberíamos valorarlas más sobre todo cuando los extranjeros alaban la pulcritud de nuestros espacios públicos», comenta la señora Maya Cabello mientras se despiden para desaparecer como las hadas madrinas del Centro Cultural de la Estación Mapocho o las Musas que reciben al visitante con los brazos abiertos.

Arturo Navarro está muy conforme con el trabajo que como equipo han realizado en el Centro Cultural, por lo cual se atreve a arriesgar una predicción: «Esta estación va a ser centro cultural durante un tiempo mucho mayor que el utilizado como estación de trenes. Yo creo que este espacio, que se seguirá llamando así, permitirá demostrar la vigencia de un modelo cultural que está basado en los siete brazos o fortalezas. Se ha descubierto aquí una combinación maravillosa, en primer lugar de un espacio de una hermosura sin discusión, y una ubicación privilegiada, con estación de metro a la puerta, estacionamientos en el Parque, con cero rechazo de la gente. Las estaciones ferroviarias son abiertas a todo el mundo, quién no durmió alguna vez en ellas, es un espacio pa-



trimonial, y con ese sentido de ser muy propio dan ganas de ocuparlo. Desde el punto de vista arquitectónico, se logró una fórmula extraordinariamente útil y poco condicionada, porque a la gente le gusta este espacio vacío. Es inmenso, moderno, juvenil y puede ser ocupado para ferias, es un escenario natural que está muy bien concebido. Se ha revalorado el terreno desde el punto de vista del impacto urbano.

»Somos una entidad privada sin fines de lucro. Todos los recursos que tenemos los gastamos en la operación, en la mantención, en la inversión en el propio edificio y en apoyar la cultura. Somos un ejemplo que ya se está aplicando en otros espacios. Se ha acuñado un concepto de lo que es la gestión cultural y ello se demuestra en el hecho de que vienen profesionales a hacer pasantías con nosotros. Y es un gran orgullo entregar nuestra experiencia y reproducir el modelo. Esta Corporación está fundada por otras corporaciones, instituciones permanentes de la cultura, y ello le da estabilidad y hace que la gestión se sostenga en el tiempo».

Después de relatar a Arturo Navarro, María Gracia Valdés, Myriam Barrientos y Tomás Vío, el periodista del Centro Cultural Estación Mapocho, la historia de la Iglesia de la Estampa Volada, que se veía desde la antigua Estación, el Diablo metió la cola y me llevó a confusión. Nos torcíamos las cabezas al mirar los techos de la catedral de hierro bajo la forma del edificio de Jecquier. Mis recuerdos hablaban acerca de cómo este habría odiado la República y estimado gozosamente que la única forma posible de gobierno en Francia era la Monarquía, presidida por algún rey Tripón que se parecería a los caballeros proustianos dibujados por Constantin Guys, en sus carruajes. Para exaltar las virtudes y las regalías de la monarquía habría dado en ir poniendo por aquí y por allá flores de lis, el símbolo de la realeza. Buscamos en vano.

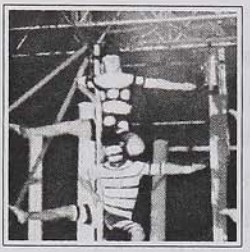
Algunos días después el asunto cayó por su propio peso. Lo cierto es que el odiador del republicanismo era Doyére, el que construyó, junto con Jecquier, los tribunales de Justicia. Allí se hallan esparcidos por doquier los símbolos. Doyére llamaba a la República, la *goulue*, la Tragona, esa Tragaldabas que aparecía en algún cuento de Saturnino Calleja. ¿Aceptó esto Jecquier de parte de su socio? ¿Sería él, también, un monarquista balzaciano? «Ignoramos», decían los teólogos.

No es, sin embargo, un hecho anómalo. Al construir su palacio de Ñuñoa —actual Casa de la Cultura—, los Ossa, que habían levantado la Alhambra santiaguina, después el Palacio de don Claudio Vicuña, saqueado por la turba antibalmacedista, en la asonada del 91, decidieron dejar, en la casa ñuñoína, señas de los antepasados judíos de la familia, del mismo modo que se usaba en los laberintos de catedrales francesas, como la de Chartres. Por eso hoy, en vez de flores de lis hay un conjunto apreciable de mosaicos en donde campea el Magen David, escudo o estrella davídica de seis puntas, símbolo eterno de la casa real de David en el pueblo judío.

Existe otro elemento en relación con el Centro Cultural agrega Navarro: «Somos el portaviones de la flota cultural chilena» y lo grafica explicando las llamadas «Siete fortalezas del Centro Cultural Estación Mapocho»:

1) *Arquitectónica*: la remodelación de la antigua estación de trenes y su conservación en tanto monumento nacional. Obra de cuatro arquitectos, uno de los cuales —Ramón López— fue miembro del Directorio de la Corporación durante varios años.

2) *Institucional*: la constitución de una Corporación Cultural de la Estación Mapocho y el seguimiento jurídico que se ha hecho de esta experiencia desde el mismo Directorio pues el abogado de la Corporación —Jorge Flisfish— actúa como secretario.



3) *Gestión administrativa y financiera*: la complementariedad que se ha logrado entre la visión administrativa de un Centro Cultural, por lo tanto ligado al mundo de la cultura, y una visión financiera de este, en tanto empresa. Bajo la responsabilidad de la ingeniera comercial Myriam Barrientos, se ha logrado el autofinanciamiento desde los inicios. Los ingresos se invierten en operación, mantención del edificio, terminación de espacios y subsidios a la cultura. Además, se ha asumido la administración de proyectos presentados a la Ley de Donaciones Culturales dando garantías tanto al Comité como a los donantes y a las autoridades fiscalizadoras.

4) *Programación*: la adaptabilidad entre espacios disponibles y posibles actividades que se pueden realizar dentro de ellos. Desarrollo de una programación —a cargo de María Gracia Valdés— que cubre el año completo, combinando en forma equilibrada las manifestaciones culturales en sus diversas áreas con las manifestaciones comerciales que permiten el autofinanciamiento.

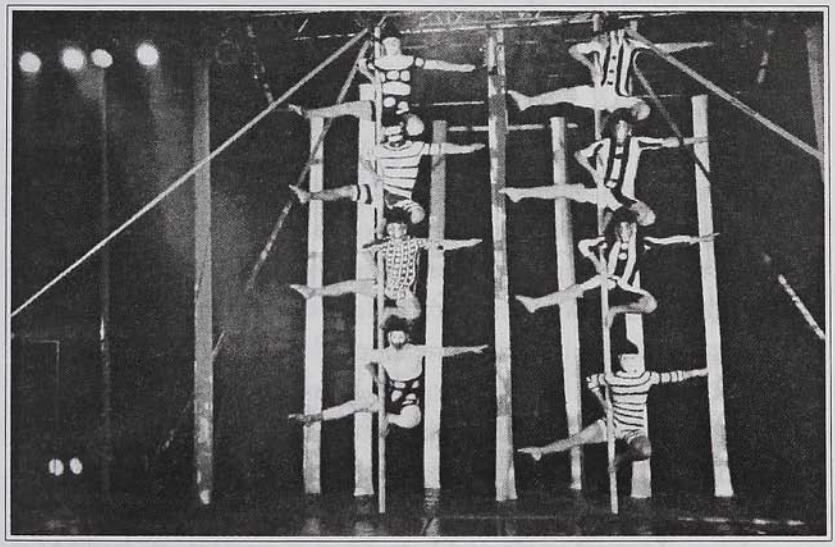
5) *Observatorio del público*: la realización de encuestas periódicas para conocer a quienes visitan el Centro Cultural y sus actividades, de interacción permanente con las personas —guías, guardias, boleteros— que tienen contacto con el público para conocer sus intereses y reacciones, así como estudios de satisfacción de los usuarios del centro. Está a cargo de la socióloga Jeanette Silva.

6) *Desarrollo de una imagen corporativa*: considera las relaciones públicas, el siempre necesario protocolo y los contactos con la prensa; el establecimiento de convenios estratégicos con diversos medios de comunicación, que permitan atraer tanto al público como a instancias de financiamiento junto con campañas de difusión de las manifestaciones del Centro

Cultural Estación Mapocho en los medios masivos y en medios propios como el sitio web <www.estacionmapocho.cl> el valorado frontis del edificio o los pendones interiores, todo bajo la responsabilidad de Ghislaine Asfura, quien ejerce un control estricto del uso de la imagen corporativa según normas definidas desde la creación del Centro.

7) *Seguimiento de la acción cultural nacional*: jugar un papel activo tanto en la propuesta de creación de una institucionalidad cultural como en la formación de audiencias culturales y en la colaboración con otros centros culturales, corporaciones del sector público y privado ligados a la cultura.

En el marco de la celebración del centenario de la construcción de la Estación Mapocho, se llevó a cabo la exposición de la obra de Salvador Dalí (1904-1989), el genio español del surrealismo. El público tuvo la posibilidad de acce-



::: La Compañía Circo del Mundo en la obra «Ekún», carpa en Plaza Poniente, temporada septiembre de 2004. (Foto: Luis Navarro.)

der a una muestra de 24 esculturas y más de 250 grabados de la Colección Clot. La técnica utilizada en ellas es la del vaciado en bronce y se destacan, entre otros trabajos: «Tritón alado», «Mujer desnuda subiendo la escalera», «Cabeza de Venus otorrinológica» y una versión del año 63 de «Venus de Milo con cajones». También los visitantes pudieron viajar por la cultura universal al encontrarse con más de 250 creaciones gráficas —acuarelas, litografías, xilografías y puntas secas—, correspondientes a ilustraciones de obras literarias realizadas entre los años 60 y 70, entre las que se incluyen las de los cinco libros del «Antiguo Testamento» de *La Biblia*, el *Fausto* de Goethe, *Gargantúa y Pantagruel* del escritor François Rabelais y *El sombrero de tres picos*, de Pedro de Alarcón, entre otras.

La exposición fue traída a Chile por Unomundo Producciones en colaboración con la Fondazione Metropolitan de Milán, Italia, propietaria de la colección. La esculturas del multifacético creador corresponden a la obra madura que produjo entre los años 1971 y 1981 y que ejecutó personalmente desde el diseño hasta la última etapa de su realización.

Salvador Dalí tenía el aire y la tonalidad física de una langosta de mar. Caparazón, ojos muy abiertos, bigotes electrizantes, especie de antena cósmica y paranormal. Puso en el arte una forma armónica del caos con el afán de decir que eso era el mundo de la creación. Y sin eso de «al principio fue el caos». Hoy, caminando pausadamente en el Centro Cultural Estación Mapocho, uno se convierte, como espectador gozoso, en émulo de Adán en un paraíso recobrado. Dalí movía la mano permanentemente para recoger relojes derretidos, señoras amobladas como piezas (retrato de Mae West, por ejemplo) o animales de la talla del Leviatán. Las galas de Gala, su mujer, eran objeto de devoción, al modo

de una marianolatría constante. No cejaba en sus empeños de sacar del sombrero un mundo entero poblado de extrañeza. ¿Qué falta en esta exposición? ¿Podría faltar algo de quien, poniendo a punto el unicornio de la galería Víctor Manuel —en Milán— nos trae la posibilidad de reproducir la realidad hacia el infinito la embriaguez de la creación y la estética de la fantasía libre?

La exposición fue inaugurada por la señora del presidente, Luisa Durán de Lagos, quien además ocupa un asiento en el Directorio de la Corporación Cultural de la Estación Mapocho, representando a la Fundación Artesanías de Chile. Ella cortó un bigote al estilo del pintor español, acompañada por el ministro presidente del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes José Weinstein, la Directora de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Clara Budnik y la productora de la muestra, Marisol Pareja.

La estación manifiesta así en plenitud su capacidad de acoger y albergar con seguridad al arte y a su público. El espacio concebido inicialmente para una estación ferroviaria demuestra su vigencia como espacio para iniciar un viaje o concertar un encuentro. Llegar o partir, despedir o recibir con asombro un fragmento de la historia que se hace presente, para unir nostalgia y permanencia a través de un viaje por el arte. Esta situación que integra y comunica a personas, obras y creadores de diferentes épocas al interior de la Estación-Centro Cultural, echa por tierra el final predestinado a la soledad y al vacío que produce la sensación de estar en aquellos «no lugares» —de los que habla el antropólogo Marc Augé—, cuando expresa en su libro *Los no lugares* que si un lugar puede especificarse como sitio de identidad, relacional e histórico, una zona que no puede definirse ni como espacio de identidad ni como relacional ni como histórico, delimitará la existencia de un no-lugar. La

Estación Mapocho, como Centro Cultural ha rescatado un lugar para el encuentro permanente de la memoria, en un espacio que identifica a su población porque ha surgido desde las raíces, de los cimientos mismos de su propia historia.

::: El público ovaciona a la Orquesta Filarmónica de Israel, dirigida por Zubin Mehta, en la gran nave del Centro Cultural Estación Mapocho, 5 de agosto de 1997. (Foto: Luis Navarro.)

::: Jóvenes patinadores en la Plaza Poniente del Centro Cultural Estación Mapocho. (Foto: Luis Navarro).

Bibliografía

Alliende, María Piedad, *Historia del Ferrocarril en Chile*, Santiago, Goethe Institut y Pehuén Editores, 1993.

Álvarez Andrews, Oscar, *Historia del desarrollo industrial de Chile*, Santiago, Sociedad de Fomento Fabril, 1936.

Artaud, Antonin y Paul Valéry, *La libertad del espíritu*, Buenos Aires, Editorial Leviatán, 1998.

Augé, Marc, *Los no lugares*, Barcelona, Gedisa, 2004.

Balmaceda Valdés, Eduardo, *Un mundo que se fue*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1969.

Barthes, Roland, *La torre Eiffel*, Barcelona, Paidós, 2001.

Barros de Orrego, Martina, *Recuerdos de mi Vida*, Santiago, Editorial Orbe, 1942.

Basaez, Francisco y Ana María Amadori, *Estación Central, Estación Mapocho*, Centro Cultural Estación Mapocho, s/d.

Calderón, Alfonso, *Antología de la Poesía Chilena Contemporánea*, Santiago, Editorial Universitaria, 1970.

Calderón, Alfonso, *1900*, Santiago, Editorial Universitaria, 1980.

Calderón, Alfonso, *Memorial de Santiago*, Santiago, RIL editores, 2005.

Cavallo, Ascanio y Antonio Martínez, *Cien años clave del cine*, Santiago, Planeta, 1995.

Cuevas, José Ángel, *Restaurant Chile*, Santiago, La Calabaza del Diablo, 2005.

D'Halmar, Augusto, *Recuerdos olvidados*, Santiago, Editorial Nascimento, 1975.

Donoso, Ricardo, *Benjamín Vicuña Mackenna: su vida, sus escritos y su tiempo*, Santiago, Imprenta Universitaria, 1925.

Edwards Bello, Joaquín, *Crónicas del tiempo viejo*, Santiago, Nascimento, 1976.

Edwards Bello, Joaquín, *Recuerdos de un cuarto de siglo* (selección de Alfonso Calderón), Santiago, Zig-Zag, 1966.

Edwards Bello, Joaquín, *Hotel Oddo*, Santiago, Zig-Zag, 1966.

Fermandois, Joaquín, *Mundo y fin de mundo. Chile y la política mundial 1900-2004*, Santiago, Ediciones de la Universidad Católica de Chile, 2004.

Latorre, Mariano, *Memorias y otras confidencias*, Santiago, Andrés Bello, 1971.

Lavin, Carlos, *La Chimba*, Santiago, Zig-Zag, 1947.

Litvak, Lily, *El tiempo de los trenes*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 1991.

Millas, Hernán, *La Sagrada Familia*, Santiago, Planeta, 2005.

Morla Lynch, Carlos, *El año del Centenario*, Santiago, Editorial Minerva, 1921,1999.

Navarrete, Micaela, *Aunque no soy literaria*, Santiago, Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 1998.

Negrete, Jorge, «Aglomeración, delirio y saludos», *Ecran* N° 806, 19 de julio de de 1946.

Neruda, Pablo, *Oda a la Vieja Estación Mapocho*, Buenos Aires, Losada, 1995.

Palmer, Montserrat, *50 años de arquitectura metálica en Chile, 1863-1913*, Santiago, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, U. de Chile, 1970.

Peña Otaegui, Carlos, *Santiago de siglo en siglo*, Santiago, Zig-Zag, 1944.

Reyes del Villar, Soledad, *Chile en 1910*, Santiago, Sudamericana, 2005.

Rojo, Grínor, *Diran que está en la gloria... (Mistral)*, Santiago, Fondo de Cultura Económica, 1997.

Squella, Agustín, *El jinete en la lluvia. La cultura en el gobierno de Lagos*, Santiago, Aguilar, 2005.

Subercaseaux, Julio, *Reminiscencias*, Santiago, Nascimento, 1976.

Turner Wilcox, R., *La moda en el vestir*, Buenos Aires, Centurión, 1946.

Zañartu, Sady, *Santiago: calles viejas*, Santiago, Nascimento, 1934.

Índice

Prefacio, *por Arturo Navarro* 7

Estación Mapocho. Terminal de Ferrocarril 13
Una crónica fotográfica 93

Centro Cultural Estación Mapocho 123

Bibliografía 221

BIBLIOTECA NACIONAL
15 JUN 2007
DEPÓSITO LEGAL

SECC. CHILENA

Otros títulos
publicados por este sello

Guía mágica de Santiago.
Historias de duendes, fantasmas y brujas
César Parra

Memorial de Santiago
Alfonso Calderón

Memorial de Valparaíso
Alfonso Calderón y Marilis Schlotfeldt

Valparaíso, la ciudad de mis fantasmas
Manuel Peña Muñoz

Ayer soñé con Valparaíso
Manuel Peña Muñoz

Valparaíso: el mito y sus leyendas
Víctor Rojas

Estación Mapocho • 100 años

Si bien no son tantos los edificios emblemáticos de la ciudad de Santiago que tengan sus 100 años cumplidos, no es solo su antigüedad y belleza arquitectónica lo que hace de la Estación Mapocho un monumento nacional. Su especial interés radica en la vitalidad, en la fuerza que, a través de las décadas, fue construyendo ese otro «edificio interior» habitado por una atmósfera energizante y reconocible por generaciones de chilenos.

Dicen que existen lugares «angelados» y este, ¿quién podría dudarlo?, es uno de ellos. Un monumento vivo donde pasaron y están pasando, como trenes, vidas y acontecimientos: el gran relato que recogerá el libro de historia y la anécdota personal y sentimental que transmitirán las familias a través de los años.

La Estación Mapocho encarna esa naturaleza desplegada y receptiva donde se funda y se entiende la unidad en la diversidad; un espacio hecho para las personas que, por lo mismo, transitó con naturalidad de aquella estación original al Centro Cultural Estación Mapocho, hoy conocido y disfrutado por todos, que seguirá por largos años poblando nuestro paisaje urbano.

CRÓNICAS

ISBN 956-284-454-4